Lydie Salvayre

No llorar

Lydie Salvayre

NO LLORAR

¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué
lloras, corazón de mantequillas?

CERVANTES *(Don Quijote*, II, 29)

I

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, su ilustrísima el obispo-arzobispo de Palma señala a los justicieros, con mano venerable en la que refulge el anillo pastoral, el pecho de los pobres malos. Lo dice Georges Bernanos. Lo dice un católico ferviente.

Estamos en España en 1936. La guerra civil está a punto de estallar, y mi madre es una pobre mala. Una pobre mala es una pobre que abre la boca. Mi madre, el 18 de julio de 1936, abre la boca por primera vez en su vida. Tiene quince años. Vive en un pueblo perdido de la Cataluña alta, donde, desde hace siglos, los grandes terratenientes mantienen a familias como la suya en la más extrema pobreza.

Por esas mismas fechas, el hijo de Georges Bernanos se dispone a luchar en las trincheras de Madrid con el uniforme azul de la Falange. Durante unas semanas, Bernanos piensa que el alistamiento de su hijo en las filas de los nacionales es justificado y legítimo. Tiene las ideas que todo el mundo conoce. Ha militado en Action Française. Admira a Drumont. Se declara monárquico, católico y heredero de las antiguas tradiciones francesas, y se muestra más afín al espíritu de la aristocracia obrera que a la burguesía adinerada, a la que aborrece. Presente en España en el momento del alzamiento de los generales contra la República, no calibra de entrada la magnitud del desastre. Pero no tarda en rendirse a la evidencia. Ve practicar a los nacionales una depuración sistemática de los sospechosos, mientras, entre dos asesinatos, los dignatarios católicos los absuelven en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La Iglesia española se ha convertido en la Puta de los militares depuradores.

Asqueado e impotente, Bernanos presencia tan infame connivencia. Hasta que, en un extenuante esfuerzo de lucidez que lo obliga a romper con sus antiguas simpatías, se decide a escribir la situación de la que es atormentado testigo.

Es uno de los únicos en su bando que se atreve a hacerlo.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.[1]

El 18 de julio de 1936, mi madre, acompañada de mi abuela, se presenta ante los señores Burgos, que quieren contratar a una nueva criada, después de echar a la anterior por el simple motivo de que olía a cebolla. En el momento de emitir el veredicto, don Jaume Burgos Obregón se vuelve hacia su esposa con cara satisfecha y, tras observar a mi madre de pies a cabeza, declara con ese tono de seguridad que mi madre no ha olvidado: Parece muy modesta. Mi abuela le da las gracias como si la hubiera felicitado, pero a mí, me dice mi madre, esa frase me saca de mis casillas, la recibo como una ofensa, como **una patada en el culo**, cariño, **una patada en el culo** que me hace pegar un **salto** de diez metros dentro de mí misma, que me revoluciona el cerebro, que llevaba durmiendo más de quince años, y que me facilita comprender el sentido de lo que contaba mi hermano cuando volvió de Lérida. Así que al salir a la calle me pongo a griter (yo, a gritar), a gritar: ¿Sabes lo que quiere decir con eso de que parezco muy modesta? Baja la voz, por Dios, implora mi madre, que es una mujer muy apagada. Quiere decir, yo estaba desatada cariño desatada, ¡quiere decir que seré una tata de lo más buena y obediente! ¡Quiere decir que obedeceré todas las órdenes de doña Sol sin protestar y que le limpiaré las cacas sin protestar! ¡Quiere decir que ofreceré todas las garantías de ser una perfecta mema y que no chistaré nunca contra nada de nada, que no causaré la menor molestia! Quiere decir que don Jaume no me pagará, ¿cómo lo dices tú?, ni gorda, y que encima tendré que decirle *muchísimas gracias* con esa cara de modesta que me sienta tan bien. Jesús, murmura mi madre alarmada, más bajo, que te van a oír. Y yo grito cada vez más fuerte: ¡Me importa un pimiento que me oigan, yo no quiero ser la chacha de los Burgos, para eso prefiero hacer de puta en la ciudad! Por lo que más quieras, me suplica mi madre, no digas barbaridades. Ni nos han invitado a sentarnos, le digo sublevada, ni me han dado la mano, me recuerdo (yo: me acuerdo), me acuerdo, bruscamente de que tengo un panarizo en el dedo pulgar y de que

llevo vendado el dedo, está bien, panadizo, pero no me enmiendes a cada palabra que digo, si no no acabaré nunca. Entonces mi madre para apaciguarme me recuerda con voz susurrada los considerables beneficios que me aguardan si me cogen: que tendré casa, comida y ropa limpia, que tendré libres todos los domingos para ir a bailar sardanas a la plaza de la Iglesia, que cobraré un pequeño salario y una pequeña prima anual para hacerme un pequeño ajuar e incluso juntar unos ahorrillos. Ante esas palabras, clamo: ¡Antes la muerte! *Dios mío*, suspira mi madre echando miradas angustiadas a las dos hileras de casas que flanquean el callejón. Y yo aprieto a correr a toda velocidad hacia mi desván. Menos mal que al día siguiente estalló la guerra, con lo cual nunca tuve que hacer de criada ni de los Burgos ni de nadie. La guerra, cariño, cayó que ni pintada.

Mi madre, esta noche, mira la televisión, donde la imagen fortuita de un hombre abordando al presidente de la República le recuerda de pronto el entusiasmo de su hermano Josep a su regreso de Lérida, su joven impaciencia y su fervor que lo embellecían. Y todo aflora de repente, la frasecita de don Jaume Burgos Obregón, el entusiasmo de julio del 36, el descubrimiento eufórico de la ciudad, y el rostro de la persona a quien mi madre quiso con locura y a quien mi hermana y yo llamamos desde niñas André Malraux.

Mi madre se llama Montserrat Monclús Arjona, un nombre que me hace feliz revivir y extraer durante un tiempo de la nada a la que se veía abocado. En el relato que inicio, no quiero introducir, por el momento, a ningún personaje inventado. Mi madre es mi madre, Bernanos el escritor admirado de *Los grandes cementerios bajo la luna* y la Iglesia católica la infame institución que fue en 1936.

Fuente es mi vida
en que mis obras beben

Mi madre nació el 14 de marzo de 1921. Sus allegados la llaman Montse o Montsita. Tiene noventa años en el momento en que evoca para mí su juventud en esa lengua mixta y transpirenaica en que se ha convertido la suya desde que el azar la arrojó, hace más de setenta años, a un pueblo del Sudoeste francés.

Mi madre fue guapa. Me dicen que poseía en otro tiempo esa prestancia muy especial que confería a las mujeres españolas el porte del cántaro en la cabeza y que sólo se aprecia actualmente en las bailarinas de ballet. Me dicen que avanzaba como un barco, erguida y flexible como una vela. Me dicen que tenía un cuerpo de cine y *sus ojos reflejaban la bondad de su corazón*.

Hoy en día es vieja, rostro arrugado, cuerpo decrépito y andar perdido y vacilante, pero hay una juventud en su mirada que la evocación de la España del 36 reaviva con una luz desconocida para mí. Sufre trastornos de memoria, y la impronta de todos los acontecimientos que vivió entre la guerra y el momento presente se le han borrado para siempre. En cambio conserva totalmente intactos los recuerdos de aquel verano del 36 en que tuvo lugar lo inimaginable, aquel verano del 36 durante el cual, según ella, descubrió la vida, y que fue sin ningún género de dudas la única aventura de su existencia. ¿Significa eso que lo que mi madre ha tomado por realidad los setenta y cinco años siguientes no ha existido realmente? A veces lo pienso.

Esta noche, la oigo remover de nuevo las cenizas de su juventud perdida y veo animarse su semblante, como si toda su alegría de vivir se redujese a aquellos días del verano del 36 que pasó en la gran ciudad española, y como si, para ella, el curso del tiempo se hubiera detenido en la calle San Martín, el 13 de agosto de 1936 a las ocho de la mañana. La escucho narrarme sus recuerdos, que mi lectura paralela de *Los grandes cementerios bajo la luna* ensombrece y completa. Y trato de descifrar las razones de la turbación que esos dos relatos suscitan en mí, una turbación que temo que me arrastre a un terreno al que no tenía la menor intención de ir. Para ser más concreta, al evocarlos, siento deslizarse en mi interior por esclusas ignoradas

sentimientos contradictorios y en definitiva bastante confusos. Mientras que el relato de mi madre sobre la experiencia libertaria del 36 suscita en mi ánimo una suerte de embeleso, de alegría infantil, el relato de las atrocidades descritas por Bernanos, enfrentado a la noche de los hombres, a sus odios y furores, viene a reavivar mi temor al ver a unos cuantos cabrones retomar ahora aquellas ideas infectas que creía dormidas hacía tiempo.

En el momento en que mi madre de quince años se presenta acompañada de mi abuela al puesto de criada, doña Pura, la hermana del susodicho don Jaume Burgos Obregón, eternamente erguida en el borde de una silla de alto respaldo de cuero, lee enardecida el editorial que aparece en la primera plana de su periódico, *Acción Española:* «Un joven general ha decidido tomar el mando de la Gran España a punto de naufragar en la democracia y el socialismo para crear un dique contra la invasión bolchevique. A su llamamiento, otros generales se han agrupado sin vacilar en torno a ese extraordinario caudillo y los partidos nacionales han despertado. Pero ¿serán capaces el espíritu, la inteligencia, la entrega a la patria y el heroísmo de poner coto a los bajos apetitos y a los instintos bestiales aupados al poder por el gobierno de Moscú, que espera envenenar de ese modo a toda la Europa mediterránea?» La pregunta con que concluye el artículo sume en tal angustia a doña Pura, que de inmediato se ve aquejada de palpitaciones cardiacas. Porque doña Pura sufre palpitaciones cardiacas. Y aunque el médico le ha prescrito evitar las contrariedades que provocan palpitaciones cardiacas, sus sentimientos patrióticos la mueven a leer el periódico de los nacionales. Es un deber, doctor, dice con voz desfallecida.

Durante los días siguientes, doña Pura vive en el temor de ver su casa saqueada, sus tierras robadas y su fortuna destruida por Josep, el hermano de Montse, y su pandilla de ladrones. Sobre todo porque Maruca, la tendera, le ha revelado en voz baja que los anarquistas se entregaban a sangrientos desmanes en sus correrías, destripaban a las monjas tras violarlas y mancillaban sus conventos con horrendas profanaciones. Desde entonces, doña Pura se los imagina irrumpiendo en su dormitorio, arrancando el crucifijo de marfil que cuelga encima de su blanco lecho, llevándose su joyero incrustado de esmaltes y cometiendo, Santo Cielo,

incalificables salvajismos. No obstante, sigue saludando, cuando se los cruza, a los parientes de esos exaltados. ¡Hace falta tener buen corazón!

¡Así revienten!

Apenas pronuncia esa frase, el haber formulado tal deseo la hace ponerse colorada de vergüenza. ¿Habrá oído sus palabras Dios, al parecer dotado de un oído suprasensible? Mañana mismo se lo confesará a don Miquel (el cura del pueblo, que todavía no ha huido), quien le pondrá de penitencia tres avemarías y un padrenuestro, los cuales ejercen sobre su conciencia el efecto casi instantáneo de una aspirina. Es sabido que, cualesquiera que sean los crímenes que cometan los católicos contra los rojos en esa época, ya sean arma blanca, arma de fuego, golpes con porras o con barras de hierro, quedan inmediatamente disculpados o perdonados, por poco que su autor haga acto de contrición antes de la oración de la noche, pues los pequeños apaños con el Cielo español resultan literalmente mágicos.

Doña Pura reanuda su invocación y ruega ahora a la Santísima Virgen María que ponga fin a los execrables actos de esos descarados que ofenden mortalmente a su Dios. Porque doña Pura considera que atentar contra sus riquezas es ofender gravemente a su Dios. Porque doña Pura forma parte de esas personas a quienes en el pueblo, usando de una concisa y elocuente palabra, denominan **fachas**. **Facha** es una palabra que, pronunciada con la che española, se arroja como un escupitajo.

Los fachas en el pueblo, que no son muchos, coinciden en considerar que:

NO HAY MEJOR ROJO
QUE UN ROJO MUERTO.

Mi tío Josep, el hermano de Montse, es un rojo, o mejor dicho un rojo y negro.

Desde que su hermana le relató su visita a los Burgos, no se le pasa la ira. A los rojos en el 36 no se les pasaba la ira. Y menos aún a los rojos y negros.

Josep considera que a su hermana la han ofendido. La España del 36 está repleta de ofendidos.

¡Parece muy modesta! ¡Parece muy modesta! ¡Pero quién se ha creído que es ese **cabrón**! ¡Se va a arrepentir ese **sinvergüenza**! ¡Se va a tragar esas putas y asquerosas palabras! ¡Le cerraremos la boca a ese **burgués**!

Josep no es el mismo desde que volvió de Lérida. Su mirada trasluce visiones inauditas, inefables, y su boca palabras de otro mundo que hacen decir a su madre A este hijo me lo han cambiado.

Cada año, entre la cosecha de almendras del mes de mayo y la de avellanas de septiembre, Josep se va de temporero a segar el heno a una extensa finca de las afueras de Lérida, donde realiza un trabajo que supera sus fuerzas por un salario ridículo pero que le enorgullece entregar a sus padres.

Desde los catorce años, sus días se disipan en labores campestres que comienzan al alba y concluyen al ponerse el día. Tal es la pauta que marca su vida. Y ni por un instante se le ocurre replanteársela, ni por un instante piensa que se pueda vivir de otro modo.

Pero ese año, cuando llega a Lérida con Joan, encuentra una ciudad que ha dado un giro vertiginoso, moral trastocada, tierras colectivizadas, iglesias transformadas en cooperativas, cafés llenos de gente voceando eslóganes, y pintados en todas las caras un júbilo, un fervor, un entusiasmo que no olvidará nunca.

Descubre entonces palabras tan nuevas y audaces que enardecen su ánimo juvenil. Palabras inmensas, palabras rimbombantes, palabras ardientes, palabras sublimes, palabras de un mundo que comienza: revolución, libertad, fraternidad, comunidad, esas palabras que, acentuadas en español en la última sílaba, suenan como un puñetazo en la cara.

Se queda maravillado como un niño.

Le vienen a la mente cosas en las que nunca había pensado.

Desmesuradas.

Aprende a alzar el puño y a cantar a coro «Hijos del Pueblo».

Grita con los demás Abajo la opresión, Viva la libertad. Grita Muerte a la muerte.

Se siente existir. Se siente mejor. Se siente moderno, y se le desborda el corazón. Comprende de pronto lo que significa ser joven. Lo ignoraba.

Piensa que habría podido morir ignorándolo. Al mismo tiempo calibra hasta qué punto su vida ha sido hasta entonces mortecina, y pobres sus deseos.

Percibe en ese gran hálito negro algo que denomina, al no disponer de otra palabra, poesía.

Regresa al pueblo con la boca llena de frases altisonantes y un pañuelo rojo y negro enrollado al cuello.

Con elocuencia febril, anuncia a su auditorio (que por el momento se limita a su madre y a su hermana) que en Lérida ha despuntado una espléndida aurora (posee una propensión natural al lirismo), que España se ha vuelto por fin española y él **españolísimo**. Dice estremecido que hay que liquidar el orden antiguo que perpetúa la esclavitud y la vergüenza de los hombres, que ha comenzado la revolución de los corazones y de las mentes y se extenderá mañana a todo el país y poco a poco al universo entero. Dice que nunca más lo decidirá todo el dinero, que nunca más marcará las diferencias entre los hombres, y que pronto El mar sabrá a anís, salta la madre exasperada; y que pronto no habrá más injusticia, más jerarquía, más explotación, más miseria, que la gente podrá Irse de vacaciones con el papa, completa la madre cada vez más harta.

compartir sus riquezas, y que los que callan la boca desde que están en el mundo, los que alquilan su tierra al cabrón de don Jaume, que las posee todas, los que limpian las cacas de su mujer y friegan sus pla ¡Y dale!, exclama la madre, que está hasta la coronilla.

van a levantarse, van a luchar, van a liberarse de todas las imposiciones y deb

Ya te daré yo a ti imposiciones, estalla la madre. Son las siete, y más te valdría ir al gallinero. Te tengo preparado el cubo.

Pero Josep es inagotable, y las gallinas, refractarias a las ideas de Bakunin, tendrán que esperar un poco más el pienso.

Desde su regreso de Lérida, Josep se muestra inagotable y alterna sin cesar los momentos en que fulmina, en que rabia, en que multiplica los

coño, los **joder**, los **puñeta** y los **me cago en Dios**, y otros en que se exalta sublimemente.

Por las mañanas, echa pestes contra los ricos malos, pleonasmo según dice (ha descubierto esa palabra en la revista *Tierra y Libertad)* ya que sólo hay ricos malos, pues ¿qué fortuna, decidme, no es fruto de un robo? Truena contra los aprovechados y amigos del cura don Miquel, que va a sentir colarse, bajo la sotana, el viento helado de la revolución (eso le da risa), contra el ladrón de don Jaume Burgos Obregón y otros acaparadores, y sobre todo contra el jefe de la banda nacional que se ha autonombrado jefe de la rebelión: el general Francisco Franco Bahamonde, a quien insulta tan pronto con una lengua florida que algunos podrían calificar de vulgar, tachándolo de retaco enculacuras, de basura, de cabrón, de hijo de puta, de asesino al que va a colgar de los, como en términos bakuniano-lógico-políticos, designándolo entonces como aliado objetivo del capitalismo y enemigo del proletariado, éste víctima a la par de la desconfianza del gobierno republicano y de la represión franquista.

Pero aunque por las mañanas su corazón es un barril de pólvora, por las noches sueña en voz alta con cosas fabulosas y promete a su hermana Montse un mundo en el que ninguna persona volverá a ser ni esclava ni propiedad de otra, en que ninguna persona cederá nunca a otra la parte de soberanía que le corresponde (frase tomada del periódico *Solidaridad Obrera)*, un mundo justo y hermoso, un paraíso, y se ríe feliz, un paraíso realizado en el que el amor y el trabajo se realizarán libremente, con alegría, y en el que No veo cómo, lo interrumpe Montse conteniendo la risa, cómo voy a recoger las aceitunas en pleno mes de enero con alegría y libertad, y con los dedos helados y la espalda hecha fosfatina. Tú sueñas, le dice con la autoridad de sus quince años.

La observación de Montse interrumpe un instante las miríficas promesas que Josep ha incluido en su programa, pero prosigue de inmediato con la misma vehemencia y entusiasmo. Y en el fondo a Montse la alegra oír a su hermano imaginar un futuro humano donde nadie escupa a nadie, donde el miedo y la vergüenza no vuelvan a leerse en los ojos, donde las mujeres sean iguales a las ¿Iguales en maldad?, le pregunta maliciosamente Montse.

Iguales en maldad como en todo, dice Josep.

Montse sonríe, y aprueba secretamente con todo su ser las palabras que Josep sabe poner a cosas mudas y que le abren un mundo desconocido y vasto como una ciudad.

Le gusta tanto escucharlo que lo anima a seguir hablando. Ahora se muestra filósofo (es el Josep que ella prefiere de todos) y dice cosas magníficas sobre el arte de desposeer. Montse: ¿el arte de qué? Josep: de desposeer. Montse: ¿y eso qué quiere decir? Josep: quiere decir que poseer un objeto, una casa, una joya, un reloj de pulsera, unos muebles de caoba, **qué sé yo**, implica convertirse en esclavo de eso, implica desear a toda costa poseerlo, añadir nuevas servidumbres a aquellas de las que no podemos sustraernos. Mientras que en las comunas libres que crearemos, todo será nuestro y no lo será, ¿**comprendes**?, la tierra será tan nuestra como la luz y el aire, pero no será de nadie. Está exultante. Y en las casas no habrá ni cerrojos ni pestillos, ¿no te parece? Montse sorbe sus palabras; sólo capta una cuarta parte, pero le hacen sentirse bien sin saber por qué.

La madre, hastiada, espera que esas fabulaciones propias de la juventud duren poco y que Josep recobre rápidamente lo que ella llama: sentido de la realidad, es decir, a su entender: de la renuncia. Tal es su deseo secreto. Tal es el deseo secreto de todas las madres del pueblo. Las madres son monstruos.

Haremos la revolución y aplastaremos a los nacionales, se exalta Josep, ¡**Fuera los nacionales! ¡Fuera! ¡Fuera**!

En Palma de Mallorca, donde vive Bernanos, ha comenzado ya por parte de los nacionales la caza de rojos, que, en esa isla apacible, tan sólo pertenecen a partidos moderados y no han participado en las matanzas de sacerdotes.

Desde que ha estallado la **Santa Guerra**, desde que el arzobispo de Palma, ataviado con vestiduras de ceremonia, bendice los aviones fascistas, desde que su panadera le hace, cuando se la cruza, el saludo mussoliniano, desde que el dueño del bar, colorado de indignación, le dice que hay que meter en cintura (de un balazo en la cabeza) a los trabajadores del campo que se

atreven a declarar que trabajar quince horas al día merece un mejor jornal, Bernanos siente que le invade una angustia creciente.

La revista católica francesa *Sept*, dirigida por dominicos, ha consentido en publicar regularmente sus testimonios sobre los acontecimientos de España. Son crónicas que constituirán, más adelante, el meollo de *Los grandes cementerios bajo la luna*.

Algunos días, mientras se pasea por la campiña palmesana, a veces se topa en el rincón de un camino con un cadáver envuelto en un hervidero de moscas, la cabeza ensangrentada, la cara lacerada, los párpados horriblemente tumefactos y la boca abierta sobre algo negro.

Al principio cree que esas ejecuciones sumarias son excesos o actos de venganza reprobados por casi todos.

Cree que se trata de un breve incendio.

Pero el incendio se prolonga y crece su angustia.

Un fuego de otra naturaleza abrasa el ánimo de Josep, que todo el día fulmina y todo el día se exalta. Pero cuando el padre vuelve del campo, se atrinchera en el silencio.

Su padre posee un terreno de ochocientas áreas, transmitido de generación en generación desde hace lustros, y que ha aumentado unos cuantos arpendes comprados a don Jaume a plazos. Esa tierra sedienta donde sólo crecen agrestes olivos y una hierba áspera sólo aprovechable para las cabras constituye su único patrimonio y su bien más preciado, más preciado probablemente que su esposa, a quien eligió con el mismo celo que a su mula.

Josep sabe que resulta inútil convencer a su padre de la conveniencia de su proyecto de repartir más justamente las tierras cultivables. El padre, que no se ha movido nunca de su rincón, que no sabe leer ni escribir, y que ha conservado, al decir de Josep, una mentalidad de retrógrado, rechaza violentamente las ideas de su hijo y no admitirá sus proyectos jamás de los jamases.

Dice En vida mía, nadie comerá de mi pan.

¿Cómo hacerle comprender que unas ideas nuevas están a punto de transformar el mundo para hacerlo mejor?

El padre no quiere saber nada. Dice A mí no me la dan. No soy tan gilipollas. No he nacido ayer. Considera, además, que su posición, dictada por una inmemorial sabiduría campesina y la clarividencia de aquellos que no se dejan engatusar por camelos, es la única legítima y la única duradera. ¡Y le gustaría moldear a su hijo a su imagen y semejanza! ¡Y le gustaría imponerle un fatalismo idéntico al que lo doblega! Josep dispone de la palabra apropiada para calificar semejante actitud: ¡DESPÓTICA!

DESPÓTICO es un término que Josep ha traído de Lérida (con toda una serie de palabras acabadas en –ico y en –on) por el que siente clara predilección.

Despótico su padre, despótica la religión, despótico Stalin, despótico Franco, despóticas las mujeres, despótica la pasta.

Esa palabra le gusta también a Montse, que arde en deseos de utilizarla. Y cuando su amiga Rosita acude a buscarla para ir a bailar sardanas a la plaza de la Iglesia como todos los domingos, le dice que no piensa prestarse a una costumbre tan DESPÓTICA.

Quizás, le replica Rosita, que percibe vagamente el sentido del vocablo, pero es la única ocasión que tienes de ver a tu **novio**.

¿Qué **novio**?

No te hagas la tonta, que lo sabe todo el mundo.

Todo el mundo menos yo.

Si Diego está chalado por ti.

No digas eso, dice Montse tapándose los oídos.

Y mi madre, que se pasa ahora los días sentada en su butaca de inválida situada junto a la ventana, desde donde ve jugar a los niños en el patio de la escuela, uno de los últimos placeres que le quedan, mi madre, a quien doy de comer como a una niña, a quien lavo y visto como a una niña, a quien paseo como a una niña, porque sólo puede andar colgada de mi brazo, mi madre se ve subiendo a paso vivo la calle del Sepulcro, que asciende hacia la plaza de la Iglesia, donde una cobla pompompom pompompom interpreta

«La Moreneta». Cada vez lo mismo, me dice, y su rostro arrugado se ilumina con malicia infantil. Diego está ahí mirándome fijamente, comiéndoseme con los ojos, babeando, que dirías tú, y si lo miro yo, vuelve los suyos, como pillado con las manos en la masa.

El juego se repite, idéntico, todos los domingos pompompom pompompom, ante los ojos atisbadores de su madre, que se ha dado perfecta cuenta de ese juego de los ojos, que no es otro que el del corazón pompompom, pompompom.

Todas las madres del pueblo forman un corro de control en la plaza de la Iglesia y no pierden de vista a sus hijas al tiempo que sopesan las posibilidades matrimoniales que parece dibujar el pompompom pompompom. Sin descuidar un instante la vigilancia policial, las más ambiciosas sueñan con casar a su hija con Fabregat hijo: son gente de posibles. Pero la mayoría se contenta con que su hija disponga de un nidito placentero y lleve una vida estupenda en el pequeño círculo trazado en torno del eje masculino, qué digo, en torno de la base, del pilar, del pilón, de la pilastra, del propileo masculino sólidamente implantado en el suelo del pueblo como se implantará algún día en el suelo movedizo del misterio femenino, qué bonito, qué bonito.

A Montse parece traerle sin cuidado el interés mudo que despierta en el eje llamado Diego.

Su pelo rojo la repele.

Su insistencia la incomoda.

Le da la impresión de que la apunta con los ojos. No se le pasa por la cabeza responder a su llama. Antes bien tiende a enfriar su fuego.

Porque aunque prepara su ajuar de novia como todas las chicas de su edad y borda las dos M enlazadas de su nombre en las sábanas de lino blanco y las toallas, Montse no comparte la obsesión de sus amigas por encontrar marido antes de que las manden a servir con **los señores,** dicho de otro modo lo antes posible (encontrar marido: tema n.º 1 de las conversaciones que las susodichas mantienen mientras suben y bajan por la Calle Mayor una y otra vez, conversaciones salpicadas de comentarios sobre Fulano, que me ha mirado como quien no quiere la cosa y ha pasado tres veces delante de la puerta se me pone el corazón a cien, sobre Mengano,

que lleva los calcetines desparejados si se cree que, o sobre Emilio, se nota que se las sabe todas, yo no me fío pero prefiero a Enrique con él vas sobre seguro, y otros parloteos, cotorreos y parrafeos por el estilo).

Aunque Montse se toma con sorprendente tranquilidad el interés apasionado que despierta en Diego, su hermano Josep por el contrario ve con muy mala cara que éste ponga sus miras en su hermana. Su jueguecito le resulta insoportable. Diego le parece un **señorito** con la tripa llena, un niño mimado, colmado, un hijo de papá y, lo que es peor, un revolucionario de salón que será un burgués toda la vida, lo quiera o no. Eso basta para que lo odie.

Desde que volvió de Lérida, Josep ve el mundo de forma simplista.

La madre de Montse, por su parte, observa con satisfacción que el hijo de los Burgos ronde a su hija. El joven no está mal, tiene educación, y la fortuna de su parentela constituye un excelente antídoto del horrendo color rojo de su cabello y del oscuro recelo que suscita entre los aldeanos.

Porque aunque estos últimos no lo confiesan con franqueza, se muestran circunspectos ante el tal Diego, hijo adoptivo de don Jaume Burgos Obregón y de su esposa doña Sol, un niño de quien nadie sabe ni dónde ni por quién fue concebido, pues los padres ocultan las condiciones de su llegada como si eso los avergonzase, o quizá sencillamente porque nadie se aventura a preguntárselo.

Y en el pueblo, donde puede afirmarse sin lugar a error quién será qué en función de su ascendencia (origen y trayectoria de cada uno controlados), el misterio de su nacimiento le granjea el recelo general, en ocasiones mezclado de hostilidad.

Corren constantemente los rumores más estrambóticos sobre sus posibles progenitores, rumores que asocian su nacimiento clandestino con algo oscuro, doloroso, y con frecuencia infamante. De prestar crédito al último (rumor) aparecido, Diego nació de las relaciones ilícitas, agárrense, de don Jaume con la Filo, una débil mental que vive con su anciana madre a quien llaman la Bruja en una chabola construida en las afueras del pueblo.

¿Cómo subvienen a sus necesidades esas dos mujeres? Nadie lo sabe.

Puede que de una pequeña asignación de don Jaume, apunta Macario, el zapatero, al oído de la Clara.

Quiere usted decir que, salta la Clara, indignada.

Me ha entendido perfectamente, susurra el zapatero, con expresión ladina.

¿Con?

¡Exactamente!

¡Jesús! ¡Lo que hay que ver!

Y Clara planta al zapatero para transmitir instantáneamente la noticia a la Consol, que a los cinco minutos se la cuenta a la Carmen, que, etcétera.

Por descontado, todos saben que eso no es cierto, todos incluso los que lo repiten. Todos saben que la hija de la Bruja nunca ha estado embarazada, se habría notado, en un pueblecillo como ése, semejante acontecimiento no puede pasar inadvertido. Pero esa versión estrambótica sigue circulando y encontrando oyentes, y todos los aldeanos disfrutan con ella sin creérsela, e incorporan sabrosos y fantasiosos añadidos, a ser posible sórdidos. Tienes que entender que en aquellos tiempos, me dice mi madre, las habladurías sustituían a la televisión y que los aldeanos, en su afán novelero de desgracias y de dramas, encontraban allí materia para sus sueños y delirios.

Pero con los acontecimientos de julio del 36 se disipa ese rumor, pues entran en juego cosas mucho más importantes. Lo que importa ahora, lo que importa tremendamente, lo que importa furiosamente, es clasificar a las personas en buenas y malas, según su etiquetaje político. Lo que importa por encima de todo es saber quién es de la FAI, quién del POUM, quién del Partido Comunista y quién de la Falange, pues tales afiliaciones priman en lo sucesivo sobre todo lo demás y eliminan los matices y contradicciones de quienes las reivindican.

¡En la España en guerra del 36, las sutilezas al garete!

Así pues, lo importante es saber que Diego se afilió hace unos meses al partido comunista. Ante el estupor de todos.

Se han comentado largo y tendido los motivos de tal adhesión, y la gente se ha reído imaginando la cara que pondría doña Pura al saber que su sobrino se había conchabado con los monstruos moscovitas. Se barajan

suposiciones (dice mi madre), con esa psicología de andar por casa, como dirías tú, con la que se encapricha la gente cuando se ve privada de las distracciones elementales.

Se han preguntado si Diego se ha afiliado al Partido con el fin de plantar cara a su padre, o para defender sus intereses. Se han preguntado si esa decisión responde a un intento de escapar a la esfera de los Burgos, o a un cuidado afectuoso por protegerlos de posibles represalias. Se han preguntado si su móvil profundo no era sino esa rivalidad con su padre a quien quería destronar al tiempo que lo protegía. Se han preguntado si había hallado una forma de reparación de una infancia de la que se ignoraba todo pero que se suponía desastrosa. Se han preguntado si su afiliación no representaba para él la ocasión soñada para ganar puntos y ser aceptado al fin por los habitantes del pueblo. Se han preguntado si él mismo sabía por qué se había afiliado y si el tono terminante con que hablaba no ocultaba en realidad una forma de inseguridad interior. Se han preguntado si su temor a que la autenticidad de su adhesión se resintiera de los orígenes burgueses de su padre no le movía a afirmar sus ideas con tan implacable dureza.

Porque ahora, Diego, que siempre se había mostrado huidizo y taciturno, toma la palabra en el café y en otros lugares adoptando un tono autoritario y con una suerte de violencia contenida que ha sorprendido a todos los suyos. Pontifica. Se da aires. Le gusta explicar la situación del momento a la luz de los artículos de *Mundo Obrero*. Ha devorado las fórmulas ampulosas de la publicación. Ha ensayado sus efectos en su cuarto y ante el espejo. Y sus fórmulas le han parecido atinadas y hermosas. Y las confusas aspiraciones que bullen en su corazón no han hallado mejor expresión que a través de ellas.

Tanto es así que don Jaume ya no reconoce a su hijo. Y le duele. En el nuevo adoctrinamiento de Diego y en el culto idólatra que profesa a ese Stalin ve la muestra dolorosa de que su larga labor de educación espiritual se ha malogrado.

Además, Diego, desde que pasó a formar parte de su familia adoptiva, parecía empeñado en castigarla, y en entristecerla. De niño, era taciturno, hosco, rechazaba ariscamente los gestos cariñosos como si una fuerza terrible se los impidiera.

Durante su adolescencia, le reconcome un rencor torvo, incomprensible, una suerte de ira muda, de animosidad contenida contra las cosas y las personas. De todo ello se infiere que en su vida se produjo un acontecimiento irreparable aun antes de que conociera los tormentos de los adultos.

Hay palabras que hieren. Él conoce ya su poder. Es precoz.

Pero como no se atreve a dirigir su violencia hacia su padre, la vuelca contra su madrastra, en cuyos ojos ha intuido enseguida debilidad, algo que se ha roto. Y basta que ella hable para que de inmediato le lleve furibundamente la contraria. Tú no eres mi madre, le espeta con ojos despiadados ante su menor observación.

No tienes ningún derecho sobre mí, le dice, con voz malévola, si ella le pregunta por ejemplo sobre los múltiplos del gramo o la conjugación del verbo ser.

Y cuando se ve obligado a soportar sus besos antes de irse a la cama, se restriega la mejilla, ostensiblemente, y doña Sol se muerde los labios para no prorrumpir en sollozos.

Esto acabará mal, solía augurar Justina (la criada a quien doña Pura despidió so pretexto de que olía a cebolla, aunque las verdaderas causas del despido siguen ignorándose hasta la fecha).

Doña Sol no se atreve a quejarse a su marido del comportamiento del niño, temiendo agravar el resentimiento que éste le profesa. Pero por una evolución implacable, Diego ejerce cada vez más dominio sobre su madrastra. Hasta el punto de decirle Cierra el pico, o Calla la boca, o Vete a tomar por el culo, en cuanto ella le dirige la palabra, con esa crueldad de que son capaces los niños.

Pero ¿qué te pasa hijito?, le pregunta doña Sol con ojos implorantes.

¡Que no me llames hijito!, grita Diego.

Y doña Sol, con su aire derrotado y sus labios temblorosos, sigue callada y conteniendo el llanto.

Don Jaume no ve o no quiere ver la animosidad de su hijo contra su esposa. Le preocupan en cambio sus mediocres calificaciones escolares, pero se consuela pensando que más adelante se hará cargo de las tierras.

Pero Diego lo afirma muy pronto, odia el campo. Odia ese rincón perdido

que ostenta el récord de pueblo más retrógrado de España, lo dice con una suerte de maldad en la voz. No quiere criar moho como esos paletos, sin más interés en la vida que el precio del kilo de aceitunas, los estragos del granizo o los retrasos de la cosecha de patatas. No quiere parecerse al administrador, que se empapa de colonia los domingos para que se le vaya la peste a estiércol, y menos aún al Peque, que se rocía con brillantina para que le brille el pelo a falta de otra cosa. Además, odia a todos esos campesinos que lo consideran un **señorito** nacido con un clavel en el culo, cuando él se niega en redondo a ser un hijo de papá, cuando precisamente lo que quiere es olvidarse de su papá, cuando lo que quiere es olvidar su nacimiento, cuando lo que quiere es olvidarse de la prominente familia de los Burgos y forjarse un destino que sólo proceda de su persona.

Y sus reticencias respecto a asumir un patrimonio al que casi todos aspiran en sus sueños más descabellados ofenden a los campesinos de su pueblo, que no poseen nada. Que se muestre odioso con su madrastra y tenga un carácter reservado, pase, cabe esperar cualquier cosa de un crío procedente de Dios sabe dónde y puede que ni de España; que tenga el pelo rojo como un indio de Dakota, vale; pero que se niegue a ocuparse de las tierras de su padre, que son con mucho las que más producen, ¡eso no, no y no! Los campesinos se muestran unánimes.

Diego se da aires. Demasiado orgulloso.

Pero ¿por quién se toma?

¿De quién le viene?

Ése es el caso.

¡Por lo visto se queda en la cama hasta las nueve de la mañana haciéndose la manicura y leyendo libros de Karl Marx!

¿De quién?

De un profeta ruso que quiere colgar a todos los ricachos como su padre, para que te hagas una idea.

En vez de mover el culo.

En fin, eso no es cosa nuestra.

¿Qué edad tendrá ahora?

Unos veinte.

Pues ya va siendo hora de que tome ejemplo.

Para mí que el gusano está en el fruto, y cuando el gusano está en el

Se le nota en su
¡Pobre padre!
¡La verdad es que se las hace pasar moradas!
¡Y que lo digas!

Pero Diego no está dispuesto a perdonar su infancia calamitosa a quienes considera como sus padres falsos y cuyo legado se le antoja un regalo inmerecido, una herencia indebida que le machaca, la inscripción en una historia que le hace sentirse siempre un intruso.

Quiere convertirse en alguien, ser **alguien**, pero por su sola voluntad y su solo mérito. De los privilegios que le confiere su casta sólo piensa en deshacerse. Y por más que la costumbre y la ley dicten que se consagre a la propiedad paterna de la que es único heredero, por más que su tía doña Pura no deje de repetirle con una satisfacción y unos pavoneos que le resultan obscenos que es un Burgos, o sea una casta, una prerrogativa y una élite, o sea títulos que ninguna república podría conferir y cuya tradición debe perpetuar, rechaza violentamente ser su heredero. Y don Jaume, que acariciaba para Diego el sueño de que lo sucedería, se siente muy desdichado.

Por lo demás, desdichados lo son casi todos los padres del pueblo en 1936, porque sus hijos no quieren saber ya nada de la Santa España. No aguantan el peso de la censura con que los agobia el cura don Miquel y del que tratan de buscar alivio meándose en los geranios de su jardín, o parodiando a la hora de la misa, entre risas ahogadas, el ***Padre Nuestro: Puto Nuestro que estás en el cielo, Cornudo sea tu nombre, Venga a nosotros tu follón, Danos nuestra puta cada día, y déjanos caer en la tentación***... No quieren saber nada de las monjas con cara de cirio que enseñan a las chicas a quienes adoctrinan que un demonio lujurioso anida entre sus piernas. No quieren saber nada de esas labores en el campo que

apenas dan para pagarse dos **copitas**, o bueno, la verdad sea dicha, seis o siete, o pongamos ocho o diez, en el bar que regentan Bendición y su voluminoso marido, los domingos al caer la tarde, antes de cenar. Y esos hijos cuyos deseos no tienen cabida en el universo moribundo de sus padres, maldicen a estos últimos, repudian sus valores y con cara burlona les arrojan a la cara cosas fantásticas para ellos inconcebibles. La Historia cariño se compone de esos enfrentamientos, los más crueles de todos y los más **infelices**, y ningún padre del pueblo está inmunizado, ni el padre de Diego ni el de Josep, porque la justicia inmanente no acata los decretos de la justicia de los hombres (dice mi madre en un francés tan sofisticado como enigmático).

El padre de Josep está consternado, pues su vecino Enrique acaba de anunciarle que Josep se dedicaba a hacer barrabasadas con unos sindicados, una pandilla de balarrasas que presumen de rebeldes y se pasean por el pueblo con un pañuelo rojo y negro arrollado al cuello para farolear. ¡Qué vergüenza!

Yo le enseñaré lo que vale un peine a ese mocoso. Se va a enterar de lo que es bueno, exclama el padre. Ha visto marchar a Lérida a un hijo trabajador, respetuoso, razonable, con los pies en la tierra y que iba por el camino recto. ¿Y qué se encuentra? A un exaltado, **un indócil medio loco con la cabeza llena de tonterías**.

Ha sido en Lérida, clama el padre irritado, donde le han metido en la cabeza esas collonadas. Pero te juro que yo haré que se le olviden esas gilipolleces a ese rapaz. Y muy bien que harías, dice el vecino. Antes de que En Lérida, repite el padre, ha sido donde le han hecho tragarse esos cuentos chinos: suprimir el dinero, colectivizar las tierras, compartir el pan, todas esas paparruchas. Pero si es que parece que lo hayan drogado.

Lo peor, le dice el vecino, es que tu hijo y sus amigos van diciendo a quien los quiera oír que van a hacer la revolución en el pueblo.

¡Será imbécil!, exclama el padre. ¡Le voy a meter una tunda de las buenas!

Para colmo de males, el vecino le informa de que el cura de D., la aldea

vecina, ha aparecido en un olivar con el cráneo destrozado a palazos, y de que han descubierto al pertiguero de M. con el cuerpo hecho picadillo y un crucifijo metido en el culo. ¿Y quiénes son los autores? ¡Esos golfos de la CNT!

¡Qué vergüenza!, dice el padre. ¡Se va a llevar una de hostias! Y tanto le han abrumado esas noticias que acude directamente al bar que regentan Bendición y su voluminoso marido. Jugará una partidilla de dominó y se soplará un anís, o dos, o tres, o cuatro, o diez si hace falta, tiene unas jodidas ganas de entonarse, y el bar de Bendición es, en el pueblo, el único lugar de entonamiento digno de tal nombre. Después de la panda de amigos cazadores.

Son las diez de la noche cuando el padre vuelve a casa, convenientemente entonado.

Sube cansinamente las escaleras, camina tambaleándose hasta la mesa y se deja caer en su silla, donde acaba estabilizándose.

Es la señal que esperan su mujer y sus hijos para sentarse a su vez.

La madre trae la sopa. Al padre se le sirve el primero, a Josep el segundo, a Montse la tercera y a la madre en último lugar, según un orden inconmovible.

El padre apesta a alcohol.

Suele pillar tajadas.

Las tajadas son el único momento en que le salen las palabras.

Y sus palabras, esa noche, aunque pastosas, lentas, mal articuladas y como concatenadas, son tremendamente solemnes.

Después de trazar la cruz en el pan con la punta del cuchillo, se levanta y declara, intentando mantenerse erguido y sin mirar a nadie, que no tolerará que nadie comprometa el honor de su apellido con las ideas irresponsables de la (intenta durante un instante extraer del pozo de su memoria el peligroso apelativo) de la CNT. Aviso a la población, añade, lamentando al punto haber empleado ese apóstrofe que no encaja con el contexto trágico de la escena.

Acto seguido, la mirada turbia fija en la sopera y haciendo un esfuerzo visible para concentrarse, advierte de que no permitirá que nadie en el mundo le sustraiga las pocas tierras que posee para entregárselas a una pandilla de holgazanes e ineptos. Pega un puñetazo en la mesa, ¡**Y aquí mando yo**!

La madre pone su cara de drama.

A Montse se le corta la respiración.

Por su parte Josep, la tez súbitamente pálida, la barbilla ligeramente temblorosa, articula algo que Montse no olvidará jamás: Yo nunca le he faltado al respeto (Josep y Montse llaman de usted a sus padres), pero hoy le pido que me lo tenga usted.

Es la primera vez en su vida que Josep planta cara a su padre, la primera vez que desafía su autoridad. **Santísimo Jesús**, murmura la madre, aterrada. A Montse la invade de repente una alegría irrefrenable que no sabe cómo disimular.

El padre, por un instante desconcertado, repite alzando la voz ¡**Aquí mando yo**! Luego señala la puerta: ¡**Y a quien no le guste, fuera**!

Y se sienta brutalmente para no poner más en peligro su equilibrio, y añade, con solemnidad: **Yo la revolución me la pongo en el culo**.

Luego se calla, pues su cerebro brumoso se niega a soplarle más palabras de circunstancias.

Josep se levanta empujando violentamente la silla.

El padre permanece clavado en la mesa que su ebriedad le impide abandonar y acciona con gesto aproximado la cuchara llena de sopa, la cual alcanza su objetivo tras peligrosas oscilaciones.

Montse y su madre terminan de cenar, con el corazón saltándoles en el pecho y sin pronunciar palabra.

Odio a ese **facha,** dice Josep a Montse, en cuanto ella se le une en la cocina.

Montse rompe a reír. Desde hace unos días las iras de Josep le producen un inmenso bienestar, no sabría decir por qué.

Ojalá reviente, dice él.
No digas eso, dice Montse.
Me largo de aquí, dice él, de esta ratonera.
Si te vas, papá te mata.
Ese nazi, dice Josep.
Y Montse rompe de nuevo a reír.

La mañana siguiente, Josep, que ha recobrado el buen humor,
¿Ama usted a Jesús, madre?
¡Vaya pregunta! (La madre anda atareada amasando pan.)
¿Le dijeron en la catequesis que era anarquista? (Le gusta hacerla rabiar.)
Siéntate como Dios manda, que vas a romper la silla, le ordena la madre.
¿Que dijo por ejemplo No podéis servir a Dios y al dinero?
¡La silla!, repite la madre.
Es un eslogan típicamente anarquista.
¡Acabarás rompiéndomela!
¿Le han dicho a usted que Jesús era partidario de colectivizar las riquezas y de repartirlas justamente?
¡Virgen Santa!, exclama la madre, ¡no digas tonterías!
Montse estalla con su risa juvenil.
La madre lanza miradas a uno y a otro pidiéndoles una explicación de unas palabras y comportamientos tan escandalosos.
¡Y tú también estás en esto!, se indigna la madre mirando a Montse. Pero ¿qué le habré hecho yo a Dios?
Josep, para convencer a su madre, va a buscar la Biblia con el lomo de color verde col a la habitación de sus padres. Lee en voz alta: *Hechos de los Apóstoles. Hechos 3. Vida de la primera comunidad cristiana. 44 – Todos los que se habían hecho creyentes se habían unido y lo compartían todo. 45 – Vendían sus propiedades y sus bienes para compartir el precio entre todos, según las necesidades de cada cual*.
Josep triunfante,
¿Qué?

La madre, azorada,

Tonterías.

¡Pero si está escrito con todas sus letras en la Biblia!, exclama Josep. Está escrito, **coño**, léalo.

Tonterías, mantiene la madre, con cara recalcitrante.

¡Es Historia sagrada y para usted son tonterías!

¡Josep!, grita la madre con el tono exasperado de quien no aguanta más oír a un blasfemo.

¡Así son los católicos!, dice Josep radiante, volviéndose hacia Montse. Pero nosotros seremos más católicos que los católicos, crearemos una comuna libre que tomará las riendas de la antigua propiedad burguesa, siento esa obligación divina, dice, adoptando el aire inspirado de Santa Teresa del Niño Jesús.

¡Santo Cielo!, suspira la madre, ¡lo que tengo que oír!

A eso se le llama revolución, contesta Josep, alborozado.

Loca me estás volviendo, dice la madre.

Déjala en paz, intercede Montse, ¿no ves que la asustas?

Como te oigan, te meten en la cárcel, gime la madre, que no entiende esas ideas modernas que tienen trastornado a su hijo y para quien los acrónimos CNT o FAI designan cosas abstrusas y peligrosas que llevan a los hombres a pelearse, **y nada más**.

Josep rompe a reír.

Montse también se ríe.

Montse no sabe decir por qué, pero todo lo que dice su hermano desde su regreso de Lérida, que enfada a su padre y preocupa a su madre, la pone alegre.

Montse, al igual que su hermano, ignora en ese momento los crímenes de los que Bernanos es testigo horrorizado en Palma. Porque Bernanos no puede cerrar los ojos ante la evidencia. Y la simpatía que le inspiraba la antigua Falange (la de Primo de Rivera, que se niega a relacionar con la Falange del 36, que se ha dejado manipular por unos cuantos generales

«sembradores de desmanes»), esa antigua Falange que profesaba en la anteguerra el mismo desprecio hacia el ejército traidor al rey que hacia el clero «dado a componendas y prevaricaciones» y en el que su hijo Yves depositó entusiasmado su simpatía, no puede sustraerse a esa realidad: la depuración emprendida por los nacionales con la inmunda bendición del clero es ciega, sistemática, y comulga con el Terror.

Todavía duda en decirlo.

Todavía duda en dar ese paso.

Sabe que una vez dado, deberá llegar hasta el final, comoquiera que sea. Y ese proyecto le reconcome. Pero los hechos cantan: antes del **pronunciamiento** no había quinientos falangistas en Palma, ahora son «quince mil gracias al desvergonzado reclutamiento organizado por los militares» bajo la dirección de un aventurero italiano llamado Rossi, quien convirtió la falange en «la policía auxiliar del ejército encargada del trabajo sucio».

Y esa nueva Falange del 36 tiene aterrorizado al pueblo palmesano. Ejemplo. Unos días después del golpe de Estado, doscientos habitantes de la pequeña población de Manacor son declarados sospechosos, «sacados de la cama en plena noche, conducidos por grupos al cementerio, abatidos de un balazo en la cabeza, y quemados en montón un poco más lejos». El obispo-arzobispo de Palma ha delegado en uno de sus sacerdotes con enaguas quien, pateando la sangre con sus zapatones, reparte las absoluciones entre dos descargas, y traza con aceite consagrado en la frente de los muertos la cruz que les abrirá las puertas del Cielo. Y escribe Bernanos: «Observo sencillamente que esa matanza de miserables sin defensa no suscitó una palabra de reprobación, ni siquiera la más inofensiva reserva por parte de las autoridades eclesiásticas, que se limitaron a organizar procesiones de acciones de gracias.»

El 23 de julio de 1936, Josep acude a la asamblea general que se celebra en el **ayuntamiento**. Es el día D de la revolución. La cosa es seria.

Antes ha ido a buscar a su amigo Joan, que vive en lo alto de la calle del

Sepulcro, una calle con una cuesta así, dice mi madre inclinando la mano, una costanilla digo, ¿ahora te inventas las palabras?, dice mi madre, a quien hace gracia la palabra.

Josep y Joan han hecho amistad en Lérida donde, desde los catorce años, trabajan todos los veranos de jornaleros, realizando la misma faena que los adultos. Allí, en la inmensa finca de don Tenorio, descubrieron las ideas libertarias y participaron, con indescriptible fervor, en la formación de una comuna agrícola.

Ambos tienen dieciocho años.

Ambos nacieron en un pueblo donde las cosas se repiten infinitamente, los ricos en su opulencia, los pobres abrumados; un pueblo autárquico y estrecho de miras donde la autoridad de los de siempre es tan intocable como la fortuna de los Burgos, donde el destino de cada cual queda consignado desde la cuna, y donde nunca ocurre nada que despierte una pizca de esperanza, de entusiasmo, de vida.

Ambos han crecido en un lugar aislado del mundo, recorrido únicamente por asnos melancólicos y por los dos automóviles con que cuenta el pueblo: la furgoneta destartalada del padre de Joan, que vende las verduras en la ciudad, y el Hispano-Suiza de don Jaume; un rincón perdido donde ni la televisión, ni el tractor, ni la motocicleta han hecho aún su aparición, que ni siquiera dispone de una estafeta de correos, donde el primer médico se encuentra a treinta kilómetros, y donde las quemaduras se curan con bisbiseos y las otras enfermedades con aceite de ricino o bicarbonato de sodio.

Ambos han trabajado en un mundo lento, lento como el paso de los mulos, un mundo donde las aceitunas se recogen a mano, donde el arado se empuja a fuerza de brazos, y donde hay que ir a llenar el cántaro a la fuente. Ambos han chocado con la autoridad de sus padres, severos por tradición, adeptos por tradición a la educación filial a correazos, convencidos de que las cosas han de seguir siendo eternamente como son, y cerrados en banda por tradición al diálogo entre padre e hijo, pues a su entender las palabras paternas obran según la lógica implacable del «eso es así y sólo así», la única que conocen y que consideran justa.

Y de pronto, en Lérida, ambos descubren unas teorías que se oponen

furiosamente a esa visión inmutable que para ellos era la única concebible.

Se enteran de que las cosas pueden dar un vuelco, pulverizarse, irse a tomar viento. Que pueden rechazarse, sin que el mundo se venga abajo, los discursos habituales. Que se puede decir no a los obtusos, a los arrogantes, a los tiránicos, a los serviles, a los viles. Y barrerlo todo, joder, barrerlo todo, barrer toda esa miseria de la que abominan.

Y su vitalidad natural se siente atraída por esa oleada tumultuosa que no deja piedra sobre piedra y reverdece sus deseos.

Se dejan arrastrar por su empuje.

Sueñan con actos sediciosos, insolencias grandiosas, cosas inmensas y desconocidas que se extenderán más allá de su vida y marcarán la Historia. Creen en una revolución absoluta de los espíritus y los corazones. Creen en ese encantamiento.

Dicen que ahora saben dónde situar su valentía. Dicen que ya no soportarán abandonar sus deseos a la puerta de sí mismos, **como un paraguas en un pasillo**. ¡Que su padre se meta bien eso en la mollera! ¡Se acabaron los miedos y las abdicaciones!

¡QUEREMOS VIVIR!

La gran sala del **ayuntamiento** está abarrotada, más que para las fiestas de Semana Santa. Casi todos los hombres del pueblo han abandonado los campos antes de hora, y algunos, para honrar ese primer día de la revolución, se han puesto sus mejores galas. Entre los campesinos presentes, algunos, como el padre de Josep, son propietarios de pequeñas parcelas, la mayoría alquilan su tierra a don Jaume Burgos, y los más pobres trabajan en ellas de jornaleros.

Josep y Joan se abren paso resueltamente entre la multitud a base de codazos y **Con permiso**, y consiguen trepar al estrado.

Toma la palabra Josep.

Es la primera vez en su vida.

Utiliza las grandes frases bíblicas que ha oído en Lérida y que ha leído en la revista *Solidaridad Obrera*.

Dice Seamos hermanos, compartamos el pan, aunemos fuerzas, creemos una comuna.

Y todos pican.

Es teatral. Apasionado hasta la médula. **Un ángel moreno caído del cielo.**

Dice No queremos que nos sigan puteando unos propietarios que nos abocan a una vida de miseria y se embolsan el dinero fruto de nuestros sudores. Tenemos fuerzas que ellos desconocen. Ha llegado el momento de utilizarlas. Ya no queremos vivir de otro modo. Y eso es posible. Se ha vuelto posible. Queremos una vida en que nadie pise ya a nadie, en que nadie escupa a nadie, en que nadie diga a nadie Pareces muy modesta con ánimo de empequeñecerle o estafarle (mi madre: se me puso carne de gallina). Y no nos contentaremos con unos cuantos huesos y unas caricias. **Se acabó la miseria. La revolución no dejará nada como antes. Nuestra sensibilidad se mudará también. Vamos a dejar de ser niños. Y de creer a ciegas todo lo que se nos manda**.

Aplausos atronadores.

En Lérida, donde estuvimos trabajando en mayo para unos **cabrones**, los **cabrones** las pasaron moradas. Armamos la de Dios es Cristo, mandamos a la mierda a los explotadores y fundamos una comuna libre. Aquí podemos hacer lo mismo. ¿Quién nos lo impide?

Los campesinos están exultantes.

Josep se torna más agresivo. Os roban lo que os pertenece por vuestro trabajo. Es injusto. Todo el mundo sabe que es injusto.

Aclamaciones.

¿Es digno de un hombre trabajar como un animal por unas pocas pesetas? ¿No es posible inventar otra vida? ¿No es posible abandonar esa mentalidad que nos hace desear que nuestras aceitunas sean más gordas que las del vecino?

Carcajada general.

A grandes males, grandes remedios, dice, como lo ha oído decir en Lérida: Recobremos las tierras que nos robaron, colectivicémoslas y repartámoslas.

La propuesta es aclamada con delirio.

Un campesino alza un dedo y pregunta con falsa ingenuidad:

¿Cuándo llegará la colectivización de las mujeres?

Nuevas carcajadas.

El ambiente de júbilo es general.

Sólo el grupito formado por el padre de Josep y algunos de sus amigos pequeños propietarios, y el grupo formado por Diego y sus dos camaradas comunistas no parecen compartir la euforia general. Diego esgrime la sonrisa socarrona de quienes ven venir antes que los demás el fracaso posterior.

Decide hablar.

Anuncia que toma la palabra en nombre de quienes viven en un país real, **y no en las nubes**.

Dice que la decisión de colectivizar las tierras es demasiado precipitada, y graves las consecuencias que de ello podrían resultar.

Dice Calma, dice Prudencia, dice Orden Público, dice Realismo, dice Esperar, dice

Pero su pelo rojizo, su tez blanca, sus hombros frágiles y la frialdad de sus palabras carecen singularmente de atractivo, y casi nadie le escucha en ese momento.

Antes de que pueda desarrollar sus argumentos, pero ¿quién le ha mandado meter baza a ese capullo?, Josep retoma la palabra con vehemencia. Propone no sólo confiscar sus tierras a los más ricos, sino quemar todos los registros catastrales, todos los títulos de propiedad y hacer con ellos una gran hoguera, ¿quién está a favor? Se alza un bosque de brazos.

Moción aceptada.

Los títulos de propiedad se quemarán el 27 en la plaza de la Iglesia.

La gente aplaude, exulta, se felicitan unos a otros. Los más taciturnos se entusiasman. Los menos favorables a las ideas de Josep, pero que se han dado cuenta enseguida por dónde sopla el viento, se convierten en el acto y se ponen a hablar más alto y más animadamente que los demás.

Lo único que queda por hablar es lo siguiente, concluye Josep: ¿deben

repartirse las tierras en parcelas iguales o en función del número de bocas por alimentar?

Se convoca una reunión dentro de seis días para zanjar la cuestión.

Al día siguiente, todo el pueblo está en efervescencia. Se cuelgan banderas rojinegras en las ventanas, la gente se recrea soltando eslóganes, se apasiona, grita, gesticula, se embelesa, se lanza a leer los contados números de *Solidaridad Obrera* que llegan al pueblo, y se satura de frases de lirismo torrencial, ***La gran epopeya del proletariado ibérico, La marcha triunfal de los milicianos del pueblo, La palpitación histórica que resuena en todos los pechos y la magnífica unión de los camaradas de lucha tan sublime y esperanzadora***...

Transcurridos dos días, el entusiasmo se mitiga lentamente. La gente se calma. Medita. Rememora, durante la partida de dominó, los arrebatos irreflexivos de la víspera y el júbilo pueril que se adueñó de las mentes. En una palabra, se serenan. Y aunque nadie se atreve a declararse abiertamente hostil a las medidas propuestas por Josep, una resistencia silenciosa o apenas confesada comienza a abrirse paso.

Macario, el zapatero, de todos ellos el más recalcitrante, lamenta, seis doble, que se hayan votado las decisiones con precipitación: ¡**demasiado adelantadas**!

Diego, el hijo de don Jaume, que está acodado en la barra, se hace eco de esa opinión.

Anda, ¿habla el pelirrojo? ¿Tiene lengua? ¡Mira por dónde! ¿Qué cuenta el Burguitos? Guiño de ojo del peluquero a los presentes.

Cuenta, dice Diego, que ha acogido con una sonrisa las observaciones sobre su persona, cuenta que hay que mantener la cabeza fría, cuenta que imponer la colectivización es una gilipollez incalificable, y que jugar a héroes

anarquistas, en plan nos llevamos todo por delante y a la mierda, supone perder el apoyo de Europa, que se caga ante la idea de una revolución.

¿O sea que tú crees que Europa nos ayudará sólo por nuestros bonitos ojos?, pregunta Manuel (un cenetista del grupo de Josep). ¿Que Europa es tan gilipollas como para venir aquí a que nuestros putos picos de oro la lleven a la tumba? Yo sólo digo, contesta Diego fríamente, que lo que no hay que hacer es acojonarla más con bakuninadas de soplapollas. Es inútil.

No le falta razón al chaval, dice Macario. Tiene pesquis el tío. Para su edad.

Tres días después, totalmente serenos y rabiosos por haberse dejado llevar por el entusiasmo, los campesinos dejan traslucir sus dudas y sus crecientes inquietudes. Y en el bar de Bendición se inflama la dialéctica, hasta tal punto que los hombres, ante sus hileras de dominós, ya no están en lo que hacen. Proclamas, controversias, voy a robar, acusaciones, obscenidades, conjeturas desasosegadas, digresiones socráticas, arrebatos cervantescos, cuatro doble, peroratas apasionadas contra los explotadores, consideraciones atenuativas, te toca a ti, befas escépticas, se está tocando los huevos o qué, propuestas y contrapropuestas se suceden o se intercalan, acompasadas de **coños** espetados cada dos frases y, para reforzar lo dicho, de ***Me cago en Dios*** o ***Me cago en tu puta madre***, con frecuencia reducidos para mayor eficacia a un ***Me cago en***, a secas.

Dos conclusiones se extraen de estos tumultuosos debates:

1) Aquellos que votaron vehementemente la decisión se inquietan ahora vehementemente por sus consecuencias.

2) El número de adversarios de la colectivización, en fase constantemente progresiva, pasa en un solo día de diez a treinta.

Cuatro días después, las lenguas más apocadas, vigorizadas por el ambiente tenso, se cargan de palabras duras.

Todos o casi todos reclaman ahora orden, disciplina, y mano firme rediós de redioses.

Se muestran, por supuesto, favorables a la revolución, eso sí, pero desconfían de los instigadores de desórdenes que traen de fuera ideas confusas concebidas por unos cuantos orientales de mente perversa.

Dicen que los primeros que se las apropian son esos golfos que pululan por las ciudades.

Dicen que Josep los ha tratado en Lérida, **no me extraña**.

Que tiene desesperado a su pobre padre.

Que es un estrafalario.

Un iluminado.

Que cree en la felicidad universal.

¡Qué horror!

Que se piensa que en esas famosas comunas los hombres se volverán buenos, leales, honrados, generosos, inteligentes, agradecidos, valientes, tranquilos, bien ¡Y qué más! (risas)

Que todos los conflictos se desvanecerán como de milagro.

¡Qué aburrimiento! (risas)

¡Que ya no se dará golpe, y que todos los días serán domingo!

¡Oh no! ¡Por favor! ¡Aburrirse soberanamente siete días de cada siete a la espera de cascarla!

Que los muertos resucitarán (risas) y mil otros prodigios por el estilo (risas).

Que Josep y su pandilla son adeptos del divorcio ¡**Madre mía**!

¡Y de la poligamia!

¿De la poliqué?

Derecho a follar con diez putas a la vez.

Nada menos.

Que esas maravillosas comunas en las que reinará el amor libre entre seres puros como el rocío de la mañana no son en realidad más que delirios de obsesos sexuales calentorros y nada más (se vuelve continuamente a todo lo relacionado con el sexo, es una auténtica obsesión).

Que además, en lo referente a follar, Josep es un **tío** especial: no se le conocen novias, qué raro, ¿será marica?

Total, que se alegan cien motivos, desde los más falaces a los más absurdos, con el único fin de retractarse. Para al final esgrimir el argumento masivo siguiente: ¿Quién es tan gilipollas para creer que se puede prescindir de un jefe con unos cojones así de gordos sin exponerse a matarse unos a otros? O lo que es más, ¿sin dinero y poder para distinguir a los importantes de los demás?

Y todas esas reticencias a las ideas de Josep, expresadas abiertamente, los hermanan, como los había hermanado, unos días antes, la idea de la revolución.

Cuatro días después, las reticencias medio formuladas se expresan a voz en cuello.

El quinto, todos o casi todos han renunciado.

El sexto, día de la segunda asamblea, la sala está de bote en bote porque va a ratificarse la claudicación.

Por vez primera y ante el estupor de algunos, las mujeres son invitadas a la fiesta, unas fulminantes, otras atraídas por las peleas, la mayoría temerosas de que el marido se deje llevar por quimeras, y las más pobres, las menos favorecidas por la fortuna, las más desdichadas, deseosas de tener una palabra que decir en el asunto, y esa palabra es: ¡Basta!

El propio padre de Josep y Montse es el primero en intentar mostrar su desacuerdo con las decisiones adoptadas la semana anterior, aun exponiéndose, dice entre risas, a que le fusile su hijo (risas en la sala).

Dice que ha arrimado el hombro toda la vida para hacer que rinda la tierra, que la quiere como a la niña de sus ojos, y que le parece razonable

esperar a que se gane la guerra antes de plantearse medidas más, pongamos menos, bueno menos extremas (murmullos de aprobación).

Después le toca a Diego tomar la palabra.

Adopta un tono abrupto, severo, y una seriedad de ministro. Quiere mostrar que tiene temple. Quiere mostrar que es un hombre **con huevos**: frases rudas, dominio de las emociones y palabras comedidas para marcar mejor su diferencia con los enardecidos de rojo y negro.

Él no está a favor de los proyectos demagógicos del folclor revolucionario. De toda la cháchara romántico-puberal (expresión leída en *El Mundo Obrero*, su almacén de ideas), de las grandes frases pomposas que no son más que un espejo de las alondras libertarias (expresión leída en *El Mundo Obrero)*, de las fabulaciones confusas que embaucan a los ingenuos atrayéndolos con mentiras con lentejuelas (expresión leída en *El Mundo Obrero)*, de las promesas fabulosas e incesantemente aplazadas de los vendedores de ilusiones, se fía tanto como de la peste.

Toda esa verborrea sin vínculo alguno con la realidad puede llevar al pueblo al **desmadre** (la palabra, intraducible, causa gran efecto entre la población campesina). Hay que ponerle coto. Todo aquello no son más que planes azarosos que hacen concebir esperanzas momentáneas, pero terminan en desastre.

Por un provecho mil daños, asegura con esa expresión grave que impresiona, unida a una suerte de entusiasmo frío.

Eso es hablar como debe ser.

Los campesinos asienten.

Él asegura mirar por los intereses del pueblo (tengo la sensación de que nos entendemos, creo. Son los mismos sinvergüenzas, dice mi madre). Y por eso, tener los pies en la tierra, ser realista (la palabra realista causa también una gran impresión), mitigar ese prurito de idealismo, mostrar madurez política, **por Dios**. La pura retórica del canguelo, murmura Josep, temblando de rabia.

Diego se ha dado cuenta de que desde hacía unos días reinaba en el pueblo un lamentable desorden, en una palabra, un desbarajuste, pero él, en vez de echar leña al fuego como hacen algunos (joder, le voy a partir la

boca, murmura Josep), propugna poner remedio. Orden. Rigor. Y disciplina. Sin eso, no hay nada que hacer.

Nutridos aplausos.

Josep, furioso y desconcertado, decide entonces intervenir. Procurando disimular su desasosiego y contener los latidos de su corazón, lanza las grandes palabras mágicas. Comuna, Justicia, Libertad, las grandes palabras que arrebatan y prenden en los corazones los primeros días de una revolución pero pierden peso muy pronto en cuanto se abusa de ellas. Y eso es lo que sucede. Esas palabras han dejado de brillar y ya no suscitan el fervor de los comienzos. Josep deslumbró en días anteriores con su magnífico discurso, hoy impresiona Diego con una sensatez que pocos sospechaban en él (**el tiempo hace y deshace, un tal gusta un día y disgusta otro día, hay que acostumbrarse**, comenta mi madre, que a veces habla como una publicista).

Diego gusta sobre todo porque acaba de enunciar eso tan maravillosamente razonable: que los que quieran colectivizar colectivicen y los que quieran seguir como antes sigan como antes. Es algo que debería contentar a todo el mundo. A eso se le llama visión política. Una colectivización total, dice, es prematura, incluso peligrosa. En cuanto a lo de quemar los títulos de propiedad, sería prudente aplazar semejante decisión.

Pero ¿por qué esperar?, se indigna Josep, que arde de impaciencia.

Diego sostiene con tono firme que hay que ganar la guerra antes de hacer la revolución. Cualquier otra decisión, dice, sería irresponsable y pondría en peligro la tranquilidad de todos.

¡Así se habla!

Los campesinos lo apoyan casi por unanimidad.

Y la reunión concluye tras esa decisión aprobada por la mayoría: Diego se encargará a partir de ahora de tomar las disposiciones necesarias para que las decisiones adoptadas en asamblea se apliquen y respeten. Instalará su C. G. en el ayuntamiento, lo cual, en ese momento de adversidad, representará una seguridad para la población. Velará por el estricto mantenimiento del orden tras la agitación de los últimos días, y por la represión de todos los actos irrespetuosos con los decretos adoptados por la mayoría.

Para Diego, ése es el gran momento de su vida. Su desquite. Ve cumplido

por fin el proyecto secreto que, durante meses, durante años, ha ambicionado apasionadamente: dar una lección primero a Josep y a sus amigos, luego a esas tontuelas que se dan con el codo entre risas cuando lo ven, y por último a esos zafios que lo han mantenido a distancia durante doce años y que durante doce años han dicho en voz baja que era **un zorro, astuto como un zorro, malo como un zorro y falso como un zorro**.

Por su parte, Josep, desengañado y un tanto herido en su orgullo, se dice AÚN NO HA LLEGADO EL MAÑANA.

El mismo día en que Josep vuelve a casa desamparado por el giro que han tomado los acontecimientos en su pueblo, Bernanos ve pasar por la Rambla de Palma un camión repleto de prisioneros de rostros sombríos, y esa visión de la desdicha que los transeúntes no parecen percibir, que no provoca en ellos ningún rechazo, que no provoca en ellos ninguna protesta, que no provoca en ellos ningún gesto de piedad, esa visión de desdicha le encoge el corazón.

No puede ignorar ya lo que su honor de católico se negaba a admitir hasta entonces, pero que ahora se manifiesta a la luz del día. Porque lo que ven sus ojos rebasa todos los límites: hombres que son apresados todas las noches en aldeas perdidas cuando regresan del campo. Unos hombres que no han matado ni herido a nadie, dice Bernanos. Unos hombres que ve morir con una dignidad y un valor que le admiran. Unos campesinos **honrados**, iguales que los que conocimos en nuestra infancia. Unos campesinos que acaban de ver instaurada legalmente su república y que se alegran de ello, tal es su crimen.

Decae el día. El aire es más fresco en la carretera que conduce al pueblo. Un campesino vuelve a su casa cargado con la alforja que contiene la cantimplora y el mendrugo de pan. Está cansado. Tiene hambre. Está impaciente por llegar a casa y sentarse. Ha vareado durante todo el día los almendros de don Fernando, un gran terrateniente que lo emplea por una temporada. Su mujer ha colocado los cuencos en la mesa, y en el centro, el pan, el vino y la sopa caliente. Enciende la lámpara de aceite y se sienta

mientras espera al marido, cuya presencia, ya cercana la noche, la tranquiliza ante la visión de las sombras oscuras que se alargan lentamente en el suelo. Oye sus pasos familiares, que reconoce entre mil más. Pero antes de que su marido haya tenido tiempo de sentarse, un equipo de depuradores, algunos de los cuales no han cumplido los dieciséis años, se presenta en la casa y lo obliga a subir en la trasera de un camión. Es el último viaje. El último **paseo**, que así se llama.

A veces los grupos de depuración operan en plena noche. Unos hombres llaman a culatazos a la puerta del sospechoso y se introducen en su casa provistos de credenciales. Se abalanzan al cuarto de estar dormido, hurgan con gestos frenéticos en los cajones de la cómoda, entran de una patada en el dormitorio conyugal e intiman al hombre, que se despierta sobresaltado, a que los acompañe para una comprobación. El hombre, que intenta vestirse como puede, es empujado hacia fuera, los tirantes rebasando los faldones de la camisa, y arrancado de su mujer deshecha en lágrimas, Les dices a los niños que yo. A culatazos en la espalda, lo obligan a subir a la trasera de un camión, donde están sentados otros hombres, silenciosos y cabizbajos, las manos estiradas sobre los pantalones de dril. El camión arranca. Unos instantes de esperanza. Enseguida abandona la carretera para internarse en un camino vecinal. Hacen bajar a los hombres. Los alinean. Los fusilan.

Durante meses, escribe Bernanos, «equipos de asesinos, trasladados en camiones de pueblo en pueblo, abaten fríamente a miles de hombres juzgados sospechosos». Y el pedazo de estúpido del arzobispo de Palma, que está al tanto de ello como todo el mundo, no deja de mostrarse, cada vez que puede, y como si tal cosa, «de parte de esos ejecutores, algunos de los cuales disponen de la breve agonía de un centenar de hombres».

Como si tal cosa, unos sacerdotes reparten entre sus fieles estampas de la santa Cruz rodeada de cañones (mi madre conserva una en el baúl de las fotos).

Como si tal cosa, seguidores carlistas con el Sagrado Corazón de Jesús cosido en la camisa fusilan en nombre de Cristo Rey a hombres a quienes una sola palabra ha declarado sospechosos.

Como si tal cosa, el episcopado español, vendido a los asesinos, bendice el terror que estos últimos instauran *in nomine Domini*.

Y como si tal cosa, toda la Europa católica cierra el pico.

Ante tan inmunda hipocresía, Bernanos siente un asco indecible.

El mismo que yo siento años después.

Josep ha salido destrozado de la última asamblea que se ha celebrado en el pueblo y privado por el momento de toda capacidad de reacción.

Pero enseguida, al bajar por la angosta calle del Sepulcro junto a Joan, recobra el aplomo.

Ha creído, ¡seré gilipollas!, ha creído que sus nobles ideas sólo podían salir triunfantes. Ha creído que las reticencias que suscitaban serían barridas de un manotazo. Se ha figurado, ¡soy el rey de los gilipollas!, que ser es mejor que tener (ha descubierto en un artículo de periódico las nociones de ser y de tener, que le han entusiasmado). No ha sopesado, me come la moral, no ha sopesado hasta qué punto, para esos paletos, el temor a perder sus cabras mierdosas y su astrosa casa Olvidas, es muy importante, que su rincón en el cementerio (Joan)

es más fuerte que el deseo de respirar las rosas rojas de la revolución (risita sardónica y triste). Es la primera enseñanza que extrae. Y que le consterna.

Se ve obligado a resignarse, todas las perspectivas que podrían abrirles la mente y el horizonte representan para ellos un abismo. Lo que quieren es lo anodino, lo tétrico, lo inconmovible. Eso le deprime.

Joan, un pelín didáctico, aventura entonces una explicación de ese inmovilismo, que Josep, inmerso en su decepción, escucha distraído. Lamento comunicarte, querido, que estos campesinos no sólo se acomodan a lo inmutable sino que lo adoran, lo adoran como adoran el retorno inmutable de las estaciones, como adoran sus olivares inmutables en sus colinas inmutables, como adoran los vínculos inmutables que los unen con la familia Burgos, ante la cual se doblegan inmutablemente, Como adoran, y eso es lo peor, sus prejuicios inmutables, dice Josep,

toda novedad, prosigue Joan, habitualmente poco locuaz pero con la sensación de que ligar frases lo calma un poco, toda novedad por favorable

que les resulte se les antoja un pecado y una transgresión de ese orden inmutable que preside sus vidas y (adoptando una seriedad profesoral), y una transgresión grave a la ley de la conservación de la energía que postula que la energía total de un sistema es invariante en el curso del tiempo.

Si lo explicas científicamente, dice Josep, entre consternado y risueño.

Entonces se pudren en su miseria y se creen sensatos, cuando están empantanados en viejas rutinas, aderezadas con algunos lugares comunes y cuatro o cinco refranes de una estupidez supina.

Un ten es preferible a dos tendrás, farfulla Josep con voz embotada.

¿Te has parado a preguntarte, amigo mío, por qué la revolución de Asturias de 1934 no suscitó en ellos las reacciones que produjo fuera? Pues porque, es una hipótesis, el entusiasmo general que despertó la proclamación de la República se transformó para ellos en la convicción de que ese nuevo régimen no cambiaría en absoluto su vida. Además, dicen que el confort americano se lo meten en el ¡Pero si no es eso lo que les proponemos!, se indigna Josep, que de pronto arranca a andar más deprisa mientras le invade la ira.

Ambos pasan ahora ante la casona de los Burgos, y la indignación de Josep se vuelca entonces sobre Diego, ese hijo de burgueses que ha camelado a todo el mundo.

El pelirrojo lo va a fastidiar todo. Siento que lo va a fastidiar todo, ese mariconazo.

Ya has visto cómo los ha amodorrado, cómo les ha calentado la cabeza con sus Cuidado, Tranquilicémonos, Despacio, No se pierde nada por esperar, ¡toda esa puta cordura de pacotilla! ¡Qué mierda!

¡Bien merecido se lo tienen esa panda de gilipollas!

Han caído en la trampa, como borregos.

¡Valiente pandilla de lerdos!

¡Menudos borricos!

No, **por favor**, ¡no te metas con nuestros borricos!

Sólo entienden el garrote, en política como en todo.

¡Apañados van con el pelirrojo!

¡**Que le den por culo**!

Asco me da.

Que se vayan a tomar viento esos capullos.

Hay que largarse de este agujero.

Y en ese mismo instante Josep toma la determinación de abandonar el pueblo.

Expone a su amigo el plan que acaba de surgir en unos segundos en su mente: se marcharán a la gran ciudad con la camioneta del padre de Joan, se alojarán unos días en el piso de los Oviedo, donde su hermana Francisca trabaja de criada, y luego se alistarán en la columna Durruti para arrebatar Zaragoza a esos cabrones de nacionales.

En su última carta, que Montse leyó a sus padres (no saben leer), su hermana Francisca contaba, no sin orgullo, que sus **dueños** acababan de huir de la ciudad dejándole, pues confían plenamente en ella, las llaves de su piso. Sus **dueños** eran muy ricos. El señor poseía una fábrica de galletas, y la señora, de apellido interminable, descendía de una familia de gente de prosapia. Les daba tanto miedo la revolución que, tras esconder las joyas bajo las tablas del parqué y realizar transferencias bancarias a Suiza, habían huido, con los dedos llenos de sortijas de oro y las muñecas llenas de relojes de oro, a refugiarse en casa de la señora, en Burgos, caída en manos de los franquistas.

Y el futuro ratificó la confianza que los dueños habían depositado en Francisca, ya que, en los primeros días de los disturbios, cuando los milicianos multiplicaron las irrupciones en los pisos burgueses y arrojaron todos los objetos de valor por las ventanas ante la mirada impávida de la Guardia Civil, el aplomo de Francisca evitó el saqueo.

Francisca, plantada en el umbral de la puerta, cabeza erguida y puños en jarras, declaró que antes tendrían que pasar por encima de su cuerpo si querían obligarla a traicionar la confianza de sus amos, que se portaban bien con ella y de **fachas** sólo tenían el aspecto. Y tanto impresionó su firmeza a los cuatro milicianos que se abstuvieron de forzar la puerta, pese a su deseo de realizar una razia que placenteramente los desfogaría y placenteramente los vengaría. Largo de aquí, les gritó Francisca, mientras bajaban las escaleras.

¿Qué te parece?

¡Fenomenal!

El 29 de julio Josep anuncia a Montse su firme decisión de irse de casa. Con el mismo candor que le hizo abrigar la ilusión de que su pueblo podría convertirse algún día en una comuna libre, espera ahora que, en la ciudad industriosa, unos hombres más instruidos, más baqueteados en el plano político, más avezados a las decisiones colectivas, se mostrarán más sensibles a las tesis libertarias que encendieron su espíritu.

Aquí se ahoga.

Demasiados resentimientos, demasiadas envidias y demasiados miedos se dirimen so capa de la política.

Quiere tratar con otra gente que esos pobres diablos y sus cabras. ¡Ver mujeres, joder! ¡Luchar en barricadas! ¡Ir a la ciudad, donde se ventila todo! Además, le horroriza su pueblo, le horrorizan las beaterías de su madre con el rosario enrollado a la muñeca, le horrorizan las gallinas picoteando todo lo que cagan, le horroriza el despotismo de su padre y su tozudez de aragonés, le horrorizan los padres que especulan con la boda de sus hijas en cuanto las roza un hombre, y le horrorizan esas gilipollas que se empeñan en seguir vírgenes a toda costa con lo que te obligan a recurrir a los buenos oficios de un borrico para que te chupe la polla (Montse, incrédula y entre risas: ¡Cómo! ¡De un borrico! ¡Pero qué asco!).

La idea de pasarse toda la vida plantado en el mismo sitio, de hacer los mismos gestos que su padre, de varear las mismas almendras con la misma vara, de recoger las mismas aceitunas en los mismos olivos, de pillar la misma cogorza todos los domingos en el bar de la misma Bendición, y de follar (lo grita) con la misma mujer hasta la muerte, le deprime.

Pero ¿dónde vivirás?

Donde Francisca.

Pero ¿con qué dinero?

Me alistaré en el ejército y me uniré al frente de Zaragoza con Durruti. ¿Quieres venir?

La propuesta de Josep llena de orgullo a Montse, que de inmediato se ve ascendida al rango de revolucionaria.

Date cuenta, cariño, de que en una sola semana vi aumentado mi

patrimonio de palabras: despotismo, dominación, traidores capitalistas, hipocresía burguesa, causa proletaria, pueblo esquilmado, explotación del hombre por el hombre y unas cuantas más, j'avais apprendí los nombres de Bakunin y de Proudhon, la letra de «Hijos del Pueblo», y el significado de CNT, FAI, POUM, PSUC, parece Gainsbourg. Y yo que era una infeliz, ¿de qué te ríes?, yo que no sabía nada de nada, yo que no había entrado nunca en el bar de Bendición porque me lo tenía prohibido mi padre, yo que aún creía que los niños nacían por el trasero, yo que ni sabía lo que era besar porque nunca había visto a dos personas hacerlo y porque no había televisión que me ilustrase, yo que sabía aún menos como se practicaba el Acto (así llamaba mi madre al acto sexual), ni el 69, ni las mamadas, ni nada, me convertí en una semana en una anarquista de pro dispuesta a abandonar a mi familia sin el menor remordimiento y a pisotear sin piedad el **corazón de mi mamá**.

Montse acepta de entrada la propuesta de su hermano. Luego plantea una duda.

¿Ha dado su consentimiento el padre?

Su hermano suelta una carcajada.

Desde ese día, ningún ser se verá sometido a la voluntad de otro, ni la de los papás, ni la de las mamás, ¡ni la de **nadie**!

Con todo, Montse quiere avisar a su madre, quien se pone de inmediato a gimotear, ¡**Dios mío**! ¡Juntarse con los salvajes! ¡Qué desgracia! ¿Qué le habré hecho yo a Dios?, etcétera. Josep rezonga entre dientes que de todas las opresiones que existen, la peor de todas es la que nos infligen las madres. La más universal. La más insidiosa. La más eficaz. La más despótica. Y la que nos prepara lenta pero irremisiblemente a apechugar con todas las demás.

¡Cállate!, le ordena la madre.

Josep obedece adoptando una expresión estoica. Porque Josep en el fondo está muy sometido a su mamá.

Una suave mañana de julio, el 31 exactamente, Montse trepa a la trasera

de la camioneta junto a Rosita, la novia de Joan, mientras que Josep y Joan se acomodan delante.

Josep se va sin arrepentimiento (dice mi madre). Nunca se ha atrevido a tomar el camino del pueblo, no corre tras el poder, y los viejos campesinos lo acusan de farsante. A diferencia de Diego, que tiene, como dirías tú, los dientes largos, y cuyas palabras y actos parecen buscar un **gol** secreto, Josep es un corazón puro, existen cariño, no te rías, Josep es un **caballero**, por decirlo así, le gusta régaler, ¿*régaler* es francés? Se ha consagrado a su sueño con toda su **juventud** y todo su candor, y se ha lanzado como un caballo loco a un **plan** que sólo aspiraba a un mundo hermoso. No te rías, había muchos como él por aquel entonces, las circunstancias lo permittaient desde luego, y ese **plan** lo defendió sin cálculo ni veladas intenciones, lo digo sin la menor sombra de duda.

En el momento de la despedida, la madre, vestida del luto que lleva desde la muerte de su padre diecisiete años atrás, la madre los besa como si no tuviera que volver a verlos. ¡Que Dios os guarde!

Instantes antes ha intentado deslizarle a Josep en torno al cuello una cadenilla de oro con la medalla de la Virgen, y Josep, incomodado ante Joan, la ha rechazado con un gesto brusco. Le ha dicho a Montse ¡Cuidado al cruzar las calles! Le ha dicho a Josep ¡Vigila bien a tu hermana! Le ha dicho a Rosita No hagáis las locas. Luego ha permanecido plantada allí, haciendo señas con la mano, hasta que la camioneta desaparece tras el último vallecillo, como si cayera en un precipicio. Justo en el momento en que desaparece la camioneta, la madre prorrumpe en sollozos y corre a refugiarse en la cocina.

Montse ha prometido a su madre que le escribiría nada más llegar. Se siente apacible. Feliz y apacible. Tiene la sensación feliz y apacible de irse de vacaciones a pesar de la guerra que está en todas las mentes. Pero al ver empequeñecerse en la lejanía la figura negra de su madre hasta hacerse minúscula, la asalta este pensamiento, que la entristece un instante: se dice que el padre la acusará de haberlos dejado marcharse, y que la tiranizará incansablemente con reproches o algún bofetón (de lo más corriente en la época, cariño), pues martirizarla alivia su tormento y solaza su cuerpo consumido; se dice que la madre se encontrará sola frente al padre a quien

teme (cosa igual de corriente en la época, cariño) y ni Josep ni ella estarán allí para interponerse entre los dos y recibir los correazos que el padre destina a su mujer y a sus hijos y, amén de ellos, a todo lo que le agota y oprime, lo cual se le olvida un poco golpeándolos.

La camioneta desciende dando tumbos por la carretera que conduce hacia la gran ciudad y, en el interior de todos los pueblos que atraviesan, con los puños alzados, son recibidos con gritos de júbilo: **¡Viva la República!, ¡Viva la Revolución!, ¡Viva la Anarquía!, ¡Viva la Libertad!**

La madre de Montse se cruza por la tarde con doña Pura, que le anuncia la terrible noticia: el cura don Miquel ha huido esa noche para que no lo rajen los sanguinarios bolcheviques.

¡Virgen Santa! La madre de Montse se santigua. ¿Qué va a ser de nosotros, Señor, Señor?

Es un desastre, murmura doña Pura lanzando un suspiro. Es tal la angustia que la oprime que le ha provocado dolores taladrantes en el pecho, aquí (señala un punto debajo del corazón), como pinchazos, punzadas de fuego que se le clavan.

¿Como dardos?, inquiere la madre de Montse, por decir algo (sus pensamientos han sufrido demasiadas conmociones desde la mañana como para poder dar con las palabras idóneas, demasiado ocupada en contener su pena y en refrenar las lágrimas).

Como pollas, comenta mi madre rompiendo a reír.

Este comentario materno requiere alguna aclaración. Desde que mi madre padece trastornos de la memoria, disfruta sobremanera pronunciando las palabras groseras que se ha abstenido de formular durante más de setenta años, manifestación frecuente en ese tipo de pacientes, ha explicado su médico, sobre todo en personas que recibieron una educación muy estricta de jóvenes y a quienes la enfermedad ha permitido abrir las puertas blindadas de la censura. No sé si la interpretación del médico es exacta, pero el caso es que mi madre experimenta un intenso placer tachando a su tendero de capullo, a sus hijas (Lunita y yo) de gilis, a su

masajista de zorra y soltando coño cojón puta y mierda a poco que se presente la ocasión. Después de tanto esforzarse, desde su llegada a Francia, en enmendar su acento español, en utilizar un lenguaje pulido y en cuidar su atuendo para ajustarse a lo que era según ella el prototipo francés (señalándose de ese modo, por su excesiva conformidad, como extranjera), manda a paseo en su ancianidad las pequeñas convenciones, lingüísticas y demás. Al contrario de doña Pura, hermana mayor de don Jaume y tía de Diego, quien, al envejecer, no hizo sino consolidarlos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

HAGIOGRAFÍA DE DOÑA PURA DENOMINADA SANTA PURA

Soltera a los cincuenta años, doña Pura había desplazado las comezones causadas por las pulsiones que atormentaban su carne a los diferentes órganos de un cuerpo irreprochablemente casto, y sus dolores eran ya incontables. Un día la aguijoneaba la barriga (los rábanos de la comida se le habían quedado en el estómago), al día siguiente le pesaba la cabeza (de las ideas lúgubres sobre los vandalismos bolcheviques), dos días después eran punzadas en la zona perineal o unas flatulencias de lo más antiestéticas (para las que se imponía una lavativa con agua salada que le permitiría ir).

Su cuerpo entero protestaba de las violentas censuras infligidas por su alma, protestas que se manifestaban con tanta más vehemencia cuanto que se topaban, fuerza era decirlo, con la más egoísta, la más cruel y la más unánime indiferencia familiar.

Lo que más la sublevaba, en efecto, era que su hermano don Jaume le hubiera, por decirlo así, prohibido quejarse a diario de dolores que se había atrevido a calificar de imaginarios cuando no eran sino fruto de una sensibilidad a flor de piel (a flor de culo, si me permites el chiste, dice mi madre soltando una carcajada). Su sobrino Diego, por su parte, sostuvo, con esa intolerancia propia de los jóvenes, que sus innumerables afecciones no eran sino un modo de tocar las narices a su gente y de envenenar el ambiente familiar **ya bastante podrido**.

A doña Pura la mortificaban esos juicios tan parciales y poco misericordiosos sobre los dolores que la azotaban. Pero hallaba consuelo en

la secreta certeza de obtener una recompensa a sus sufrimientos en una vida futura cerca de Jesucristo y su regimiento de ángeles rosados. Porque doña Pura, educada entre una madre devota y las monjas del Sagrado Corazón, se había formado desde su más temprana edad inmersa en la religión católica. Y los principios religiosos que la habían aburrido soberanamente de niña, habían cobrado, con los acontecimientos de julio, un carácter auténticamente frenético.

Doña Pura se había puesto a defender, con furor de lo más eucarístico, la **Santa Guerra** librada por Franco, su venerado **Caudillo**, Su Genio absoluto, su Salvador enviado por el Cielo, el valeroso artífice de la **Nueva España** y el defensor de causas grandiosas, en primer término de las cuales figuraban: 1. La lucha contra los impíos, 2. El exterminio de la gangrena democrática, conchabada con dos notorios verdugos (cuya sola mención le causaba cefaleas que requerían de inmediato una sesión de fumigación): Banikun Bakinun Bakunin, vamos, un diablo ruso que postulaba la violación de la propiedad y de las personas, y un enfermo mental llamado Stalin, que acababan de pisotear salvajemente los valores de la **Hispanidad** herencia de sus ancestros y de los que ella era la legítima y pura depositaria, valores eternos cuyo pedestal, recordémoslo, lo componían: 1) la piedad cristiana,

2) el amor de la nación,

3) el españolísimo y siempre vivo machismo, o síndrome de la barba dura y del rabo gordo (dice mi madre), el cual se manifestaba según los ambientes y atmósferas a base de berridos y tortazos, pero que doña Pura olvidaba mencionar, pues bastantes motivos de tormento se acumulaban ya en la mente de la infortunada.

A los dos infames personajes ya citados doña Pura había añadido al bandido anarquista Durruti, cuyo lugar no era otro que la cárcel, y al presidente Azaña, cuya fealdad física ostentaba los estigmas de la depravación de su mente (apenas veía su foto en el periódico, doña Pura era presa de sofocos), un hombre débil, indeciso y maleable que quería instaurar el horror igualitario propugnado por los soviéticos, es decir, la vil degradación de los seres superiores al nivel de los mediocres, y la desdicha de todos. ¡Como si compartir la ya me entendéis pudiera disminuir de algún modo la miseria de los hombres!

Invocando durante la misa dominical lo que negaba sistemáticamente en sus actos (el amor al prójimo y otras sublimidades y similares), Pero ¿quién no es así?, digo yo, ¡Yo!, dice mi inocente madre, temblaba de odio ante la pandilla de ladrones y depravados formada en el pueblo por los jóvenes de la CNT, cuyo campeón era Josep. Tu l'as comprendi, cariño, me dice mi madre, doña Pura, en su rigidez y su rencor de católica ofendida, era una Santa Mujer, asidua de todas las misas, y cuyo corazón sangraba al ver caer en el materialismo a una parte de Europa, cuando ella dedicaba todos sus esfuerzos a perfeccionar su alma y a aplastar todos los placeres y voluptuosidades terrenales. ¿Dices que es una caricatura? ¡Pero qué le voy a hacer yo si era una caricatura de verdad!

Doña Pura era una Santa Mujer de aspecto perpetuamente ultrajado, incluso cuando estaba tranquila, pero con todo lo santa que era, tan sólo otorgaba su cristiana misericordia a algunas almas respetables y al catolicismo de pura sangre: –en primerísimo lugar: al cura don Miquel, notoriamente canónico y redentor legitimado, ante el cual ella depositó hasta ese día fatal (el de su huida) su bagaje de dolores físicos y morales a cambio de un sobre bien repleto (mi madre: dinero de los demás), su crédito espiritual en cierto modo, un sobre destinado a los gastos del culto, que deslizaba una vez al mes en las regordetas manos del cura, quien, bajando los ojos, murmuraba con voz toda miel Dios se lo devolverá, sin precisar, con esa vaguedad propia de las fórmulas religiosas, de qué modo se realizaría tal devolución, –y en segundo lugar: a unas cuantas desgranadoras de rosarios demasiado débiles para defenderse (de su misericordia), entre ellas la madre de Montse, muy digna de lástima, ¡con ese hijo que tiene!, y una decena de devotas para quienes recogía, en recompensa de su piedad (de la que nunca estaba muy segura, la gente es tan hipócrita), limosnas en especie bajo forma de prendas usadas (Montse lo sabía de sobra, pues se beneficiaba contra su voluntad de los vestidos sobados que le traspasaba doña Pura).

Porque doña Pura gustaba de aliviar la miseria de los pobres, actividad que constituía una excelente diversión, incluso me atrevería a decir que un poderoso revulsivo de sus pérfidas, innumerables e innombrables indisposiciones, tanto por su número como por la naturaleza de los órganos

afectados, con clara predominancia de los órganos sitos en la esfera genitourinaria.

Privada de marido, de hijos y de oficio, se dedicaba asimismo, con el fin de combatirlas (sus indisposiciones), a cruzadas de orden doméstico que ejercían una auténtica función purgativa: drástico control del orden de las cazuelas y sus consiguientes tapaderas según un orden estricto, meticulosa observación de los cubiertos de plata y consiguiente limpieza con vinagre blanco, exaltadas discusiones con su hermano sobre la elección del color del papel pintado para el vestíbulo que ella quería sangre y oro, con los colores de la bandera nacional tan hermosa, tan simbólica, tan española, y, ya puestos, decorada con el haz de varas y el retrato a tamaño natural de Mussolini, añadía irónicamente su hermano, encogimiento de hombros indignado de la hermana, otras tantas misiones que servían de válvula de escape a sus pruritos íntimos y a sus ardores libidinales dolorosamente recriminados.

A tan innumerables desvelos había venido a añadirse, desde la declaración de guerra, el tormento causado por la reciente conversión de su sobrino Diego, envenenado por las teorías progresistas de un tal Karl Marx, ¡ya sólo ese nombre! Pedía perdón a Dios por su apostasía y, por si acaso, quemaba cirios a escondidas en su habitación pidiendo que se cumpliera su deseo de devolver a ese pobre niño, en el que tenía puestas tantas esperanzas, a la santa luz católica y apartarlo de las tinieblas comunistas, extravío muy perdonable, Señor Todopoderoso, en un joven que había sufrido abandono en su primera infancia, educado por gente desalmada y cosa harto probable comunista.

Esperaba secretamente que la infamante alianza de su sobrino con Moscú y con la chusma republicana no fuera más que un capricho de adolescente embarcado atolondradamente en una senda maldita, y que ese capricho cesaría con el tiempo y el matrimonio, pues éste era, según la santísima palabra del santísimo papa, la mejor panacea para devolver al buen camino a las criaturas más desviadas.

A decir verdad, los descarríos de su sobrino parecían excitarla, como parecían excitarla las abyecciones de los bolcheviques, que en Francia habían hecho saltar la gruta de Lourdes, ¡qué horror, qué horror, esto es el

fin del mundo! Desvarías, le decía su hermano. Lo he leído en el periódico, replicaba ella. Cambia de periódico, le aconsejaba su hermano, que la invitaba regularmente a ser más comedida tanto en sus fobias como en sus filias. Por fortuna, la llegada de la aviación alemana al cielo español reconfortó su corazón desazonado. Incluso vio en ellos la prueba superfehaciente de que su Dios Todopoderoso velaba personalmente por España, eficazmente secundado por su auxiliar y esforzado Francisco Franco Bahamonde, **Caudillo de España por la Gracia de Dios**.

Nadie en el pueblo ignoraba sus odios ni sus inclinaciones. Pero por una suerte de tradición inveterada, no se tocaba a la familia de don Jaume Burgos Obregón, como no se tocaba la sardana, como no se tocaba el santoral. Se respetaba a esa familia, que gozaba desde hacía siglos de una fama de rectitud y honorabilidad. Lo que es más, se le tenía ley y se cerraban los ojos sobre el indefectible apoyo que doña Pura profesaba a los nacionales y a su amor igualmente indefectible por Franco, única excepción en su trayectoria erótica, única figura terrenal que había logrado inducirla a tentación y a hacer palpitar su carne con sagrada voluptuosidad. Se cerraban los ojos, sí, porque doña Pura era una **facha** cien por cien **facha**, sí, se sabía que en su habitación cantaba con voz vibrante el «Cara al sol», pero la pobrecilla tenía muchas cosas en su descargo: no había follado nunca **y su chocho estaba sequito como una nuez**.

A punto de escribir su libro y de denunciar las infamias de esa Iglesia, tan adorada por doña Pura, Bernanos duda un instante. ¿Qué sale ganando con esa empresa? ¿Y qué salgo ganando yo misma, me digo, haciéndola revivir? ¿Para qué remover esa mierda que ha asqueado al universo?, se preguntaba otra persona a quien admiro, Carlo Emilio Gadda, en las primeras páginas de un libro que empezó y terminó sobre la abyección mussoliniana .

Bernanos sabe perfectamente que no es bueno decir esas verdades y que se lo echarán en cara. Pero se decide a dar el paso, no para convencer, dice, y menos aún para escandalizar, sino para poder mirarse a la cara hasta el fin de sus días y ser fiel al niño que fue y a quien abrumaba la injusticia. Y se

decide porque ha visto a su propio hijo Yves rasgar llorando la camisa azul de la Falange después de que dos pobres diablos, dos honrados campesinos palmesanos, fueran asesinados ante sus ojos. (Yves desertará muy pronto de la Falange y huirá lejos de España.) Se decide, porque el escándalo de una Iglesia compinchada con los militares le ha herido en lo más hondo de su conciencia.

Le cuesta denunciarlo, pero le cuesta más ser un espectador mudo. La imagen de esos sacerdotes, con los bajos del sobrepelliz tintos en sangre y barro, y administrando el viático a las ovejas descarriadas asesinadas en masa, le descompone.

Alentado por la letra y el espíritu de lo que llama «su catecismo elemental», Bernanos no puede ver sin sentir náuseas esos asesinatos perpetrados en nombre de la Santa Nación y de la Santa Religión por una pandilla de locos fanáticos empeñados en la locura fanática de sus dogmas.

Así pues, hace acopio de fuerzas para conciliar su conciencia y se decide a contar lo que le hace estremecerse de horror. Se decide a contar la invencible repugnancia que le inspiran la sospecha generalizada, la delación recompensada por la Iglesia, el secuestro nocturno de los malpensantes y de los impíos fusilados sin proceso alguno, en resumidas cuentas toda «la furia religiosa consustancial», dice, «a la parte más oscura, más venenosa, del alma humana».

Son, dice, hechos públicos, hechos probados, hechos indiscutibles, que nada podrá desmentir y que dejarán en la Historia una mancha de sangre que no podrá borrarse con un mar de agua bendita.

Son el peor insulto cometido contra Cristo.

Su total negación.

Una vergüenza para el espíritu.

Lo escribe. Tiene ese valor que sus antiguos amigos no le perdonarán, que verán en él a un peligroso anarquista.

No ignora que en el campo republicano se han cometido crímenes semejantes y que los rojos han asesinado con la misma atrocidad a innumerables sacerdotes, quienes han pagado por todos, pues la regla quiere que los más pequeños paguen siempre por los más grandes. No

ignora que los obispos bolcheviques, como los llama el poeta César Vallejo, son igualmente cínicos e igualmente bárbaros que los obispos católicos.

El que los rojos de España hayan masacrado a sacerdotes era una razón más, dice Bernanos, una razón determinante para erigirse abiertamente en defensa de sus mujeres y de sus hijos inocentes. A sus ojos de cristiano movido por el espíritu del Evangelio y el corazón de Jesús, si existe un refugio en el mundo, un lugar de misericordia y de amor, es en el seno de la Iglesia que es la suya.

Sin embargo, a lo largo de los siglos el episcopado español no ha dejado de traicionar, de pervertir y de desfigurar el mensaje cristiano apartándose de los pobres en provecho de un puñado de «canallas dorados». La Iglesia española se ha convertido en la Iglesia de los pudientes, la Iglesia de los poderosos, la Iglesia de la nobleza. Y ese descarrío y esa traición culminaron en 1936 cuando los sacerdotes españoles, conchabados con los asesinos franquistas, tendieron su crucifijo a los pobres descreídos para que lo besaran por última vez antes de ser despachados *ad patres*. Para dar ejemplo.

Bernanos denuncia ese doble oprobio. Y declara a los Ilustrísimos episcopales que comprende perfectamente que los pobres se hagan comunistas.

Y tanto da que esas palabras sean descomedidas.

Tanto da que sean imprudentes.

Siempre lo serán menos que la negación (la experiencia dicta que un mal negado reaparece con mayor violencia). Lo serán siempre menos que la indiferencia cortés que adormece el corazón y embota la lengua. Y lo serán siempre menos que el silencio (es sabido adónde condujo el de las democracias muniquesas que permitieron invadir Checoslovaquia y callaron durante veinticinco años ante la dictadura franquista).

Para Bernanos, la Iglesia española, al compincharse con el Terror de los nacionales, perdió definitivamente el honor.

¿Tu as comprendi quiénes eran los nacionales?, me pregunta de sopetón

mi madre, mientras la ayudo a sentarse en un butacón de ratina verde instalado junto a la ventana.

Creo que empiezo a saberlo. Creo que empiezo a saber las desgracias que conlleva la palabra nacional. Creo que empiezo a saber que, cada vez que fue esgrimida en el pasado, y cualquiera que fuese la causa que defendiera (Concentración nacional, Liga de la nación francesa, Revolución nacional popular, Partido nacional fascista...), acarreó ineluctablemente una cadena de violencias, tanto en Francia como fuera. Sobre ese punto, abundan los ejemplos deplorables en la Historia. Lo que sé es que Schopenhauer declaró en su momento que la viruela y el nacionalismo eran los dos males de su siglo, y que aunque se había logrado curar el primero desde hacía tiempo, el segundo seguía incurable. Nietzsche lo formuló de modo más sutil; escribió que el comercio y la industria, el intercambio de libros y de correspondencia, la comunidad de la alta cultura, el rápido cambio de lugares y de países, todas esas condiciones acarreaban necesariamente un debilitamiento de las naciones europeas, lo cual haría nacer de ellas, a consecuencia de los continuos cruces, una raza híbrida, la del hombre europeo. Y añadía que los contados nacionalistas que subsistían no eran más que un puñado de fanáticos que intentaban mantener su credibilidad atizando los odios y los resentimientos. Bernanos recelaba también del uso abusivo de la palabra nación que hacía relamerse a sus ex amigos. «No soy nacional (decía) porque me gusta saber exactamente lo que soy, y la palabra nacional, por sí sola, es incapaz de mostrármelo. [...] Ya no hay muchas palabras en el vocabulario a las que un hombre pueda confiar lo más preciado que posee, como para que convirtáis ésta en una especie de pensión o de mostrador abierto a todo el mundo.»

Me inclino a pensar por mi parte que cierto número (porque se puede tener un espíritu patriotero sin ser forzosamente fascista), que cierto número, decía, de los que se apoderan de ese término (que en sí no es ni bueno ni malo) y lo enarbolan como un estandarte, lo hacen con el único propósito de enmascarar su proyecto de cribado entre nacionalistas y no nacionalistas (dicho de otro modo de instaurar un sistema que distinga y jerarquice a los hombres: a eso se le llama, creo yo, nacional-racismo) y de desacreditar a estos últimos (los no-nacionales), de marginarlos, y luego de

deshacerse de ellos como parásitos, pues la nación no puede alimentarlos en detrimento de sus propios hijos, y eso a pesar de su inmensa y maternal solicitud.

En mi modesta opinión, dice mi madre (a quien gustan ese tipo de fórmulas expletivas cuyo uso le da la impresión de dominar el francés; le encantan también las expresiones Por decirlo así y Si estoy en lo cierto, que se le antojan distinguidas y que vienen en cierto modo a compensar su propensión a decir groserías), en mi modesta opinión, cariño, los llamados nacionales querían depurar la España del 36 de cuantos se parecieran a mi hermano. **Y nada más**.

Creo que es el momento propicio de revisar la pequeña lección siguiente:

PEQUEÑA LECCIÓN DE DEPURACIÓN NACIONAL

I. LOS DISCURSOS QUE REAFIRMAN LAS PRÁCTICAS DE DEPURACIÓN NACIONAL

Pondremos como ejemplo un extracto de una de las declaraciones que hizo en la radio el general Queipo de Llano, gran depurador de Sevilla, en julio de 1936: «Esta guerra es una guerra a muerte. Hay que luchar contra el enemigo hasta su total exterminio, y quienquiera que no se dé cuenta de eso no es un buen servidor de la causa sagrada de España.» Así como un breve extracto del artículo aparecido en la primera página del periódico *Arriba España* fechado en el mismo mes: **«¡Camarada! Tienes obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo. Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas, sus propagandas. ¡Camarada! ¡Por Dios y por la Patria!»**

Para alcanzar las admirables metas anteriormente citadas y librar a la nación de los elementos dañinos, conviene contar con los buenos oficios de los delatores.

II. LOS DELATORES

por boca de los cuales Dios manifiesta su voluntad se reclutan entre todos los niveles de la sociedad, con proporción bastante notable de sacerdotes, de señoras de alto copete que claman su amor al prójimo y lucen en su blusa la imagen sagrada del Corazón de Jesús del que corre un bonito hilillo de sangre, de esposas de suboficiales a partir un piñón con el padre Fulánez limpiador de conciencias, de dueños de bares, de panaderos, de cabreros, de mozos de granja, de pánfilos fáciles de catequizar, de vagabundos ociosos, de gentecilla a quien se ha convencido de que se prenda un revólver en el cinturón en nombre de la nación en peligro, de golfillos y grandes canallas que se repeinan a fondo la conciencia enfundándose el uniforme azul para recobrar supuestamente el honor perdido, de buena gente y de otra más desagradable, y de un número considerable de personas normales, o sea ni buenas ni malas, o sea de honesta mediocridad como decía mi querido Nietzsche, o sea como usted y como yo, o sea que se confiesan regularmente para vaciarse de pecados, no faltan nunca a la misa del domingo ni al partido de fútbol del sábado, poseen esposa y tres criaturas, y no son monstruos, eso a lo que llamamos monstruos, bastante afines en eso a los militantes del... pero no, no, nada de comparaciones nebulosas, no son monstruos, sólo las circunstancias son monstruosas, decía Bernanos, y la gente las sufre, o mejor dicho les adapta el pequeño número de ideas generales de que puede disponer.

Esos delatores patrióticos, instrumentos de la voluntad divina, para qué repetirlo, no se complican la vida con inútiles indagaciones, pues son gente autoritaria que va derecha al grano, por los clavos de Cristo, sin dejarse aplacar por vanos pudores. Por vía epistolar, denuncian a cuantos despiertan sus sospechas y al final de la carta dirigen suaves congratulaciones a las autoridades reinantes, acompañadas del honor de servir a la patria, o de emocionadas muestras de gratitud y de afectuosos saludos a la señora Fulánez, que ha tenido la bondad de mandarle unas deliciosas peras (su marido es un franquista que no se anda con bromas). Los Comités de depuración se encargan del resto.

III. LOS COMITÉS DE DEPURACIÓN NACIONAL

se componen fundamentalmente de matasietes deslumbrados por el

poder de aterrorizar que les confiere la camisa azul de los falangistas o la boina roja de los carlistas. Excitados por la idea de ejercitar su ferocidad con otros, se arremangan patrióticamente y afilan patrióticamente sus armas con el fin de eliminar a la chusma que no piensa como es debido y de paso inculcar a los refractarios la grandeza del espíritu nacional.

Observaciones:

En el seno de esos comités reina un noble espíritu de emulación. Las Autoridades conceden dispensas para saltarse el quinto mandamiento de la Iglesia.

IV. LOS MÉTODOS DE DEPURACIÓN NACIONAL

La depuración nacional exige una organización y métodos rigurosos.

Debe evitar perderse en sutilezas superfluas y desdeñar cuantas operaciones retrasen y compliquen su ejercicio, como la que consistiría por ejemplo en reconocer a los asesinos de los inocentes.

¡Sólo faltaría!

Los equipos de depuradores, aún denominados castigadores de Dios, operan preferentemente de noche, pues el efecto sorpresa es mayor, así como el terror que inspiran.

Pero pueden actuar asimismo en pleno día, en la calle, o introducirse por la fuerza en las casas de los sospechosos que han sido denunciados por almas irreprochables.

V. LISTA DE ELEMENTOS QUE DEBEN SER DEPURADOS POR LOS FRANQUISTAS Y QUE SERVIRÁ DE MODELO A TODA LISTA DE ELEMENTOS QUE DEBEN SER DEPURADOS POR LOS SALVADORES DE LA NACIÓN

1) lista de rompecruces y descreídos conocidos,

2) lista de individuos indiferentes a las prácticas piadosas,

3) lista de individuos culpables de ***desafección al movimiento salvador***, 4) lista de maestros formados en la Institución Libre de Enseñanza (laica y

gratuita), enemigos del capital, pervertidores de conciencias y engendradores de ateos y anarquistas, que son una calamidad para el orden moral de la nación, 5) lista de personas afiliadas a un partido o a un sindicato hostiles a la nación,

6) lista de aquellos de quienes se rumorea que han levantado el puño,

7) lista de aquellos de quienes se rumorea que protestan vehementemente contra un salario miserable,

8) lista de aquellos de quienes se rumorea que han aplaudido al paso de aviones del ejército republicano,

9) lista de los disimuladores que elogian a Franco por delante y lo ponen en solfa por detrás,

10) lista de poetas, escritores y artistas que espolean, irresponsablemente, la inclinación a la revuelta de la población ignorante, 11) otros.

VI. LAS TRES GRANDES FASES DE LA DEPURACIÓN POR LOS FRANQUISTAS QUE PUEDEN SERVIR DE MODELO A TODOS LOS TIPOS DE DEPURACIONES EFECTUADAS POR SALVADORES DE LA NACIÓN

1) La fase denominada de depuración a domicilio: llaman, en plena noche, a la puerta del sospechoso. Lo arrancan del sueño. La mujer aterrada pregunta si van a llevar a su marido a la cárcel. El asesino, de apenas veinte años, contesta Exactamente. Hacen subir al sospechoso al camión, donde se encuentra con tres compañeros de rostro serio. El camión arranca, abandona la carretera principal y se interna en un camino de tierra. Ordenan a los cuatro hombres que bajen. Los abaten de un disparo de fusil. A continuación alinean los cadáveres al borde del talud, donde los encontrará el sepulturero al día siguiente, con la cabeza reventada. El alcalde franquista, muy zorro, escribirá luego en su registro: Tal, Tal, Tal y Tal, muertos de congestión cerebral.

2) La fase denominada de depuración de las cárceles: los prisioneros demasiado numerosos y que sufren excesiva promiscuidad son llevados por

grupos a lugares poco frecuentados, donde son fusilados por grupos y arrojados por grupos a unas fosas.

Precisemos que suele preferirse a ese procedimiento, clásico pero demasiado llamativo, el procedimiento prescrito en la fase denominada terminal.

3) La fase terminal se organiza como sigue: los presos reciben una mañana, con gran alborozo por su parte, la noticia de su liberación. Firman el registro de encarcelamiento y el recibo de los objetos confiscados y efectúan todas las formalidades imprescindibles al objeto de descargar a la administración penitenciaria de toda responsabilidad futura. Liberados de dos en dos, son abatidos no bien traspasan el umbral de la cárcel, y sus cadáveres son trasladados al cementerio.

VII. REFINAMIENTOS Y PERFECCIONAMIENTOS

Comoquiera que su recuento ha sido interminable, lo remitimos a la imaginación de los depuradores.

VIII. ADENDA

¿Cómo aplicar el método militar a la conversión evangelizadora de los espíritus? La cosa es sencilla. Basta dirigir a los feligreses en edad de cumplir con el deber pascual el formulario adjunto. Producirá en estos últimos los mismos efectos que un arma de fuego, pero sin las subsiguientes molestias, y permitirá estimular a los descreídos y a quienes siguen mostrándose remisos a abrazar prontamente la fe católica.

En el anverso:

Señor, Señora, Señorita,

Con domicilio en... calle... N.º...

Ha cumplido con la Pascua en la iglesia de...

Y en el verso:

Se recomienda cumplir con el deber pascual en la propia parroquia. Quienquiera que lo haya cumplido en otra iglesia deberá llevar el justificante a su Párroco.

Una matriz separable dará la siguiente indicación:

Para una mejor administración, despéguese esta matriz y envíese

debidamente rellena al cura de la parroquia. Asimismo podrá depositarse en la arqueta destinada a tal uso.

Escucho a mi madre y leo *Los grandes cementerios bajo la luna*, donde figura el documento mencionado más arriba. A él dedico, desde hace unos días, la casi totalidad de mi tiempo.

Nunca había sentido, hasta ahora, el deseo de revolcarme (literariamente) en las remembranzas maternas de la guerra civil ni en las obras a ellas dedicadas. Pero tengo la sensación de que ha llegado el momento para mí de sacar de la sombra esos acontecimientos de España que había relegado a un rincón de mi cabeza, sin duda para mejor sustraerme a los cuestionamientos que podían suscitarme. Ha llegado el momento de planteármelos. Sencillamente de planteármelos. Desde que escribo, nunca había sentido tal intimación. Plantearme ese paréntesis libertario que representó para mi madre una pura fascinación, ese paréntesis literario que creo que no tuvo equivalentes en Europa, y que me hace tanto más feliz reavivar cuanto que fue durante mucho tiempo ignorada, más que ignorada ocultada, ocultada por los intelectuales españoles, ocultada por los intelectuales franceses que por aquella época eran casi en su mayoría próximos al PC, ocultada por el presidente Azaña, que negándola esperaba recibir el apoyo de las democracias occidentales, y ocultada por Franco, que redujo la guerra civil a un enfrentamiento entre la España católica y el comunismo ateo. Y plantearme al mismo tiempo esa asquerosa abyección por parte de los nacionales franquistas, que Bernanos observó implacablemente, esa conducta asquerosa por parte de los hombres cuando el fanatismo los posee y los subleva hasta llevarlos a las peores abyecciones.

Con el fin de no alejarme de los relatos de Bernanos y de los de mi madre, llenos de rodeos y de lagunas, he consultado algunos libros de historia. Ello me ha permitido reconstruir, del modo más preciso posible, el

encadenamiento de los hechos que condujeron a aquella guerra que Bernanos y mi madre vivieron simultáneamente, el uno horrorizado y la otra con alegría pletórica, inolvidable, bajo las banderas negras desplegadas.

He aquí los hechos:

La decepción del pueblo español ante las medidas dilatorias adoptadas por la joven República y los vacilantes deseos de su presidente, la furiosa denigración de esa República por parte de una Iglesia insolentemente poderosa, provista de bancos insolentemente poderosos y de empresas insolentemente poderosas, la asociación mafiosa del episcopado con los militares y las clases dominantes, con el fin de defender a toda costa sus propios intereses, su santo furor frente a las reformas apresuradas llevadas a cabo por el gobierno para establecer la laicidad e instaurar el matrimonio civil, su deseo fanático de librar con esas reformas una Guerra Santa en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la rabia salvaje de la gran burguesía ante la creación de un impuesto progresivo sobre la renta, sumada al odio de los grandes propietarios rurales ante posibles confiscaciones, su feroz aversión al socialismo y su demoníaco igualitarismo y su espanto ante la idea de que pueda sublevarse el pueblo, la revolución ardientemente anhelada por las izquierdas radicales desde la violenta represión por parte del gobierno de las huelgas del 34 en Asturias, todos esos elementos abocaron a la división de la República una e indivisible en dos campos (cada cual llevando a su molino la Historia para confiscarla en su provecho): por un lado un frente llamado popular compuesto de distintas izquierdas, que muy pronto se desgarraron entre ellas hasta destruirse, y por el otro un frente llamado nacional formado por las derechas coaligadas, desde las más honorables hasta las más extremistas, sordas a la voz de un pueblo puesto en el disparadero por decenios de miseria, y que se negaban a inclinarse ante la nueva república obtenida por sufragio universal.

TENÉIS HAMBRE, COMEOS LA REPÚBLICA.

El 31 de marzo de 1934, el monárquico Antonio Goicoechea, el carlista Antonio Lizarza y el teniente general Barrera firmaron en Roma, con

Mussolini, un pacto por el que el Duce se comprometía a apoyar su movimiento para derribar la República española mediante financiamientos y suministros de armas. Entre el 34 y el 36, numerosos jóvenes recibieron cursos de formación militar en Italia. Y se crearon reservas de armas gracias a los fondos italianos. En febrero de 1936 el ambiente era tan tenso entre las dos Españas que el poder se decidió a convocar elecciones legislativas.

Obtuvo la victoria el Frente Popular y nombró al frente del país al republicano progresista Manuel Azaña. Pero los odios partidistas, a imagen de los odios de clase, las discordias estériles y su avivamiento por parte de los partidos, las intrigas maniobreras para embaucar la opinión, el descrédito político que pesaba sobre la República, impotente para aplicar las reformas necesarias y especialmente agrarias, la escalada de recriminaciones, los escándalos financieros, que afectaban a los políticos de uno y otro bando sorprendidos in fraganti (en la izquierda, Alejandro Lerroux, dirigente de un gobierno de coalición desde el 33 hasta el 35, implicado en asuntos turbios, en la derecha el banquero Juan March, enriquecido, como era sabido por todos, con el fraude y el contrabando, encarcelado por la Monarquía, y convertido, con sospechoso apresuramiento, en el gran suministrador de fondos del franquismo) conducirían a una situación explosiva.

El 17 de julio, las guarniciones acuarteladas en Marruecos y en Canarias se alzaron contra el gobierno legal. El 19 de julio, el general Franco se alzó al frente de los sublevados. Éste pensaba que, soltando a sus perros, se disiparía toda veleidad de resistencia. Estaba mal informado. Ante la noticia del golpe, los sindicatos desencadenaron una huelga general e instaron al gobierno a que les repartiera armas. Durante la noche del 18 al 19 de julio, el gobierno autorizó su distribución y eximió a los soldados de su deber de obediencia a los militares sublevados.

El golpe de Estado franquista puso así en pie a un pueblo que ignoraba su propia fuerza. Y permitió lo que ni los socialistas ni los anarquistas habrían podido realizar por sí solos: media España y las seis principales ciudades quedaron en pocos días en manos de los revolucionarios. Mientras se enfrentaban por las armas las milicias populares y las fuerzas denominadas nacionales, mientras estas últimas hacían reinar en las regiones que habían

tomado lo que Bernanos no dudó en calificar de Terror, mientras en ese mismo momento se abatía una violenta represión sobre el clero de una Iglesia hostil a la República y que predicaba la sumisión al orden antiguo, millares de campesinos comenzaron a repartirse, sin aguardar la ley, las grandes propiedades agrícolas de los hacendados.

Conviene recordar que, en la Europa de fines del XIX y de principios del XX, la corriente libertaria conoció momentos tan propicios que los gobiernos instauraron medidas drásticas para reprimirla. Pero fue en España, patria del ingenioso Don Quijote, quien se agotó socorriendo a los débiles y persiguiendo a los malvados, fue en España donde esa corriente halló su más preclara expresión, y fue en España, durante un breve verano, donde se materializó esa corriente.

A partir de junio del 36, en efecto, innumerables pueblos transformados en comunas colectivas libres y autogestionadas vivieron fuera del control del poder central, sin policía, sin tribunales, sin patrón, sin dinero, sin Iglesia, sin burocracia, sin impuestos, y en una paz casi perfecta. Fue esa experiencia única, creo, la que mi tío Josep intentó, junto con algunos más, implantar en su pueblo, y la que mi madre, por esos azares de la Historia tan pronto trágicos como gloriosos, y en ocasiones ambas cosas, tuvo la alegría inconcebible de vivir.

Montse, Rosita y Joan llegan la noche del 1 de agosto a la gran ciudad catalana donde han tomado el poder las milicias libertarias. Y ésa es la gran emoción de su vida. Momentos inolvidables (me dice mi madre) y cuyo vínculo, cuyo recuerdo, nadie podrá arrebatarme jamás, **nunca, nunca, nunca.**

Reina en las calles una euforia, una alegría y algo jubiloso en el aire que nunca han conocido ni volverán a conocer. Los bares están atestados, las tiendas abiertas, los transeúntes que deambulan parecen embargados por una especie de ebriedad, y todo funciona a la perfección y como en tiempos de paz. Sólo las pocas barricadas aún levantadas y las iglesias destruidas con

sus santos de yeso arrojados ante los atrios recuerdan que son tiempos de guerra.

Llegan a las Ramblas.

Un ambiente imposible de describir, imposible, cariño, comunicarte esa viva sensación para que te llegue del todo al alma. Creo que hay que haberla vivido para comprender la conmoción, el impacto, **el aturdimiento, la revelación que fue para nosotros el descubrimiento de esta ciudad en el mes de agosto del 36**. Los orfeones, las charangas guerreras, los coches de punto, las banderas en las ventanas, las banderolas tendidas de uno a otro balcón que declaran la muerte del fascismo, los retratos gigantes de los tres profetas rusos, los milicianos armados que fachendean con chicas vestidas con pantalones del brazo, los autobuses de dos pisos pintados con siglas rojinegras, camiones circulando en tromba cargados de jóvenes enarbolando fusiles y aclamados por la multitud, una multitud embargada por un sentimiento de simpatía, de amistad, de bondad, que nadie en el mundo puede imaginar, oradores fervorosos encaramados en sillas bamboleantes, ¡***Míralos, camarada! ¡Van a la lucha, tremolando sobre sus cabezas el rojo pabellón! ¡Qué alegres van! Acaso la muerte les aguarda, pero ellos prosiguen su camino, sin temer a nada o a nadie***, altavoces anunciando las últimas noticias de la guerra y, entre esas noticias, estrofas de «La Internacional» repetidas en coro por los viandantes, los viandantes que se saludan amablemente, que se hablan amablemente y se abrazan sin conocerse, como si hubieran comprendido que nada bueno podría suceder sin que participasen todos ellos, como si todas las cosas estúpidas que los hombres se inventan habitualmente para atormentarse entre sí se hubieran, pfffuit, volatilizado.

Mi madre me cuenta todo eso en su lengua, quiero decir en ese francés chapucero que emplea, que destroza sería más exacto, y que yo me esfuerzo constantemente en enderezar.

Montse y las otras tres se dirigen acto seguido hacia el cuartel ocupado por los libertarios ante cuya entrada estacionan varios camiones, tres Jeeps y dos vehículos blindados. En el interior, dos hombres envueltos en una atmósfera humosa escriben su entusiasmo revolucionario en unas Remington, mientras un tercero planta banderas negriblancas en un mapa

de España prendido con chinchetas en una pared. Entran de continuo jóvenes en la estancia, unos para recibir noticias, otros para alistarse y conseguir armas, otros por el mero placer de alegrarse de los continuos avances de la revolución que va a cambiar al mundo de la A a la Z, **te lo digo**.

Un hombre de pelo engominado como lo llevan los cantantes de la época, alza a Montse en los brazos, que lanza gritos de placer. Un miliciano con una pistola en el cinto y aires de cowboy recibe a Josep con una palmada y le pregunta de dónde viene. De F. ¡Pues vaya coincidencia! Él es de S. Abrazos fraternales. Dos chicas con pantalones y las uñas pintadas de rojo les ofrecen, con aspecto audaz, cigarrillos de tabaco rubio, y Montse descubre con estupefacción que unas mujeres que no sean putas puedan fumar como hombres, qué tonta era cuando lo pienso.

Uno de los dos milicianos que teclean en una Remington los dirige hacia una habitación contigua en cuya puerta aparecen escritas las palabras: ORGANIZACIÓN DE LA INDISCIPLINA. Y este sencillo letrero inunda a Joan y a Josep de una alegría infantil.

Hay un hombre sentado en medio de un batiburrillo de armas y de objetos militares requisados en una armería del centro de la ciudad. Los recibe declarando triunfalmente que la toma de Zaragoza es cuestión de horas. Alarga a Josep y a Joan un cinturón militar y una cartuchera de cuero. Y aunque tales accesorios no tengan más utilidad para ellos que adornarles el cinto, ambos se maravillan puerilmente.

Salen.

Hace una hermosa noche.

Se sienten felices.

Están convencidos de la infalibilidad de su causa.

Les da la impresión de estar viviendo algo grande.

El italiano que ha alzado en brazos a Montse los acompaña a un hotel de lujo requisado por la CNT y transformado en cantina popular. Ornan la fachada unas banderolas en las que aparecen escritas ingenuas proclamas de victoria. Montse, que en la vida había entrado en un hotel para millonarios ni habría entrado nunca en ninguno de no ser por la guerra, Montse, tras cruzar la puerta giratoria tras intentarlo tres veces (¡menuda campesina estaba hecha, cuando me paro a pensarlo!), se queda

boquiabierta ante el lujo que descubre: las arañas con adornos de lujo con marco dorado, los grandes espejos de lujo con marco dorado, las mesas de madera de lujo esculpidas con follajes, y la vajilla de lujo de porcelana blanca decorada con vetas doradas, no me lo creía, dice mi madre, me quedé totalmente patisiesa, con t digo, ¿qué t? patitiesa, pues patitiesa me quedé ante tanta riqueza.

Tras cenar una dorada fresca con arroz, mi madre, que no había probado más pescado que las sardinas que se ponen a secar en los barriles de la Maruca, mi madre, digo, tras el inolvidable condumio en el hotel cinco estrellas, acude con los otros tres a un café de las Ramblas.

Pellízcame.

Dime que no estoy soñando.

Dime que esto va a seguir, pensaba yo, dice mi madre.

Entran en el café L'Estiu, que ha sido colectivizado como todos los cafés de la ciudad. Mi madre aún recuerda que un gran cartel colocado encima de la barra avisa de que no se admiten propinas.

Se acabó la caridad, esa marranada.

Horacio, el camarero, que, desde todo lo sucedido, se ha quitado la pajarita en señal de rebeldía, pero ha conservado el delantal blanco y el paño colocado encima de la muñeca, zigzaguea entre las mesas con garbo de torero.

Montse, por primera vez en su vida, se toma una copita de Anís del Mono. Esto quema, dice. Está bueno. Y Josep y Joan se ríen de sus mohínes.

¡Qué sabrosa es la vida!

Oye por primera vez lenguas extranjeras, es un goce del alma. Porque allí se junta una multitud abigarrada de jóvenes llegados de todos los rincones del mundo para apoyar al ejército republicano; americanos que miden el doble que su hermano, ingleses de piel lechosa y labios sonrosados (**muy feos**), italianos de cabello reluciente, suizos, austriacos, franceses, alemanes, rusos, húngaros, suecos. La gente levanta la voz (el español, vete a saber por qué, se cree que habla siempre con sordos), fuma, se ríe, estoy borracha, se tutea sin conocerse. Y en ese **jaleo**, en ese guirigay, ¡qué estupenda palabra cariño!, en el guirigay de las conversaciones, de las carcajadas, de los **Me cago en Dios** lanzados cada dos por tres y del tintineo de los vasos

entrechocados, se alza de pronto una voz, una voz grave y ligeramente palpitante.

Lidia, ponme un anís, cariño.

¿A estas horas?

Por favor hija mía. Una gota. Una gotita.

Y como yo dudo,

Mañana estaré muerta ¿y vas a impedirme que me tome un anís?

Sirvo a mi madre una copita de anís y vuelvo a sentarme a su lado.

Y de repente, prosigue con escalofríos retrospectivos (¡tócame el brazo!, ¡tócamelo!), un joven de pie, muy tieso, comienza a declamar un poema. Es un francés, cariño. Recita versos que hablan del mar. Es hermoso como un dios. Tiene manos de mujer y viste como un artista, lo estoy viendo como si fuera ayer. La gente ha dejado de hablar. Lo escuchan. Y al acabar el poema, lo aplauden a rabiar. Mientras mi madre, sentada en su butaca junto a la ventana que da al patio de recreo, permanece pensativa un instante, no puedo por menos de pensar en el poeta glosolálico y pilar de los coloquios letrados que fui a escuchar anoche por pura curiosidad, eso me enseñará, y que tras infligirnos un interminable poema en el que repetía sin cesar que en el hombre hay lo de delante y lo de detrás (¡imagínate!), quiso darse tono recalcando el enorme riesgo que había corrido al escribirlo, santo cielo.

En el café donde Montse y los otros tres siguen sentados a la mesa, se reanudan las conversaciones tras esa inquietud, tras ese silencio puro que nace de la belleza de un gesto. Se reanudan al principio sobre temas sublimes, porque el alcohol inflama los sentimientos sublimes, y después, progresivamente sobre temas cada vez más truculentos y escabrosos (mi madre se echa a reír sólo con recordarlo).

La vida es alegre, me gusta, pensaba yo, me dice mi madre.

Empiezan hablando de Durruti, de su magnetismo, su bondad, su lealtad, su generosidad, su integridad, y esa humildad que lo lleva a dormir en los mismos jergones y a comer el mismo arroz infecto que sus compañeros de armas, a diferencia de esos enchufados que envían a los otros a la muerte mientras paladean un whisky con hielo con una pajita, – luego de las últimas comunas creadas en la región,

– luego de las alentadoras noticias del frente de Zaragoza,

– luego del amor libre y de la prostitución,

– luego de los diferentes métodos anticonceptivos (se trata en definitiva de elegir entre el *coitus sodomiter*, *coitus onaniter* y *coitus condomiter)*, – luego de la receta del **cocido**, plato patriótico por excelencia, con o sin morcilla, hay discrepancia de opiniones, – luego de los **garbanzos** que lo componen (¿por qué pois chiches en francés?), que son las legumbres más exquisitas, más deleitosas, más españolas de la tierra, príncipes de las Fabáceas, suministradores de energía, deliciosamente perfumados, conocidos por hacer empalmar y que hacen pedorrear a los hombres bastante más que a las mujeres, ¿por qué? (gracia típica del macho español, observa mi madre), – de la ausencia escandalosa de poemas que los celebren. ¿Qué esperan César Vallejo, Miguel Hernández, León Felipe o Pablo Neruda (ese cretino, dice mi madre. ¿Por qué lo dices? Ya te lo explicaré), qué esperan esos vagos para entonar sus alabanzas?

– de la diferencia de pedos dependiendo del género masculino o femenino, tanto en cuanto a la musicalidad como en cuanto a la fragancia, de su valor preventivo y curativo, de su capacidad para poner en fuga al enemigo, – de los pedófobos y de los pedófilos, que siguen siendo dos categorías irreconciliables correspondientes a la división de los sexos, pero la revolución modificará radicalmente tan deplorable situación, y las chicas modernas empezarán a pederse revolucionariamente (risas), – quizá podríamos hablar de temas más elevados, sugiere un joven filósofo que se parece a tu amigo Dominique. Si se examina, dice, la vulgaridad intrínseca del pueblo ibérico aficionado a los garbanzos y propenso, por consiguiente, a las flatulencias intestinales, y se la compara con la vulgaridad más discreta y comedida del pueblo francés aficionado a la habichuela blanca, se constata que ambas se reflejan notablemente en su literatura: la española dedica un generoso espacio a los temas subidos de tono, basta leer *El Buscón*, de Francisco de Quevedo, comparado con el cual su contemporáneo francés tiene trazas de profe de catecismo, y la francesa (literatura), que, tras la fundación de su Academia en 1635, pone fin a la chocarrería tal como la practicaba con genio Rabelais, porque Rabelais era español, camaradas, español de espíritu, **claro**, **hermano** de Cervantes, **claro**, y lo que es más, librepensador, por no decir libertario, ¡**A la salud** de Rabelais!, exclama

alzando la copa, ¡**A la salud** de Rabelais!, repiten en coro todas las personas presentes, que no saben absolutamente nada del genio en cuestión (mi madre: alguien ajeno a nosotros nos hubiera tomado por majaras).

Luego vuelven a la incompatibilidad genética entre libertarios y comunistas, y se reanudan los rifirrafes en un festín de estruendosos **coño**, **joder** y **me cago en Dios**.

Montse se mantiene a la escucha de cuanto se dice.

Le da la sensación de que su vida avanza a toda velocidad y de que el principio de evolución que nos hace movernos progresivamente de la infancia a la edad adulta y de la vejez a la muerte se ha acelerado en ella a una rapidez extraordinaria.

En realidad, me parecía que mi auténtica vida estaba comenzando. Un poco como cuando murió tu padre. ¿Cuándo fue?

Hace cinco años.

¡Es increíble! Parece que haga un siglo.

¿Piensas en él alguna vez?

No, nunca. Además me pregunto cómo pude, ¿se dice pude?, cómo pude pasar con él tantos días, tantas noches, tantas cènes, tantos cumpleaños, tantas navidades, tantas noches mirando la tele, y tanto todo, años tras año, sin que me haya quedado el menor recuerdo.

Los cuatro salen del café.

Montse, que se siente con alas en los pies, declara que la vida es un encantamiento, un **encanto**.

En el aire de la ciudad se respira una levedad, un júbilo que aceleran el tiempo y no dejan espacio alguno a la angustia.

¡Cómo me gusta vivir!, me decía yo, me dice mi madre.

Montse acude con los otros tres a la calle San Martín, al confortable piso de los señores Oviedo, que le han dejado la llave a Francisca.

Entonces para Montse, que ha vivido en la pobreza más absoluta, que no se imagina la opulencia en que viven algunos, que no conoce más lujo que el entrevisto en casa de los Burgos aquel famoso día en que don Jaume declaró Parece muy modesta, aquello es un deslumbramiento.

Descubre en una sola noche la existencia (el rostro arrugado de mi madre cuando evoca ese momento se ilumina con un júbilo que me comunica), la

existencia del agua corriente, caliente y fría, de las bañeras con pies de tigre, de los váteres con cisterna y tapa abatible, de las bombillas en todas las habitaciones, de las neveras, de las péndolas, de los termómetros murales, de los teléfonos de ebonita, vaya, de la extraordinaria, la mágica, la incomparable belleza del confort moderno. La maravillan las espesas alfombras de lana, los portatostadas de plata, los placenteros canapés de cuero y los retratos enmarcados de momias mostachudas. Pero lo que se le antoja el colmo supremo de la elegancia es una cuchara de plata provista de un mango de extremo curvo para coger el azúcar.

La fascina tanta magnificencia.

El simple hecho de tomar un baño la exulta.

No se cansa de abrir la nevera, que dispone de un cajón para cubitos de hielo, y de beber agua fresca en vasos de cristal.

La mesa verde de formica de la cocina le arranca gritos de admiración (como todos los pobres, prefieres las cosas nuevas a los viejos aparadores campesinos como los que hay en las casas de su pueblo). Toma mantequilla por primera vez para desayunar (¿se dice veurre o beurre cariño?, me pregunta mi madre, que confunde los dos sonidos, nunca lo sé), y no tocino como suele. Una delicia.

La impresiona la amplitud del ropero del ama de casa, que ocupa un armario de unos, ¿a que no sabes cuántos? Yo qué sé, ¿tres metros? ¡Seis metros, cariño!

La riqueza es el cielo en la tierra, una bendición, un consuelo, un arrobo, repite Montse cuando no está Josep y no puede oírla (a Josep le parece repugnante y contrarrevolucionaria esa indecencia del lujo).

Montse no estaba preparada para esa experiencia. Ni lo que le enseñaron las monjas, ni lo que le transmitieron su madre y su tía Aparición (a quien llamaban Pari) le permitían imaginar hasta qué punto la trastornaría aquello.

Porque Montse no ha salido prácticamente de su casa. No ha leído nunca esas novelas de amor que instruyen a los adolescentes en los asuntos del sexo, y los otros. Ha crecido en una familia puritana, campesina y totalmente ignorante del mundo, convencida de que todas las esposas debían cerrar el pico, por decreto, convencida de que todos los cabezas de familia estaban autorizados, por decreto, a sacudir a la mujer y a los hijos,

educada en el temor de Dios y del diablo, que adopta mil caras engañosas, hija mía, y cumplidamente enseñada a obedecer y someterse.

Tanto es así que todo cuanto le sucede durante su estancia en la ciudad es para ella tan repentino e intenso como un seísmo.

Con todo, Montse se desliza en ese mundo totalmente nuevo y repleto de cosas insospechadas con una felicidad y una soltura serenas. Como si hubiera nacido en él.

Nunca se le había antojado el aire tan liviano, ni los vínculos tan asequibles.

Y todo cuanto vive, los minúsculos eventos que conforman el tejido ordinario de la vida, el agua saliendo del grifo, una cerveza fresca en la terraza de un café, se convierten de pronto en otros tantos prodigios.

Me daba la impresión de que la vida se volvía verídica, no sé cómo explicártelo.

Hesíodo escribió en *Los trabajos y los días*: «Los dioses han ocultado lo que da vida a los hombres.» Montse tiene la sensación de haber descubierto a los quince años la vida que le habían ocultado. Y se sumerge, se solaza en ella. Y es pura alegría. Lo cual la lleva a declarar, setenta y cinco años después, con énfasis genuinamente ibérico, que aunque los suyos hayan perdido la guerra de las armas, la otra (guerra), seguirá siempre invicta, ¡**escúchame**!

Te escucho, mamá, te escucho.

Y ves, si me pidieran que eligiese entre el verano del 36 y los setenta años que he vivido entre el nacimiento de tu hermana y hoy, no sé muy bien si elegiría los últimos.

¡Muchas gracias!, le digo, un poco ofendida.

En los primeros días de su estancia, Montse, que teme extraviarse en las calles de la ciudad, se aventura un poco por las afueras. Pero muy pronto descubre el placer de deambular y admirar largo rato, en los escaparates de ropa interior (toleradas por los revolucionarios aunque no contribuyan a la emancipación de las mujeres), los sujetadores balconet, los ligueros de

encaje y las combinaciones de seda rosa, que poseen el poder de convocar sus más descabelladas fantasías de amor.

Descubre el mar.

Le da miedo meterse.

Acaba mojándose los pies gritando de gusto.

Se pasea con Rosita y Francisca por el parque de la ciudad, donde los oradores anarquistas, encaramados en cajas de madera, pronuncian inflamados discursos aplaudidos por cientos de curiosos. Observan a los hombres. Sueñan con el amor. Lo invocan, lo llaman con temblorosa esperanza y toda suerte de exclamaciones. Y es que están enamoradas. Sólo les falta el objeto en el que centrar ese amor.

Montse recuerda que un día en que deambula con Rosita por un bulevar, le llama la atención un insólito tumulto ante un banco. Ambas se acercan al corro de curiosos y lo que ven las deja estupefactas: cuatro hombres rodean una hoguera en la que un quinto hombre arroja fajos de billetes, y a nadie se le ocurre impedirlo, echar mano de esa bendición de Dios, y nadie se indigna del daño que se perpetra tan tranquilamente y ante los ojos de todos. Por su parte, Montse y Rosita no se atreven a mostrar un estupor que las haría ofrecer una imagen, ante los ojos de la gente, de vulgares campesinas. Por eso, ellas que fueron educadas con la continua obsesión de ahorrar tres pesetas, de no malgastar una miga de pan y de usar la ropa hasta raerla, ellas que han llevado hasta entonces la vida más frugal por no decir más cicatera, ellas a quienes su madre inculcó desde niñas la pasión por el ahorro (porque el ahorro es para su madre mucho más que un desvelo o una prioridad, es un gusto, e incluso un gusto acusado, e incluso un gusto violento, e incluso una pasión), consideran ese día que tal acontecimiento, por pasmoso que resulte, está en el orden de las cosas, como lo está también todo cuanto sucede en ese verano del 36, ese verano en el que se trastocan todos los principios, todos los comportamientos, haciendo tambalearse los corazones hacia lo alto, hacia el cielo, cariño, es lo que me gustaría que comprendieses y que es incomprensible.

Cuando me paro a pensarlo, dice mi madre, me digo que hubiera debido mangar un fajo de aquellos billetes, no me encontraría ahora en esta mierda.

Lo cierto es que mi madre no tuvo ocasiones en su vida de quemar billetes de banco para encender sus cigarrillos. Incluso tuvo que realizar, para vestirnos y alimentarnos, cuentas tremebundas, y aplicar para salir adelante los estrictos principios de economía doméstica que le habían enseñado. Al no abrigar la menor confianza en los bancos desde aquella famosa época en que vio disiparse en humo montones de dinero, ocultó bajo la moqueta de su habitación, en previsión de su vejez, un montoncito de billetes pacientemente amasado pero que, con el tiempo, resultaron sin valor.

Mi madre: Los engañé como tontos.

Yo: ¿A quiénes?

Mi madre: a los banqueros, a quién va a ser.

Oigo a mi madre contarme esa mañana un episodio que yo no había leído en ningún libro de historia y que de pronto me parece encarnar uno de los emblemas más significativos de aquel periodo. Oigo a mi madre y me pregunto una vez más, porque desde que me cuenta su prodigioso verano vuelve una y otra vez el mismo interrogante, me pregunto: ¿Qué le ha quedado de aquella época, hoy impensable, en que unos hombres quemaban fajos de billetes para expresar su desprecio por el dinero y las demencias que origina? ¿Sólo recuerdos, o más que eso? ¿Se han esfumado sus sueños de entonces? ¿Han caído en el fondo de ella misma como esos posos que se depositan en el fondo de un vaso? ¿O sigue ardiendo un fuego fatuo en su viejo corazón como me complace infinitamente creer? De lo que me doy cuenta en cualquier caso es de que a mi madre le trae totalmente sin cuidado el escaso dinero de que dispone y lo reparte entre quien le viene en gana, prodigalidad que su médico atribuye tanto a su enfermedad como a sus trastornos de memoria y a sus descarríos de lenguaje, innumerables por no decir incesantes.

Pero me gusta pensar que su médico se equivoca, y que sigue chispeando en ella una temblorosa luz, las brasas aún tibias de aquel mes de agosto del 36 en que fue quemado el dinero como se quema la basura.

Mientras Montse se extasía ante la belleza del mundo, Josep, que ha querido tomarse unos días antes de firmar su hoja de alistamiento, se pasa el tiempo holgando por las terrazas de los cafés y conversando con jóvenes como él sobre la revolución que va a reestructurar el universo.

Pero Josep siente que le invade lentamente un malestar. No puede evitar oír, tras los discursos que corren, las prédicas de la propaganda revolucionaria que cubre las paredes de la ciudad y que no tiene nada que envidiar a la catequesis de don Miquel, el cura de su infancia, un catecismo simplista, ecolálico, mendazmente optimista que engatusa a esos adolescentes soñadores a base de frases grandilocuentes: *el baluarte de los heroicos pechos contra la peste fascista. La marcha triunfal de los donosos gladiadores que esparcen la semilla de la nueva generación de trabajadores servidores del Ideal*... Todo ese bluf incomprensible.

Se da cuenta de que él, como los demás, repite hasta perder el aliento esos tópicos efímeros y esas declamaciones vibrantes que se ostentan a modo de corbata. Y eso le conturba en lo más hondo.

Pero lo que más le conturba es esa sensación, que no se atreve a confesar a nadie, que apenas se atreve a confesarse a sí mismo, la sensación de que su alistamiento en las milicias es una futilidad.

Porque Josep nunca había deseado tanto entregarse a una causa. Pero nunca se ha sentido tan inútil y tan tristemente convencido de que su saber de campesino, su fuerza de campesino y su coraje de campesino no tendrían más utilidad en aquella guerra que llevarlo a una muerte segura. Pero de momento quiere vivir, carajo, quiere vivir. Quiere seguir respirando el olor del café por las mañanas. Quiere seguir mirando el cielo, a las mujeres, las fuentes, los olivos **altivos**. Los borricos grises de su pueblo y su mansa dulzura. No entiende que esos jóvenes que parten al frente, torsos henchidos y culos juncales a la española, vayan a dejarse matar con tan obstinado ardor.

Y es que Josep ha comprendido en unos días que quienes improvisaban aquella guerra a la espera de armas que nunca llegarían carecían totalmente de experiencia, eran dramáticamente ignorantes en asuntos militares,

incapaces por ejemplo de leer un mapa de estado mayor, incapaces de discurrir cualquier estrategia guerrera, e incapaces por lo tanto de situar a su ejército en orden de batalla. Los ha oído derrochar, en los bares, sarcasmos antimilitares, mofarse de las bandas, galones, medallas, charreteras, mostachos y otros perendengues que ostentan los suboficiales, y abominar de cuanto, de cerca o de lejos, les recordase el olor a pies del cuartel.

Y Josep no puede evitar pensar que ese jocoso desdén por las cosas militares, esa estúpida confianza en la moral y los buenos sentimientos, no puede sino conducir a la carnicería a esos miles de jóvenes que marchan entre fanfarrias para mayor bien de la Patria. No puede evitar pensar que tanto su moral como sus buenos sentimientos corren gran riesgo de ser recibidos a tiros de Mauser K98, y el idealismo de su jefe recibido a metrallazos, pues la metralla se muestra poco receptiva, al parecer, a los sermones humanistas. Aquellos jóvenes Quijotes que parten al combate calzados con alpargatas y vestidos con míseras guerreras de algodón no saben nada de la guerra, de su ciega demencia, de su repugnante y atroz salvajismo. Carentes de experiencia, blandiendo con orgullo sus cochambrosos fusiles que no saben utilizar, sin saber siquiera echárselos al hombro, sin saber siquiera cómo apuntar a un blanco a través del alza, sin saber siquiera introducir las balas en el cargador, portando en el cinturón granadas de pacotilla que pueden estallarles en las narices al menor movimiento en falso, a esos jóvenes voluntarios de apenas dieciocho años les aguarda el degolladero frente a un ejército tan aguerrido y potente como el de los nacionales.

Y cuando lleguen al frente, mal alimentados, mal armados, embrutecidos de sueño, transidos de frío y en un estado de cansancio tal que les resultará soportable la matanza colectiva que les habría parecido abominable en cualquier otra circunstancia, cuando no tengan fuerzas para hilvanar dos pensamientos, cuando sólo se vean capaces de sobrevivir y de luchar sin formularse más preguntas, cuando se muevan como autómatas sin la más mínima conciencia del bien y del mal ni el más mínimo afecto, descargarán su fusil, al recibir la señal, sobre otros jóvenes de planta más marcial, de uniformes y botas impecables, pero igualmente engañados por la

propaganda de su bando, que magnifica mendazmente su combate y les promete, a cambio de una medalla póstuma, o casi siempre a cambio de nada de nada, el agradecimiento eterno de la patria, imagínate.

Pero Josep es un campesino, es decir un muchacho avezado a dominar con el arado la tierra árida, y sabe muy bien que la mente no domina a la materia, sobre todo si ésta cobra la forma de un fusil ametrallador MG34, sabe muy bien que no puede luchar con tres piedras y un ideal siquiera sublime contra un ejército superentrenado y provisto de cañones, panzers, bombarderos, carros de asalto, piezas de artillería y demás artefactos altamente cualificados para liquidar al prójimo.

En cuanto a los extranjeros que se suman a las filas del ejército republicano, convertido en símbolo de la lucha contra el fascismo, los ve posar ante los fotógrafos, exhibiendo su fusil enarbolado o alzando el puño de la rebeldía, los ve tostarse en las terrazas de los cafés, embriagándose con grandes palabras altisonantes y emociones acordes con ellos, o ligar con las **guapas** murmurándoles **piropos** a la moda de su país. Se dice, con el corazón encogido, que su presencia es probablemente más simbólica que útil (recuerda de pronto que no debe perder de vista a su hermana, a quien cualquiera de esos guaperas podría seducir y preñar a la primera de cambio).

Josep siente que le invade una gran perplejidad. Con todo, todavía espera, en aquel momento, que pueda llevarse a cabo a la par la revolución y la guerra. Aún lo espera. Pero algo está resquebrajando lentamente esa esperanza.

Él que soñaba con locura ser el ferviente defensor de una revolución que sacudiera para siempre la Historia, se pregunta ahora qué demonios pinta allí, viendo pasar los camiones repletos de jóvenes camino de la carnicería, oyendo a los agentes rusos con gafas redondas poner en guardia a los extranjeros contra los acerbos complots tramados por los anarcos, y soportando en los cafés los interminables rifirrafes entre libertarios y comunistas, empeñados todos ellos en designar a los culpables en el campo contrario, cautivos todos ellos de una evidencia, cegadora para unos, mendaz para otros, repitiéndose igualmente los rifirrafes baratos que conoció en su pueblo.

Pero en mayor medida si cabe que su naciente perplejidad respecto a las posibilidades de victoria del ejército republicano, lo atormenta la idea de haber dejado a su padre encargarse en solitario de la faena del campo. Y del mismo modo que en julio le invadió un irrefrenable impulso de marcharse, experimenta ahora el mismo impulso de volver junto a sus padres, a quienes permanece ligado por vínculos cuya naturaleza no se ve capaz de definir.

Tiene que irse. Su instinto le dicta que tiene que irse. Sigue sopesando durante dos días los pros y los contras. Hasta que un acontecimiento precipita su decisión.

Una noche se ha sentado al fresco en la terraza del café L'Estiu en las Ramblas. Está solo. Se está tomando una **manzanilla**. Observa a los transeúntes. Presta distraída atención a las conversaciones que suenan alrededor.

En una mesa cercana, dos hombres trasiegan varias copas de aguardiente. Levantan tanto la voz que no puede evitar oírlos. Están alegres. Eructan. Se congratulan entre sí. Están contentísimos de ellos mismos y se asignan recíprocamente patentes de heroísmo. ¡Han hecho una de puta madre! Tras meter a dos curas muertos de miedo en un sótano, se han cargado al primero de un pistoletazo pam en plena jeta, luego le han dicho al segundo, que estaba cagado de miedo, que se largara pitando y le han disparado en la espalda pam pam cuando ha echado a correr. ¡Dos curas lerdos el mismo día! ¡Cuando pensaban que iban a volver de vacío! ¡No ha estado nada mal la cacería! ¡Había que verlos cagarse de canguelo a los curillas! ¡La monda!

Se las dan de graciosos.

Les extraña que Josep no comparta sus risas. ¿No será franquista?

Josep se pasa la mano por la frente, como quien se despierta de una pesadilla.

Está abrumado, como lo está Bernanos en el mismo momento en Palma, y por motivos similares.

Permanece petrificado en su silla, paralizado de miedo, con el corazón en un puño.

¿O sea que se puede matar a unos hombres sin que su muerte suscite el menor cargo de conciencia, la menor repulsión? ¿O sea que se puede matar a unos hombres como a las ratas? ¿Sin sentir el menor remordimiento? ¿Y jactarse de ello?

Pero ¿en qué extravío, en qué delirio hay que haber caído para que una «causa justa» autorice a semejantes errores?

No os arrodilléis ante nadie. Os arrodilláis ante vosotros mismos.

¿Qué abyección asaltará a esos dos asesinos si se arrodillan algún día ante sí mismos? Josep no puede ya cerrar los ojos ante la verdad que ha mantenido cuidadosamente apartada de su mente y que, de pronto, gesticula, vocifera, y lo impreca violentamente: noche tras noche, expediciones punitivas asesinan a sacerdotes y a sospechosos supuestamente fascistas. Menos que en Mallorca, quizá, aunque no llevo la cuenta de los crímenes, pero lo importante no es evidentemente el número. Josep, como Bernanos en Palma, descubre que una oleada de odio carcome sus propias filas, un odio aceptado, sin complejos, como se diría hoy en día, y que se ostenta orgulloso y satisfecho de sí mismo.

Josep sólo quiere volver a casa cuanto antes. Está decidido. No se alistará en la guerra. Puede que lo tachen de enchufado. Tanto le da. Volverá al pueblo con Joan y Rosita. Montse, que no quiere marcharse, se quedará con Francisca. Así crecerá.

No sabe hasta qué punto no anda descaminado.

Al día siguiente es 8 de agosto, recuerda mi madre sin pizca de vacilación (yo: ¿recuerdas esa fecha? Mi madre: parece que esté en el nimbo, lo dice el gili del médico, ¡pero ya ves!), al día siguiente el Consejo de ministros del gobierno decide la no intervención en España, al tiempo que deplora extremadamente extremadamente extremadamente la horrible guerra que asuela ese hermoso país.

Españoles,
Españoles que vivís el momento más trágico de nuestra historia
¡Estáis solos!
¡Solos!

Los alegatos del escritor José Bergamín (católico, republicano, paradójico, agregado cultural en la embajada de España en París) con el fin de obtener apoyos financieros y morales no han servido por lo tanto de nada.

Todas las asociaciones de excombatientes franceses han instado al gobierno francés a permanecer neutral en los asuntos de España, y Saint-John Perse, amedrentado, apunta a lo mismo.

Las autoridades soviéticas, por su parte, se han seguido manteniendo dubitativas, mientras Hitler y Mussolini ayudaban a las tropas franquistas a cruzar el estrecho de Gibraltar.

Habrá que esperar a comienzos de septiembre para que Stalin se decida a apoyar a los republicanos, y que los primeros buques cargados de material partan de Odesa.

Todas las palabres son débiles, me dice mi madre, para expresar el **desengaño**, la decepción mezclada de ira que embarga a Josep cuando le llegan estas noticias. Y cuando mi mente da marcha atrás, cariño, me doy cuenta de que su melancolía empezó, si no me engaño, en aquel momento.

En Palma pasan los meses y se confirma el horror. Bernanos se entera de que los cruzados de Mallorca, como llama a los nacionales, ejecutan en una noche a todos los presos capturados en las trincheras, los conducen «como ganado hasta la playa» y los fusilan «sin prisas, animal por animal». Tras lo cual, los cruzados «amontonan a las reses, ganado absuelto y no absuelto», y los rocían con gasolina.

«Es muy posible (escribe) que esa purificación por el fuego revistiera entonces, debido a la presencia de los sacerdotes de servicio, un significado litúrgico. Por desgracia no vi hasta pasados dos días a esos hombres ennegrecidos y relucientes contraídos por las llamas, y algunos de los cuales

adoptaban con la muerte poses obscenas, capaces de entristecer a las damas palmesanas y a sus distinguidos confesores.»

La muerte se adueñó de Mallorca.

La muerte. La muerte. La muerte. Hasta perderse de vista la muerte. En medio de la angustia y la repulsión que le invade, Bernanos procura mantenerse lúcido. Cueste lo que cueste. «Es usted para mí un hermano desoladoramente lúcido», le escribió Artaud en 1927, el único o casi de sus contemporáneos a quien gustó *La impostura*.

Lúcido contra la cobardía y contra el silencio.

Lúcido obligándose a mirar de frente el horror y a dar fe puntualmente de los crímenes que silencian los franquistas.

Porque a diferencia de los republicanos que posan para la posteridad en las iglesias que han destruido, o ante los cadáveres de las monjas que han asesinado (fotografías que darán la vuelta al mundo), la propaganda franquista vela por que no salga a la luz ninguna imagen de las tropelías perpetradas por el terror azul (el terror azul, del color del uniforme falangista).

Bernanos se decide a contarlas (esas tropelías).

Está en juego su honor, ese viejo honor que se considera reaccionario, y que se remonta, dice él, a la infancia, lo saben muy bien los jóvenes de las ciudades.

Se decide a contarlas porque no es un espíritu delicado (lo lamenta) que escribe para lectores de espíritu delicado (porque es, como dice mi pensador favorito, un gran escritor).

Se decide a contar que el eslogan de la Iglesia mil veces repetido LIBEREMOS LA TUMBA DE CRISTO no significa sino el exterminio de los elementos sospechosos.

Se decide a contar que los nacionales han creado un régimen de Terror, bendecido y alentado por una Iglesia que profiere santamente *Accipe militem tuum, Christe, et benedice eum*.

Un régimen de Terror, escribe, es un «régimen en el que el poder considera lícito y normal no sólo agravar desmesuradamente el carácter de determinados delitos con el fin de aplicar a los delincuentes la ley marcial (el gesto del puño cerrado castigado con la muerte), sino también exterminar

preventivamente a los individuos peligrosos, o sea sospechosos de llegar a serlo».

Bernanos lanza un grito de alarma: Hay un pueblo al que debemos salvar. No esperemos a que los nacionales lo destruyan por completo.

Y se dirige directamente a los obispos, con esa ironía desesperada tan genuinamente suya: «¡No, no, Excelencias, yo no acuso en absoluto a vuestro venerado hermano, el obispo-arzobispo de Palma! Hizo que lo reemplazaran como de costumbre unos cuantos sacerdotes suyos» quienes, bajo la vigilancia de los militares, brindaron sus servicios a los desdichados a los que iban a cargarse, dándoles la absolución.

La Iglesia española ha dado a conocer con la guerra su rostro horripilante.

Para Bernanos se ha consumado lo irreparable.

II

Nada más llegar al pueblo, Josep se topó con su amigo Manuel, que había compartido con él el entusiasmo de julio pero no se sintió capaz de abandonar a su familia. Josep le refirió detalladamente su estancia en la ciudad y el espléndido fervor que allí encontró. Pero pasó por alto los rifirrafes entre facciones, idénticos a los del pueblo, pasó por alto la embaucadora propaganda de los comisarios políticos con acento ruso y gafas redondas, pasó por alto los comentarios sardónicos de los dos asesinos del café de las Ramblas, como si callar esas cosas lo ayudara a callar para sí, como si mentir por omisión le permitiese no venirse abajo del todo.

Su amigo Manuel, tan entusiasta antes de la guerra, lo escuchaba ahora con expresión sombría, como si las palabras de Josep lo remitieran a una época lejana y casi totalmente olvidada de su vida. Había recobrado sus antiguos hábitos, ansioso sin duda de liberarse de la exaltación de julio y de la angustiosa posibilidad de tener que bregar con los ideales grandiosos que inflamaran su corazón.

Ahora, todo cuanto amó y defendió un mes atrás le traía sin cuidado. Es más, se desdecía de ello, lo rechazaba.

Y para justificarse, desgranaba la sarta de reproches que había acumulado en dos semanas contra sus antiguos camaradas, en su mayoría absurdos y carentes de fundamento: que eran unos **borrachos**, unos holgazanes, unos maricas que sembraban mierda con el solo fin de satisfacer sus instintos lidibi, libibi, libidinosos, que se mostraban exageradamente íntegros, defectos igualmente inquietantes, y que hacían el juego a los nacionales, otros tantos prejuicios y mentiras que se habían impuesto velozmente a las evidencias (Josep no tardaría en comprobar que los reproches de Manuel se habían propagado por el pueblo con la violencia de una epidemia de gripe).

Josep se sintió desamparado.

Tan desamparado por esa imprevista malevolencia que no tuvo energía moral para defender el movimiento que con tanto entusiasmo abrazara en Lérida.

Se dijo que había infravalorado la versatilidad de los hombres y su

capacidad de mudanza.

Se dijo que había menospreciado el afán que tienen de criticar las cosas más bellas y envilecerlas.

Y una vez más, se reprochó su candidez.

Pero seguía esperando. Nada más obcecado, nada más tenaz que la esperanza, sobre todo si es infundada, la esperanza es un intríngulis.

Pensaba que aún era muy pronto para echarse atrás. Muy pronto para darse por vencido, la esperanza es un intríngulis.

Y aunque su entusiasmo se había enfriado considerablemente desde los Días Inolvidables, aunque su idea de la revolución se había mancillado con una sombra cuya superficie no dejaba de extenderse (yo: reducida a una piel de zapa, mi madre: ¡qué bonita expresión!), una parte de sí mismo, de su sueño pasado, se negaba a morir.

Hizo un esfuerzo por sobreponerse.

Adoptando un tono de despego para que Manuel no lo tomara por un ingenuo incorregible, le confió su pequeño plan para instruir a los campesinos iletrados del pueblo expresamente mantenidos en estado de atraso, de quienes un tal Diego abusaba desvergonzadamente.

Manuel hizo una mueca. Disimulaba mal su escepticismo. Trató de convencer a Josep de unirse al campo dirigido por Diego en vez de lanzarse a aventuras arriesgadas. De no hacerlo, se exponía a enfrentarse a los peores aprietos. ¡Cuidado con el pelirrojo!

¡Nunca!, profirió Josep con todas sus fuerzas. ¡Antes reventar que tratar con Diego! Siempre mantendría su convicción de que todo poder era opresivo. Por nada del mundo quería incidir en el error de sus camaradas que, aceptando participar en el gobierno regional, perdían poco a poco, de concesión en retractación, lo que había constituido su fuerza.

Pero lo que más se le quedó grabado a Josep de aquella larga conversación fue la importancia que en pocos días había cobrado Diego en el pueblo.

Se dio cuenta de que se había ganado a casi todos los campesinos. Los más hostiles al comunismo entonaban ahora sus alabanzas. Los aduladores lo adulaban, es usted el hombre del momento. Los cabronazos cabroneaban y ostentaban por complacerle su hostilidad total a las bobadas de los

anarquistas. Los obsequiosos se le tiraban encima por un apretón de manos de lo más marxista-leninista. Y las madres de familia se prosternaban devotamente ante los **cojones** de los jefes (dice mi madre).

Josep también se enteró, al hilo de la conversación, de que su propio padre se había convertido en uno de sus fieles. Eso fue para él una puñalada en el corazón.

Mientras Josep se consternaba en su pueblo, Montse y Francisca, a doscientos kilómetros de allí, no cesaban de deleitarse con los placeres de la ciudad. Desde la revolución, se sentaban todas las noches en las terrazas de los cafés, donde se podía consumir gratuitamente un vaso de agua sin que te echaran y contemplar cómo la noche descendía suavemente sobre los tejados de las casas.

Una noche de agosto, un miércoles, Montse se sentó sola en el café L'Estiu, donde había estado el día de su llegada, y reconoció inmediatamente, sentado ante la mesa vecina, al joven francés que había recitado el poema sobre el mar.

Entonces nuestros ojos se saludaron y el amor se presentó, me dijo mi madre, que se pone a cantar:

Las naran las naranjas y las uvas
en un pa en un palo se maduran;
los oji los ojitos que se quieren
***desde le desde lejos se saludan*.**

El joven pidió permiso para sentarse a su mesa, cosa que ella aceptó sin hacer remilgos (porque una revolucionaria digna de tal nombre debía desdeñar los melindres, dengues, falsos pudores y otros síntomas de afectación burguesa).

El joven se llamaba André. Era francés. Hablaba español con acento

impecable. Se presentó como escritor principiante. Había salido de París ocho días atrás y esperaba que lo destinaran a una Brigada Internacional para ir a luchar en el frente de Aragón. Había tomado en Le Perthus un tren atestado y sucio, pero enseguida había olvidado la suciedad ante el ambiente caldeado que reinaba en los compartimientos, la cantimplora de vino blanco que pasaba de mano en mano, las proclamas vibrantes, los cantos roncos, los insultos que deflagraban contra el **Hijo de la gran Puta y su pandilla de cabrones**, algo oscuro y exaltado, como un miedo que se invierte triunfante pero en el que sobrevive algo negro. Lo habían recibido en el andén unas **guapas** con los brazos cargados de flores, que lo habían conducido al Hotel Continental, donde se alojaba por un precio irrisorio y un servicio perfecto.

Le dijo a Montse que se avergonzaba de Francia, de esa Europa que se rendía ante Hitler y de la Iglesia católica, que se conchababa con los militares.

Se marchaba al día siguiente.

Disponía de toda la noche.

Montse lo amó desde el primer segundo, por entero, y para siempre (sepan los ignorantes que a eso se le llama amor).

Decidieron ir al cine, cuya entrada era gratuita desde que los libertarios habían tomado la ciudad. Y apenas acomodados, se echaron el uno sobre el otro e intercambiaron en la oscuridad un impetuoso beso que había de durar no menos de una hora y media. Era el primer beso de Montse, que hizo así una entrada grandiosa en el terreno de los placeres, ante la pantalla donde aparecían otros besos, bastante más profesionales sin duda, pero mucho menos comedidos.

Y como, desde julio, nada funcionaba según las normas anteriores, y como la moral había rendido tributo al deseo, y como nadie se molestaba ya en respetar las antiguas imposiciones, y como todos o casi todos las mandaban al cuerno sin sombra de remordimiento (aunque sí con una pizca de inquietud), Montse, tras el beso de hora y media que era de una dulzura de muerte, consintió sin vacilar en acompañar al francés a su habitación de hotel. Y no tuvo ni tiempo ni ganas de preguntarse si la ropa interior que llevaba se hallaba a la altura de la situación (grandes bragas de algodón

totalmente antiafrodisíacas y camiseta a juego) mientras se arrojaban en la cama, se acariciaban, se entrelazaban apasionadamente, y se hacían el amor con una emoción y una impaciencia que los hacía temblar, no diré más.

Se dejaron caer a un lado, jadeantes, bañados en sudor. Se miraron como si se descubrieran. Permanecieron un rato en silencio. Luego Montse preguntó al francés a qué hora tenía que marcharse. El francés acarició, con mano pensativa, el contorno de su rostro y le dijo unas palabras que ella no comprendió. Su voz era temblorosa, estremecida, **inolvidable** (me dice mi madre). Le pidió que las repitiera. Él volvió a decirle unas palabras que ella no comprendió, o mejor dicho que comprendió con un sentido distinto (para los ignorantes, a eso se le llama poesía).

A las siete de la mañana el francés consultó el reloj. Se sobresaltó. Era espantosamente tarde. Se vistió a toda prisa, la besó por última vez, y corrió hacia los que lo esperaban para llevarlo al frente.

Montse regresó al piso que compartía con Francisca pletórica, con una alegría desenfrenada, una alegría casi insoportable, una alegría que la alzaba del suelo **como si tuviera pájaros en el pecho**, una alegría que le hubiera gustado gritar y que, literalmente, se desbordaba de sus ojos, tanto es así que cuando entró en la cocina donde se afanaba Francisca, ésta la miró estupefacta, como si hubiera cambiado repentinamente de materia.

¿Qué te pasa?

Estoy enamorada.

¿Desde cuándo?

Desde anoche para toda la vida.

¡Ya estamos con las grandes frases!

Es el tiempo de las grandes frases, contestó Montse, radiante.

Y como se moría de ganas de declarar al mundo entero su felicidad inédita, refirió a su hermana su encuentro con el francés y el beso de hora y media que le había bajado hasta el alma (o subido, según el lugar en que se sitúe la cosa), pasando por alto su aterrizaje en una cama de hotel y lo que de ello se había derivado.

En los días, los meses y los años siguientes, Montse no dejó de pensar en el francés (quien no daría nunca noticias por la sencilla razón de que no le había dado tiempo de decirle ni su apellido ni sus señas). ¿Cómo dormía?

¿Qué comía? ¿Pensaba en ella como pensaba ella en él? ¿En qué frente luchaba? ¿Pasaba frío? ¿Pasaba miedo? ¿Estaba vivo o muerto? Nunca lo sabría, y se lo preguntaría miles de veces durante los setenta y cinco años siguientes.

No le vino la regla en la fecha prevista. Pasaron los días sin que le viniera, y Montse tuvo que aceptar que sin lugar a dudas estaba **embarazada** , en español la palabra es más expresiva, **embarazada** de aquel a quien mi hermana y yo llamamos desde niñas André Malraux, a falta de conocer su auténtico nombre.

Montse había oído a su hermano alegrarse de la legalización del aborto, que, según él, contribuía en gran manera a la emancipación de la mujer. Durante un instante pensó recurrir a ello. Pero algo en su interior se resistía a tomar esa decisión, e iba aplazándolo día tras día.

Francisca acabó notando que algo le pasaba a Montse. Ella, que cantaba por las noches (pues tenía enormes disposiciones para el canto, y estoy convencida de que, adecuadamente encarrilada por un impresario, habría podido hacerse un nombre y labrarse una carrera como cantante, tanto más cuanto que a sus dotes musicales se sumaba una gran belleza, eso dicho con total objetividad, una carrera que le habría permitido mejorar considerablemente el estado de sus finanzas y le habría abierto las puertas del gran mundo y otras oportunidades de las que yo habría podido beneficiarme), permanecía ahora en silencio, la frente entre las manos, absorta en una triste ensoñación, tan absorta en su triste ensoñación que los platos se le quemaban regularmente cuando cocinaba, y los garbanzos acababan socarrados, ya que Montse no reparaba en su calcinación hasta que un espeso humo invadía la cocina. ¿Te preocupa mamá?, le preguntó un día su hermana Francisca, alarmada ante tanto plato carbonizado.

Montse recordó de repente a su madre, a quien no había dado ninguna señal de vida a pesar de sus promesas.

Sí, dijo, prorrumpiendo en sollozos.

Francisca la abrazó, lo que la hizo llorar dos veces más. Y tras diez minutos de lágrimas y de palabras incomprensibles balbuceadas en el cuello de su hermana, le confesó que esperaba una criatura y que no le quedaba más remedio que suicidarse.

Una vez descartada la solución del suicidio (muy rápidamente), Montse se planteó por un instante quedarse más tiempo en la ciudad. Un impulso irresistible, animal, la llevaba a reunirse con su madre, por más que supiera lo que la esperaba: los lamentos sin fin, las plegarias lacrimales, los **Dios mío**, los Virgen Santa del Niño Jesús, los ¿Qué dirá la gente?, etcétera.

Una tarde gris de octubre, seis días después de que el general Millán Astray espetara a Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, MUERTE A LOS INTELECTUALES, VIVA LA MUERTE, seis días, pues, tras ese llamamiento al asesinato que se convertiría en el grito de combate de los nacionales, y dos meses justos después de su feliz marcha a la ciudad, Montse regresó al pueblo con una criatura en el vientre, una radio en el bolso y la certeza, en el fondo de sí misma, de que los venturosos días de verano no se repetirían.

En el instante en que divisó las primeras casas, un deseo infantil de llorar le encogió la garganta. Se dijo que en aquel mismo momento concluía una parte de su vida, y que dejaba tras ella, para siempre, su juventud y su felicidad.

Le dio la impresión de que había abandonado el pueblo hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo, en otra historia, en otra vida.

Le pareció austero, triste en grado sumo, y tan desierto que le pareció que, por eso mismo, su presencia era espantosamente visible, exorbitante, y que tras las persianas la observaban todas las comadres.

Descendió la calle en cuesta que llevaba a la casa familiar, abrió la puerta de la cuadra, subió lentamente la escalera, entró en la sala, que se le antojó desesperadamente fea con su aparador birriático y el crucifijo de madera colgado encima (crucifijo, observemos, que su madre se había negado a quitar, doblegando por una vez a su esposo y a su hijo, quienes consideraron con magnanimidad que su obcecación era un capricho de buena mujer de escasa conciencia política, pero a quien más valía no contrariar), y se dijo que regresaba a su casa natal con alma de extranjera.

La madre salió de la cocina y se arrojó a su cuello***, ¡Hija de mi alma déjame que te mire!*** Y contempló largo rato a Montse, a quien había visto marcharse de adolescente ingrata y volvía a ver como una joven pletórica

(sobre todo la barriga, dice mi madre entre risas). ¡Cómo has cambiado! ¡Pero qué guapa estás!

En cambio, Josep, que regresaba del campo, no pareció alegrarse de volver a verla y le preguntó brutalmente por qué había vuelto. Es que madre no hay más que una, balbució Montse. ¡Una y de sobra!, exclamó Josep. ¡Calla ya!, dijo su madre, que hizo amago de quitarse una sandalia y tirársela a la cara. Y Montse comprobó que su hermano y su madre habían retomado sus costumbres de pareja mayor, y el comprobarlo, sin que supiese por qué, le aportó un poco de alivio.

A la mañana siguiente, Montse, que no había dormido un segundo preguntándose toda la noche cómo informar a su madre de su maternidad, decidió confesar su secreto. Nada más levantarse, anunció de sopetón que esperaba un hijo cuyo padre había muerto en combate, pues esa versión de los hechos se le antojaba más noble y admisible que la simple verdad.

Se produjo exactamente lo que se temía. Su madre prorrumpió en estridentes lamentos: que traía la deshonra a la familia, que ensuciaba su apellido y su reputación, que era la mayor vergüenza de su vida, que los señalarían con el dedo, que los arrastrarían por el barro, que en cuanto se supiese la cosa, su padre la mataría.

¡Esperándolo estoy!, replicó Montse secamente y con expresión dura.

Lo cual puso fin a las jeremiadas, pero no a los suspiros quejumbrosos, a las caras acongojadas, a las exhortaciones reiteradas de sobre todo no divulgar el asunto, y a las plegarias fervientes a Jesús y a la Santa Virgen, que la ayudarían a hallar el auxilio salvador (el auxilio, en realidad, vendría de un encuentro de lo más terrenal, pero no desvelemos nada antes de tiempo).

Bernanos, por su parte, no cesaba de meditar sobre los acontecimientos de España, que se mantendrían presentes en su espíritu y marcarían para siempre su pensamiento y su fe.

Las infamias de la Iglesia, que lo habían paralizado de horror, su cinismo, sus frías especulaciones, su prudencia senil, lo llevaban paradójicamente a afirmar su amor a Cristo con redoblada pasión.

Pero su Cristo no era aquel, mágico, de la madre de Montse, ni aquel vengativo y proclive a ver el amor por doquier de doña Pura, y menos aún, aquel, despótico, del obispo-arzobispo de Palma.

Su Cristo era sencillamente el de los Evangelios, aquel que socorría a los mendigos, perdonaba a los ladrones, bendecía a las prostitutas y a todos los humildes y venidos a menos y a todos los desharrapados caros a su corazón. Aquel que decía al joven rico: Ve, vende todos tus bienes y dáselos a los pobres. ¡Bastaba, caramba, con leer los Evangelios! Aquel que abominaba de los que hablan y no hacen nada, de los que ponen pesadas cargas en los hombros de los demás mientras ellos se solazan. ¡Bastaba abrir los Evangelios en cualquier página! Aquel que despreciaba los vanos esplendores y reservaba sus anatemas para los personajes principales que iban a atracarse a casa de los ricos y se derretían de gusto al oírse llamar amos.

El Cristo de Bernanos era bastante afín, sorprendentemente, al Cristo fraternal de Pier Paolo Pasolini, quien veía en la figura de Jesús y en sus acompañantes, sin hogares ni tumbas, a los pobres refugiados de los dramas actuales.

Era aquel que no había sido crucificado por los comunistas ni por los sacrílegos, recalcaba Bernanos con su mordaz ironía, «sino por sacerdotes opulentos aplaudidos sin reserva por la alta burguesía y los intelectuales de la época, a quienes llamaban escribas».

¿Había que repetirles esas verdades primordiales a los prelados españoles y a sus devotos?

¿Y qué hacían aquellos devotos de la gracia de Dios, que abrían de par en par las puertas del amor? ¿No debía irradiar de ellos la gracia como una bombilla? ¿Dónde demonios ocultaban aquellos hipócritas su gozo de amar a los miserables?

¿Había que repetirles, haciendo sonar las campanas, que Cristo fue un pobre entre los pobres, como más adelante el Poverello, el que anunció, en los caminos de Umbría, el reino de la pobreza? Pero «los devotos son gente ladina. Mientras el Santo se paseó por el mundo junto a la Santa Pobreza a la que llamaba su dama, no se atrevieron a hablar. Pero una vez muerto el Santo, qué quieres, anduvieron tan ocupados honrándolo que la Pobreza se

perdió entre la multitud alborozada... La canalla dorada o purpurada respiró. ¡Uf!»

Para Bernanos, no había impostura igual a aquélla.

Se le acusaría, por haberlo escrito, de seguir el juego a los comunistas contra los nacionales, a quienes sus antiguos amigos apoyaban.

De regreso en el pueblo, a Montse le bastaron dos días para comprobar que el aire era más irrespirable de lo que se temía. Al jubiloso tumulto de julio le había sucedido un clima de recelo que impregnaba todas las relaciones, incluso las más íntimas, algo impalpable, algo malo y deletéreo que impregnaba el aire, que impregnaba las paredes, que impregnaba los árboles, que impregnaba el cielo y toda la tierra.

Y ella que había experimentado tan intensamente la felicidad de ser libre, retornó al infierno de la mezquindad. Pensó que el control de todos por parte de todos que se ejercía desde siempre en el pueblo, pero ahora rabiosamente, acabaría con ella. Pensó que, aunque pasara allí toda su vida, no se acostumbraría nunca a los comadreos llevados a tales extremos que el mero hecho de que una joven encendiera un cigarrillo era comentado durante semanas, como nunca se nombraban las enfermedades denominadas de mujeres, ni sus órganos afectados, cuya simple pronunciación se consideraba indecente por no decir obscena.

Supo por Rosita que la mayoría de los aldeanos se habían sumado a la causa de Diego y que los enfrentamientos entre él y su hermano habían sido tan violentos que algunos auguraban actos irreparables.

Es que aquellos dos nunca podrían ponerse de acuerdo.

Mi madre: **Eran la noche y el día**.

El uno era tan joven como el otro viejo, si las palabras juventud y vejez poseen otro sentido que el biológico.

Uno era fogoso, irreflexivo, rápido, todo nervio, frágil y caballeresco. El otro era tranquilo, o mejor dicho, lo animaba una voluntad de control sobre los acontecimientos y sobre sí mismo que le hacía calibrar cada gesto y pesar, sopesar, valorar y calcular cada decisión (mi madre: siento que soy

injusta. Siento que voy a ser injusta). Su sensibilidad hacía a Josep vulnerable, más vulnerable que nadie, lo lastimaba. A Diego le endurecía, le hastiaba. Josep poseía un saber que no le venía ni de la enseñanza escolar ni de un origen familiar, pero que extraía un extraordinario provecho de las contadas lecturas hechas al azar y en los periódicos que le llegaban a las manos. Diego movilizaba siempre su inteligencia contra algo o contra alguien, y rechazaba violentamente el saber paterno, que según él sólo servía para reforzar su arrogancia de casta (mi madre: creo que soy injusta). El uno se rebelaba contra las intrigas y las innobles estrategias mediante las que suelen medrar los políticos. El otro, avezado en experiencias violentas no obstante su temprana edad, y receloso de los hombres, de todos los hombres sin excepción, avanzaba prudentemente, a pasos contados, sabiendo aceptar los compromisos necesarios para sus lentas y precavidas intrigas. El uno encarnaba la poesía del corazón, el otro la prosa de la realidad, digo, movida por mi inmoderada afición a las citas.

Algo así, dice mi madre.

Uno se enardecía con los sueños utópicos que había entrevisto en Lérida cuando ardía el cielo. El otro, sin duda porque carecía de toda seguridad de carácter íntimo, se obstinaba en encastillarse en principios de orden (el odioso orden de los peones, decía Josep aunque no había leído a Bernanos), proyectos sólidos y de corto alcance e ideas rectilíneas. Y cuando casualmente se hallaba en presencia de Josep, se esforzaba en exagerar, por una suerte de orgullo visto al revés, su lado prosaico, espetándole consideraciones de un pragmatismo lamentable o, usando del martillo del dogma, asestándole a golpe y porrazo la importancia capital del realismo en política (ese realismo del que Josep, sin haber leído a Bernanos, decía que era la sensatez de los cabrones). Pero, secretamente, Diego (según la humilde opinión de mi madre) envidiaba a Josep sus imprudencias, su radiante apostura, los arrebatos imaginarios que incendiaban sus ojos y un poder de desorden que adivinaba en él y que le seducía y aterraba a la vez. Diego le tenía celos a Josep (según la humilde opinión de mi madre), unos celos turbios, enigmáticos, salvajes, amorosos tal vez, y que no sabía quitarse de encima.

Los siguientes acontecimientos no harían sino confirmar la hipótesis

materna.

Tras darle vueltas a la vergonzosa y tremenda noticia del embarazo, la madre, a finales de octubre, fue a ver a Montse a la habitación-desván donde se pasaba el día, y le anunció, alborozada, que tenía un plan sobre el que, por el momento, no podía decir nada. Montse, la mirada perdida, no formuló ninguna pregunta, no pidió ninguna explicación, no mostró la menor curiosidad. En aquel momento de su vida, Montse sólo pensaba en aquel a quien mi hermana y yo llamamos, desde niñas, André Malraux. Sólo pensaba en él y le importaba un cuerno lo demás. Le importaba un cuerno que unos y otros se matasen entre ellos, le importaba un cuerno que Léon Blum se negara a ayudar a España y que Inglaterra, preocupada por mantener el escaso poder que le quedaba, obrase igualmente, le importaba un cuerno lo que desesperaba a su hermano, o sea que al gobierno español se le prohibiese, por añadidura, comprar armas a las compañías privadas y se viese obligado por ello a echarse en los brazos de la URSS, única que aceptaba el oro español a cambio de material de guerra. Todas esas cosas (dice mi madre) eran la menor de mis preocupaciones y me la soplaban, valga la expresión.

Una semana después del anuncio enigmático de su madre, y mientras cascaba avellanas a pedrada limpia en el desván, como para relegar al olvido su pena, oyó llamar a la puerta de entrada y a su madre bajar las escaleras precipitadamente y volverlas a subir, acompañada de Diego en persona.

Montse se quedó tan sorprendida que, de entrada, se vio incapaz de articular palabra.

Pero Diego, que nunca se había atrevido a dirigirse a ella, ni siquiera a rozarla o a cogerla de la mano en la sardana de los domingos, le declaró lo mucho que se alegraba de volverla a ver allí, cascando avellanas, en vez de estar en la ciudad donde las cosas, dijo, estaban empezando a envenenarse. Y Montse volvió lentamente a la realidad.

Vio a Diego cambiado.

Su rostro le pareció menos impenetrable, menos duro, menos obcecado,

y su timidez menos paralizante, aunque al verla se propagó el rubor por sus mejillas.

Intercambiaron lugares comunes mientras su madre los abandonaba un instante para ir a buscar el aguardiente en la cocina.

Aprovechando esa ausencia, Montse empezó a pensar muy deprisa, muy intensamente, y de pronto, antes de saber lo que iba a brotar de su boca, preguntó a Diego si lo sabía.

Diego comprendió de inmediato qué se suponía que tenía que saber. Dijo que sí. Se puso colorado. Enmudecieron. Montse, aliviada, cambió de tema y le preguntó por los últimos comunicados de la guerra, que él era el primero en saber en el pueblo.

Franco en su inmensa bondad ha ordenado a Yagüe, el carnicero de Badajoz, donde ha ejecutado a cuatro mil rojos, que se prohíba castrar a los prisioneros, tras lo cual las únicas torturas autorizadas son los destripamientos y las decapitaciones. Pero conservamos Madrid, dice Diego, a quien enorgullecía estar informado no por rumores fantasiosos sino por comunicados oficiales y voces no menos oficiales que le llegaban a través del teléfono con un adelanto de dos o tres días sobre los rumores que corrían por el pueblo. Diego decía nosotros, nuestros soldados, nuestra guerra, nuestras dificultades, nuestras posibilidades de victoria, como si fueran sus cosas personales. Y eso a Montse le produjo una ligera irritación.

Tras ese breve encuentro, que la celosa intervención de su madre urdió mediante no se sabe qué ardides y estratagemas, Montse pasó noches y noches sin conciliar el sueño.

¿Debía acceder al deseo de su madre? ¿Consentir al matrimonio?, que de matrimonio se trataba, por más que ni ella ni Diego hubieran dicho palabra.

¿Debía aceptar casarse con un hombre que no la atraía en lo más mínimo, un hombre que nunca la había tocado como no fuera con los ojos, un hombre de rostro severo y pelo aberenjenado, un hombre cuyos discursos martilleaba en público con un lenguaje terminante que la angustiaba, sin saber por qué, un lenguaje en el que las palabras eficacia y organización

brotaban de su boca como de una pistola? Exagero, dice mi madre, pero ¿me entiendes?

¿Debía aceptar el matrimonio cuando habría dado toda su vida por que volviese junto a ella el francés? Porque en aquel momento, Montse todavía abrigaba la esperanza irrazonable de que, al regresar del frente, el francés acudiese a buscarla, la arrancase de su pueblo y se la llevase a su país para comenzar días felices con su hijito.

Pensaba en él noche y día. Pensaba en aquel hombre adorado a quien no había tenido tiempo de conocer por habérseles adelantado las circunstancias, y de quien no poseía una sola foto. Pensaba en aquel hombre de quien ignoraba su infancia, sus gustos, sus debilidades, los encuentros que lo habían convertido en lo que era, aquel hombre de quien ignoraba casi todo, de quien ignoraba hasta el apellido, y cuyo rastro, por lo tanto, le resultaba imposible encontrar, por más que pusiera en ello el mismísimo empeño de un detective, y sin embargo sabía que le estaba destinado y que le amaba con un amor igual a la pena que la devastaba. Veía constantemente su rostro inclinado sobre el suyo, veía sus ojos en los que se refugiaba, su mechón en la frente que se echaba hacia atrás con un movimiento de cabeza, y la cicatriz en forma de estrella que se abría en su mejilla izquierda y en la que ella había depositado el más dulce de los besos. Y su ausencia le devoraba el corazón.

Tan ocupada la tenía su amor que no reparaba en el frío del desván ni en las primeras patadas de la criatura que llevaba en su seno. Incluso en ocasiones la embargaba la sensación delirante de que su amante se hallaba allí, a su lado, durante unos segundos, para enseguida desvanecerse. Pasaban los días y Montse seguía abrigando la esperanza, aunque cada vez más débilmente, de que André Malraux se presentase un día y la salvara de aquella existencia. Haga el cielo que vuelva, murmuraba, mientras su inteligencia decretaba severamente la locura de semejante deseo.

Vivió tres meses en ese desesperado anhelo, tres meses durante los que su madre le inyectaba gota a gota el imperceptible veneno del chantaje a la desdicha. Pensó que si el francés no daba con ella, se moriría.

Pero su vientre crecía, el montón de cáscaras de avellana aumentaba, el francés no daba señal de vida, y sin embargo ella sobrevivía.

Un día acabó admitiendo que el francés no volvería. Esperanza muerta. Salvo en sueños. Porque soñé con él, cariño, durante años y años.

Barajó entonces cuatro soluciones:

O se suicidaba saltando al corral desde el ventano del desván.

O se decidía a vivir como madre soltera, como se decía por entonces, es decir como una **desgraciada**, a cargo de un hijo **desgraciado** al que llamarían bastardo (la idea sugerida por Rosita de hacer creer a todo el pueblo que el niño había sido concebido sin intervención masculina, operación aún llamada partenogénesis en los tratados científicos u operación del Espíritu Santo en los tratados católicos, le parecía difícilmente defendible).

O bien huía a la ciudad, daba a luz en cualquier sitio, buscaba cualquier trabajo y dejaba a su bebé en manos de cualquier nodriza.

O consentía en casarse: desgracia menos cruel y a todas luces más tolerable que las desgracias anteriormente planteadas.

Y esta última solución fue la que su deseo de vivir contra viento y marea, y la lenta presión ejercida por su madre, la llevaron a aceptar.

Un día, pues, tras cientos de rifirrafes con su conciencia y su corazón, se tragó las lágrimas y consintió en el matrimonio que bien podía llamarse un matrimonio apañado.

Consintió en el matrimonio, es decir en un apellido, en una posición segura y en un certificado de honorabilidad a cambio de su breve juventud y sus esperanzas de amor.

Su madre gritó de alegría. Gracias a la ayuda del Señor Todopoderoso (notablemente respaldado, en este caso, por sus clandestinísimos manejos, ¡pero ni una palabra sobre el particular!), su hija iba a desposarse en justas nupcias ¡con un **señorito**! ¡Su hija, alabado sea Dios, iba a formar parte de una familia cuyo tren de vida envidiaba todo el mundo! **¡Qué suerte! ¡Qué felicidad!**

Con un hombre feo, la enfrió Montse.

Los hombres no tienen por qué ser guapos, replicó la madre.

¿Y qué tienen que ser?

Ser hombre y nada más.

Con eso se cerraba el debate.

La madre de Montse, todas cuyas fibras maternales se estremecían de orgullo ante la idea de que su hija pasara a formar parte de la clase de los ricos y se codeara, gracias al cielo, **con gente de calidad**, anunció muy ufana la buena noticia a sus vecinas, que exclamaron a coro: ¡Qué suerte!

¡Menuda potra!

¡No le faltará de nada!

¡Tiene solucionado el futuro!

¡Le ha tocado la lotería!

Entusiasmo inmediatamente atemperado; tan pronto la madre de Montse se dio media vuelta, cada una fue soltando su comentario.

¡La pobre niña las va a pasar moradas!

¡Con ese mal bicho de doña Pura, la compadezco!

Y la doña Sol, ¡el rigor de las desdichas!

¡En esa casa más fría que una tumba, gracias!

Como yo digo, ¡más vale ser pobre y feliz que rico e infeliz!

Opinión aprobada por todas las vecinas en pleno.

No sé por qué, aquellas observaciones relatadas por mi madre me traen a las mientes esa frase de Bernanos que he leído esta misma mañana y que decía, la cito de memoria, que los hombres adinerados desprecian a quienes les sirven por convicción o por tontería, porque sólo se creen defendidos de verdad por los corruptos y sólo depositan su confianza en los corruptos.

Pero cuando me paro a pensarlo, veo claramente que esa frase interroga a mi presente. Cada día me doy más cuenta, además, de que mi interés apasionado por los relatos de mi madre y el de Bernanos responden en lo esencial a los ecos que despiertan en mi vida presente.

Volvamos a Montse, porque lo más difícil quedaba por hacer: informar a

Josep de su matrimonio.

Pero Josep, desde su regreso, sólo tenía una idea en la cabeza: intentar atajar la política de Diego, que jugaba a fondo la carta estaliniana. Atajarla en la medida de sus medios. Pero sus medios eran débiles, bien tenía que reconocerlo. Y en la balanza, los de Diego eran claramente superiores. El único aliado con quien podía contar era Joan. Era poco. Quedaba una sola solución, hacer de aguafiestas, dicho de otro modo, hacer el pino, dicho de otro modo, negarse a tragarse los enjuagues de Diego. Arrearle una buena paliza era otra opción posible. No la descartaba.

La autoridad, el sectarismo, la prudencia y la rigidez que encarnaba Diego, inspiraban a Josep un desprecio profundo, un desprecio orgánico, un desprecio irrefrenable que lo llevaba a soltar impertinencias en cuanto lo tenía cerca. Imitar cacareos durante las reuniones que organizaba Diego, hacer la peineta y cantar **rumba la rumba la rumba la**, o levantar el dedo como un colegial para declarar Antes de cualquier esfuerzo intelectual, un consejo, ¡comed loro!, le provocaban unos ataques de risa infantiles que los aldeanos reprobaban enérgicamente.

Y Diego no soportaba aquellos atentados contra su viril autoridad, que le dolían mucho más que cualquier crítica seria y bien argumentada.

De ahí que nadie se sorprendiera cuando sobrevinieron los trágicos acontecimientos de diciembre.

Pero para que entendias bien el encadenamiento de los hechos (me dice mi madre), sepas que la violencia que existía entre Diego y Josep se remontaba a los años de su niñez que voy a contarte con un enjambre de detalles.

Cuando Diego entró en su familia en 1924 (tenía siete años), don Jaume quiso que estudiara en la escuela del pueblo. Creyendo hacer bien, doña Sol, amante de la elegancia inglesa, me le puso el primer día de clase un blazer de entretiempo cruzado azul marino, corte perfecto, botones dorados y escudo en el bolsillo que representaba una corona en la que retozaban dos leones. Esa prenda de una elegancia fuera de tono suscitó enseguida la

animosidad de los alumnos de su clase, todos desastrados, remendados y mugrientos. Y durante el recreo, Josep, que hacía ya de jefe, lo excluyó brutalmente de las canicas por aquello de que el **señorito** podía ensuciarse su traje de carnaval.

Eso supuso para Diego una herida en su amor propio que recordaría toda la vida, una herida que había de reavivar con el tiempo la memoria de todas las que sufrió durante sus más tempranos años. Desde entonces se aisló en una torre de orgullo y se negó a participar en los juegos de quienes lo habían mortificado, prefirió quedarse solo durante los recreos que exponerse a ser maltratado por el grupo, pues había aprendido desde su más tierna infancia, tierna no es la palabra, desde su niñez, a enfrentarse lo menos posible a las penas y humillaciones.

Por su parte, Josep continuó ejerciendo implacablemente su crueldad, expulsándolo de las canicas, llamándolo **chiquita**, o **señorita** o la gambita, burlándose de su pelo aberenjenado, y marcándole su desprecio de mil maneras. Y aunque no tenía un motivo serio para odiarlo, permaneció anclado en su aversión, que no era una aversión hacia lo que Diego era en sí, sino a lo que personificaba sin querer, y tal vez, en aquella época, sin saberlo: la pertenencia a una clase arrogante de ricachones que no querían soltar sus enormes privilegios y a quienes Josep odiaba instintivamente.

Resultados: violentas peleas a puñetazos y golpes de zueco entre los dos, al menor pretexto, y a menudo sin ninguno. Y cada vez: el estupor de Josep ante la brutalidad salvaje de los golpes y la determinación feroz de Diego, que no permitían presagiar ni su tez pálida, ni su culo escurrido ni sus hombros caídos. Tanto es así que Josep acabó pensando, a la larga, que algún día Diego, con esa furia fría, fanática, aquella maldad que no se sabía de dónde procedía, y aquella voluntad desaforada de vencer que manifestaba cuando se agarraban rodando por el suelo del patio, alcanzaría de uno u otro modo sus fines.

Acostumbrado a superar sus penas sin ayuda de nadie, Diego nunca dijo una palabra a sus padres de la triste suerte escolar a que se veía sometido, ni dejó transparentar las vejaciones que sufría. Pero se negó violentamente a disfrazarse de comulgante y cada día se mostró más taciturno y agresivo

con sus padres, particularmente con aquella a la que llamaba, para sí, su madrastra.

Privado de amigos, Diego arrastraba su soledad en la oscura y fría casa de los Burgos acompañado de los carritos y soldaditos de plomo que le regalaba su padre, y en tan oscura y fría soledad desarrolló esa postura de recelosa distancia hacia los suyos, que conservaría toda su vida.

Al llegar a la adolescencia, Diego comenzó a buscar contacto con los chicos de su edad y, curiosamente, con Josep. Por entonces, todos los adolescentes buscaban trabar contacto con Josep, todos querían parecérsele, todos querían caminar sobre las manos como él (caminar sobre las manos es lo que propondría en cierto modo a los campesinos de su pueblo en julio de 1936), todos querían imitar su forma de vestirse (mal) y de peinarse (mal), todos intentaban imitar su contumacia natural, su contumacia biológica, su contumacia epidérmica ante la autoridad de los adultos, todos intentaban imitar su insolencia ante el cura don Miquel, que no quería dejarle hacer la primera comunión, y todos intentaban imitar su ironía mordaz y el tono cortante de sus discursos contra aquel pueblo retrógrado, contra aquellos campesinos retrógrados, y contra el gilipollas de su padre que se meaba ante el degenerado de Burgos, quien adoptaba, impudentemente, aires de marquesito.

Diego buscó su compañía, intentó acercársele bajo aparentes pretextos, quiso imponer su amistad y, en cierto modo, le hizo propuestas.

Pero se topó con la intransigencia abrupta, inquebrantable de Josep, cuyo orgullo, exacerbado por la pobreza de sus orígenes, lo inducía a adoptar ante Diego una conmiseración desdeñosa, cuando no era el más injusto y grosero rechazo.

Diego estaba profundamente dolido. Y tal vez su adhesión al Partido fuese para él la ocasión de demostrar a Josep que se equivocaba sobre su persona.

Pero al estallar la guerra, esa adhesión no hizo por el contrario sino empeorar sus disensiones. Y lo que no había sido entre ellos más que una enemistad en definitiva baladí, infantil, encarnizada pero sin mayores consecuencias, se convirtió con la guerra en odio político, el más feroz de todos los odios, y el más demencial.

Hasta tal punto que en noviembre del 36, entre ellos ya sólo se trataba de

pensar y actuar contra el otro.

Por una parte, Josep afirmaba preferir mil veces el caos y la fragilidad de lo que nace, a ese orden monstruoso instaurado por los bolcheviques y aceptado por Diego sin asco ni rebeldía. Seguía defendiendo la idea de las comunas agrícolas, clamando su confianza en la columna Durruti, e indignándose contra Stalin, cuyas promesas de enviar armas a las milicias libertarias se le antojaba un infame chantaje.

Por otra, Diego encarnaba el Orden, la Institución, el apoyo al ejército regular y la adhesión sin reservas a la Unión Soviética. Desde que era alcalde, se dedicaba, entre otras augustas tareas, a la redacción semanal de informes que destinaba a las altas instancias. Pues le había tomado una amorosa afición a la redacción de sus informes, llegando a veces –tan violenta era su pasión por el papeleoa escribir varios en un mismo día, informes donde anotaba que el pueblo se mantenía tranquilo gracias a la sensatez innata de los campesinos del terruño, y ello pese a las amenazas con que los abrumaba una pequeña pandilla de agitadores sobradamente conocidos, unas anotaciones coronadas por multitud de detalles tan anodinos como inútiles respecto a esos últimos: horarios, desplazamientos, vestimenta, bromas, dichos recogidos, bebidas ingeridas, etcétera. Elaboraba con idéntica minucia las circulares de propaganda, no dudando en fulminar a los conspiradores a sueldo del enemigo, y organizaba meticulosamente campañas denominadas de alfabetización, que consistían en convocar a las poblaciones campesinas a una sala del ayuntamiento para: en primer lugar, encarecerles la organización de las milicias comunistas modelo de cohesión y de disciplina, y en segundo lugar, alertarlos del peligro que les causaban los promotores de disturbios, ya me entiendes.

Inútil precisar que los campesinos presentes, habitualmente prudentes, habitualmente cobardes y habitualmente lameculos, se sentían un poco obligados a aplaudir. El **temor** y la obeidiencia enmascarados en tiempos de paz resultan más visibles en tiempos de guerra, comenta mi madre filósofa. Había que ver cómo aclamaban al mariscal Putain en los primeros años de

mi turismo por Francia valga la gracia (alusión a las peregrinaciones de los años 39-40 durante las cuales mi madre y Lunita vagaron de campo de concentración en campo de internamiento, para mayor provecho de su saber geográfico, peregrinaciones de las que mi madre conservaba, excepcionalmente, recuerdo).

Con el fin de asentar su poder, Diego se esforzó en pronunciar las palabras **Patria** y **Pueblo** con solemnidad, fustigó por menudencias a Carmen, la secretaria del ayuntamiento, cortó muy ufano la cinta inaugural de la cantina, controló con diligencia policial el espesor de las mondaduras de las patatas que pelaba Rosita para las comidas de los niños, dio terminantes instrucciones a los cuatro jóvenes que se habían apuntado a su servicio, impacientes por someterse al dominio de alguien que no fuese su padre, les encargó hacer cosas tan inútiles como contar los clientes del bar de Bendición, decretó la supresión de las fiestas religiosas con gran pesar de su tía, quien de resultas sufrió mareos, cambió el Día de Reyes por el Día de los Niños, convocó a fulano o mengano para obtener precisiones sobre sus horarios y comprobar si eran de los buenos, y tomó la costumbre de dejar bien a la vista sobre su escritorio una pistola Ruby rutilante que no invitaba mucho al diálogo.

Desde que tomó posesión de su cargo, Diego parecía dominado por algo implacable, frío, hostil, que acabó suscitando en la población una suerte de temor.

Josep era uno de los pocos que no se dejaba impresionar por sus modos marciales, ni por la exhibición de su revólver, ni por sus botas superlustradas, ni por su boca de la que brotaban como ráfagas sus palabras. Uno de los pocos en marcar con su actitud, cuando acudía al ayuntamiento para telefonear a su hermana Francisca, que iba a buscar noticias, no sus órdenes. Porque mi hermano, cariño, no era ningún..., pusilánime digo yo, me haces reír con esas palabras increíbles, me dice mi madre.

Diego lo recibía con frialdad calculada, o más bien con esa exaltación fría que le parecía sin duda la propia de los jefes, se expresaba con frases lapidarias como creía que se expresan los jefes, y hacía alarde de cualidades

que se le antojaban las cualidades inherentes a los jefes: la impaciencia, el laconismo y un humor crónicamente atrabiliario.

Instalado en el despacho del antiguo alcalde, donde había mandado colgar un retrato gigante de Stalin, parecía, a pesar de los modales temibles que se esforzaba en adoptar, parecía experimentar cierto placer en descolgar el teléfono (su orgasmo burocrático, decía Josep, me dice mi madre), pues el ayuntamiento era el único lugar del pueblo conectado a una central telefónica, y el uso del teléfono: una señal irrefutable de poder.

Por entonces (corría octubre del 36 y aún no se había hecho pública la boda con Montse), sus relaciones con Josep habían alcanzado un grado de violencia que hacía decir a algunos Todo esto acabará mal.

Una mañana de noviembre en que los dos estaban almorzando en la cocina tomates y pimientos asados, Montse se decidió a comunicar a Josep que iba a casarse.

Josep.

¿Sí?

Tengo que decirte una cosa.

Pues habla, ¿qué te pasa?

Te va a enfadar lo que te voy a decir.

Me encanta enfadarme.

Voy a casarme con Diego.

¡Ésta sí que es buena!, exclamó Josep sin dar crédito a lo que oía.

Y añadió riendo: **Te conozco bacalao aunque vengas disfrazao**.

Pero ante la cara de su hermana, que seguía seria, la de Josep se ensombreció.

No me digas que es verdad.

Y al ver que Montse asentía con cara de apuro,

Pero eso es una monstruosidad, comenzó a gritar. ¿Vas a enterrarte con el pelirrojo? ¿Con ese **cabrón**?

Estaba lívido.

¿Ese estalinista de mierda?

El mismo, dijo Montse sonriendo, para relajar el ambiente, con una sonrisita que le crispó la comisura de la boca, pero que exacerbó la ira de su hermano.

Esa mierda viviente, rugió, ese traidor, ese hijo de puta, ese **figurín**.

Estaba fuera de sí, le temblaban las manos, se le hinchaban las venas del cuello, se le había enrojecido la cara.

Ese cabrón lo único que quiere es tu coño, gritó, es un gusano. Tiene un carné de contable en vez de corazón, gritó (esa frase injusta, que profería llevado por la indignación, se le quedaría grabada durante largo tiempo a Montse).

Por favor, no vayas a estropearlo todo, dijo la madre.

¿Quién lo estropea todo?, vociferó Josep. ¿Yo o vuestros repulsivos trapicheos?

Diego es un chico serio, intercedió débilmente la madre, en un intento de contrarrestar la ira de su hijo. Tiene buen fondo.

Eso lo acabó de enfurecer.

Ese **hijo de puta** encarna lo que más odio en el mundo, gritó. Mata todo lo que es hermoso, ha matado la revolución, y a mi hermana la matará, la matará, la matará.

La madre, palidísima, invocó entonces un imperativo categórico: Tu hermana tiene que casarse, es así, y no hay más que hablar.

¡Mi más sentido pésame!, exclamó Josep soltando una risa estremecedora.

Montse, al oír esas palabras, prorrumpió en llanto y trató de escapar.

Josep la retuvo brutalmente por la manga:

¿Lloras por tener que venderte como una puta al mejor postor?, le dijo. Llevas razón: es abyecto.

¡No le hables así a tu hermana!, ordenó la madre, descompuesta.

¡Usted, alcahueta, no tiene moral!, gritó.

La madre huyó a la cocina.

Montse corrió a refugiarse en su desván, y se arrojó en la cama, anegada en llanto.

Josep, ya solo, dio rienda suelta a su rabia. Se hablaba a sí mismo, como un demente. Se decía que vomitaba en el matrimonio, esa putería

legalizada, vomitaba en el matrimonio que permitía a cualquier **cabrón** conseguir a cualquier chica para convertirla en su puta, que permitía al último gusano humano regalarse legalmente una chacha, una chacha gratuita y, lo que es más, garantizada de por vida, al menos cuando trabajas para un patrono cobras, joder, me enloquece esta historia, me enloquece. Habló a solas un buen rato más recorriendo de arriba abajo la habitación que su madre llamaba abusivamente el salón, propinó una violenta patada a una silla que cometía el error de ponérsele delante, gritó **Me cago en Dios** como para hacer temblar las paredes, bajó corriendo de cuatro en cuatro las escaleras de la casa, subió por la calle del Sepulcro mascullando no se sabe qué, irrumpió sin aliento en casa de su amigo Joan, que estaba leyendo el periódico, la tomó con éste, que no levantó la nariz de la página, y la tomó con su hermano Enrique ¿Tengo monos en la cara?, y con la alcahueta de su madre (que no estaba allí para contestarle), y luego con Franco, con Mola, con Sanjurjo, con Millán Astray, con Queipo de Llano, con Manuel Fal Conde, con Juan March, con Hitler, con Mussolini, con Léon Blum, con Chamberlain, con Europa entera, y con el cabronazo integral que respondía al nombre de Diego Burgos Obregón.

Dame una cerveza, Joan, **por favor**, antes de que vaya a cargarme a ese gusano.

En Palma de Mallorca, nadie se rebelaba ya contra nada.

Ante los miles de asesinatos, ante la espantosa barbarie, ante las repugnantes bajezas a que eran sometidas las familias de los ejecutados, ante la abyecta prohibición prescrita a las esposas de llevar luto por los fusilados, la población mallorquina estaba como embotada.

Muchas páginas se necesitarían, escribió Bernanos, para que se entendiera que a la larga esos hechos, que nadie ponía en duda, no suscitaban la menor reacción. «La razón y el honor los desaprobaban; la sensibilidad permanecía adormecida, presa de estupor. Un idéntico fatalismo reconciliaba en un mismo embotamiento a víctimas y a verdugos.»

Bernanos descubría, con el corazón destrozado, que cuando gobierna el

miedo, cuando las palabras se ven sometidas al terror, cuando las emociones se hallan bajo vigilancia, se instala una calma estentórea e inmóvil, de la que los amos del momento se congratulan.

El 10 de noviembre se celebró un encuentro entre los padres de Montse y los de Diego. Se trataba de fijar la fecha de la boda y de hablar de la dote (mi madre: la mía muy raquítica) así como del contrato que uniría a los esposos (que el padre firmó con una cruz). Montse aquel día pasó las de Caín. No tanto por la perspectiva de sellar definitivamente su destino, como era previsible, cuanto por la visión de sus padres tan patosos, tan tímidos y tan forzados en el lujoso salón de los Burgos.

Su padre había dejado la boina sobre las rodillas, descubriendo una frente blanca separada por una línea diáfana de la piel curtida del rostro, y allí permanecía contrito en su silla, torpón, los zapatones pegados el uno al otro, la mirada vacilante, desvalido, con ojos de perro apaleado, pese a los Pónganse cómodos y los reiterados Sin cumplidos de doña Sol. Su madre, por su parte, menuda, la mirada gacha, las manos rojas anudadas en el hueco de la falda negra, procuraba desaparecer y casi lo conseguía.

Montse, silenciosa, miraba a sus padres con meditativa, desgarradora intensidad. Los miraba como si los viera por primera vez. Y se decía para sus adentros ¡Qué modestos parecen! Su rostro, sus manos, sobre todo sus manos, las manos rojas de su madre, estropeadas por las coladas y la lejía, y las gruesas manos encallecidas del padre con las uñas negras de tierra, las manos de ambos castigadas, sus gestos torpes, ese modo de expresarse como pidiendo disculpas, sus risitas ahogadas, su deferencia excesiva y sus interminables frases de agradecimiento, todo en ellos reflejaba su condición y la herencia de una pobreza transmitida intacta desde hacía siglos.

Y le vino a la mente el pensamiento de que ella era idéntica a sus padres. El pensamiento de que por más que se maquillara en el futuro, que se pusiera vestidos caros, que se engalanara con joyas exquisitas, que aprendiera los gestos de la autoridad, que despidiera a las criadas con el dorso de la mano como quien ahuyenta a las moscas, conservaría toda la

vida ese aire modesto que era un aire interior, un aire incontrolable, un aire indeleble, un aire que permitía todos los abusos y todas las humillaciones, un aire heredado de una larga ascendencia de campesinos pobres, y su impronta inscrita en su faz y en su carne, una impronta dejada por las aceptaciones sin gloria, las renuncias sin prestigio, las rebeldías sin gritos, y esa convicción de que somos poquísima cosa en este mundo. Se dice en el mismo momento que no tendría valor en lo sucesivo de ver a sus padres contorsionarse torpemente, molestos y avergonzados de sí mismos, ante la tranquila seguridad de sus suegros, y que les evitaría en la medida de lo posible las rituales reuniones que, por Pascua y Navidad, intentan reconciliar a las familias dispares.

La antevíspera de la boda, el 21 de noviembre de 1936 exactamente, mientras Montse daba el último retoque a su vestido de novia (blanco con flores rojas, lo conservo), Josep irrumpía en la cocina con la cara descompuesta.

¡Han asesinado a Durruti!

Durruti era su ideal, su mujer, su literatura, su necesidad de adorar, Durruti el insumiso, Durruti el puro, el guía, el generoso, Durruti el que atracaba los bancos, el que secuestraba a los jueces, el que se apoderaba del furgón lleno de oro del Banco de España para apoyar a los obreros en huelga de Zaragoza, Durruti el que fue encarcelado con frecuencia, el que fue condenado a muerte en tres ocasiones, expulsado de ocho países, y aquel a quien la muerte confería ahora una dimensión de leyenda.

Mientras Josep repetía aturdido Lo han asesinado, como si su inteligencia se negase a admitir la noticia que su corazón había enseguida asimilado, Montse no pudo evitar pensar que había puesto tanta pasión en rogar que sobreviniese un incidente antes de su boda, en desear que una vicisitud, un desastre, un seísmo tan inusitado como la revolución de julio, la liberase de su promesa y trastocara los caminos de su destino, no pudo evitar pensar, decía, no sin que la cosa le pareciese totalmente absurda, que ella era en parte culpable de aquella muerte.

Josep se reprimió para contener las lágrimas, hasta que, vencido por la emoción, prorrumpió en sollozos como un niño.

Montse, que no recordaba haber visto llorar a su hermano, se dejó llevar por la tristeza. Y su tristeza se acrecentó cuando Josep, abruptamente, como para sobreponerse a su dolor, para engañarlo, para librarse de él, para arrojarlo fuera de sí, le espetó con una mezcla de furor y de llanto, ¡Y tú conmigo no cuentes! ¡No pienso prestarme a esa farsa de boda! ¡No pienso ensuciarme con un cómplice de los asesinos de Durruti!

Ese mismo día en que se enteró de la muerte de Durruti, que achacaba a los comunistas, Josep corrió, descompuesto, al ayuntamiento.

Desde que se encontró con Montse y se hizo público el compromiso de matrimonio (noticia que se propagó con la velocidad de la pólvora), Diego se mostraba más indulgente, al decir de las comadres, quienes atribuían ese cambio de humor a los efectos emolientes harto conocidos del amor. Se mostraba, decían, más indulgente con todo el mundo, e incluso había llevado su indulgencia hasta llamar a su madrastra doña Sol (que no dio crédito a sus oídos) **mamita**. Respecto al que iba a ser su cuñado, Diego había prometido a Montse (durante otra entrevista urdida de nuevo por el celo materno) rectificar su opinión sobre él, pasar la esponja sobre las ofensas a su dignidad que había cometido, y recibirlo si no efusivamente, al menos de forma un poco menos inamistosa.

Por eso, cuando Josep, pálido de rabia, acudió al ayuntamiento para acusarlo, ese 21 de noviembre de 1936, ante los cuatro jóvenes que trabajaban para él, de ser un abyecto cómplice de los asesinos de Durruti, Diego puso cara de fastidio y se guardó de replicar como todos esperaban que hiciese.

La boda se celebró al día siguiente. Sin Josep. E iba a decir sin novia. En cualquier caso, sin tocado de novia, sin velo de novia, sin ramo de novia, sin

séquito de novia, sin campanas de novia, y sin niñas disfrazadas de novias. Fue una ceremonia que no tuvo de ceremonia más que el nombre, una ceremonia que no vino precedida por el tradicional noviazgo, y a la que no acompañaría la tradicional luna de miel, una ceremonia que iba a unir a dos seres que no se habían hablado nunca de verdad y menos aún habían festejado como se decía entonces, dos seres que tan sólo se habían hecho el juramento de guardar un mismo secreto toda la vida (Diego había hecho jurar a Montse que callaría al mundo entero que él no era el padre de la criatura, y Montse lo había jurado por su madre no sin advertir a ésta que quienquiera que supiese contar con los dedos caería en la cuenta de esa mentira), una mentira cuyas formalidades despachó en cinco minutos uno de los ayudantes de Diego, que los declaró unidos por los vínculos del matrimonio, hasta que la muerte los separase (añadido introducido *in extremis* con el fin de contrarrestar el carácter sumario de la celebración).

Diego se había negado a ponerse traje, pese a las exhortaciones conjugadas de doña Sol y doña Pura. Llevaba una chaqueta de algodón negro que hacía llamear su rubicundez, y Montse observó, aquel día, que una broza de pelos rojizos le obstruía las orejas.

El padre de Montse vestía el traje negro que estrenara ocho años atrás para el entierro de su cuñada, y que olía ligeramente a naftalina. El tío de Montse, a quien todo el mundo llamaba **Tío Pep**, exhibía el mismo modelo. La madre, que había soñado con una gran boda con toda la parafernalia y apenas ocultaba su decepción, se había endosado su vestido de las grandes ocasiones de tafetán negro adornado con un cuello de encaje blanco. Doña Pura se había cubierto el rostro con una mantilla (excelente iniciativa, dice mi madre). Doña Sol y don Jaume, por su parte, lucían como siempre una impecable elegancia.

Montse, que se había plegado a todo el protocolo como si una parte de sí misma estuviera ausente, como si una parte de sí misma fuera manejada desde fuera, o más bien como si una parte de sí misma percibiera todos los pormenores del acontecimiento sin que por ello la afectaran, Montse recordó que en el momento del intercambio de anillos, doña Sol se había sentido indispuesta y había habido que sentarla en un banco, alzarle el velo y darle cachetitos en las mejillas empalidecidas por una suerte de

reprobación contenida. Recordó también que en el instante mismo de decir Sí, le había venido este pensamiento loco: si el francés averiguara su paradero y acudiera un día a buscarla, para irse con él tendría que pedir el divorcio. Y la avergonzó tal pensamiento.

La comida de boda se celebró en el comedor de los Burgos.

Don Jaume, que, desde un principio, no había dejado transparentar lo que opinaba de la boda, que no había hecho ninguna objeción ni manifestado ninguna reticencia (a diferencia de doña Sol, que sufrió un ataque de nervios al enterarse), don Jaume, a quien ya nada sorprendían las rarezas humanas y en particular las de su hijo, y que parecía aceptar ese matrimonio desigual como una rareza más, don Jaume mandó descorchar una botella de champán y dirigió un pacífico brindis a los recién casados.

Los invitados (diez contando los testigos) aplaudieron y se volvieron hacia el padre de Montse a la espera de que hiciera lo mismo. Pero éste permaneció obstinadamente mudo, los ojos gachos, las gruesas manos nudosas posadas sobre la mesa; una súbita timidez le impedía soltar la broma picarona que llevaba preparada desde la mañana, pero la presencia de doña Pura, sublime de dignidad con su vestido de falla negra, le había hecho tragársela instantáneamente. Durante toda la comida, el padre de Montse se mostró incapaz de dirigir la menor frase amable a la muy austera y glacial doña Pura, a quien habían plantado a su derecha, y fue quizá el malestar que le provocaba esa incapacidad elocutiva la que lo llevó a beber más de la cuenta, pese a las recomendaciones de su esposa de no pasarse con el alcohol ni de restregarse la boca con la manga. Tanto es así que, a los postres, cuando se levantó para entonar una canción licenciosa ante Montse paralizada de vergüenza, ***Fíjate cómo se mueve mi cosita***, se trabó a las primeras palabras y se desplomó pesadamente en su silla, tras dirigirle doña Pura una de esas sonrisas heladas que harían enmudecer al tribuno político más locuaz.

Mientras intentaba recobrar el aplomo, la madre, volando en su auxilio, declaró a modo de disculpa ¡Es la emoción! Y comprendiendo que había

hallado una justificación plausible al comportamiento de su marido, quien podía pasar ante aquella «gente fina» por un personaje grosero, repitió ¡Es la emoción!

En cuanto a Montse, que había temblado durante más de quince años ante aquel a quien consideraba un ogro, un tirano, un padre irascible y brutal y el más temible de los hombres, ante aquel que había señalado la puerta a Josep con dedo conminatorio porque había osado llevarle la contraria, ante aquel que había gritado cien veces en familia que nunca se bajaría los pantalones ante **el señor don Jaume** y que le cantaría cuatro verdades a la menor ocasión, Montse descubrió aquel día a un padre desamparado, totalmente inofensivo, balbuciente, tímido, con los ojos clavados en el plato y arrugado de miedo.

Todos los presentes, por lo demás, temían que cualquiera de los comensales abordase asuntos políticos; el menor comentario sobre tal o cual organización y su actitud ante la guerra podían, a las primeras de cambio –todos lo sabían–, perturbar gravemente el buen desarrollo de la comida.

En aquella mesa se hallaban representados en efecto todos o casi todos los partidos españoles de entonces, cada cual muy puntilloso respecto a la legitimidad de su causa, cada cual animado por los más nobles sentimientos, cada cual convencido en los límites de su experiencia y del juego de sus intereses de que su posición era la única justa, y cada cual procurando socavar si no destruir el crédito del otro. Se hallaban presentes: el señor de la casa don Jaume, sospechoso de mantener contactos con los nacionales; su hermana doña Pura, que, en la intimidad, ponía por las nubes a Franco y a la Falange; el padre de la novia, que pertenecía a un sindicato socialista de pequeños terratenientes; el novio, convertido desde hacía poco a las ideas comunistas, y Montse, que se había prendado de las ideas libertarias como quien se prenda de una canción o de una cara, por un deseo infinito de poesía.

Las grandes corrientes políticas de la España del 36 y sus desavenencias, que iban a conducir, por una parte, al desastre final, hallaron allí una buena muestra en miniatura.

Los primeros meses de la vida de Montse en la casona triste y fría de los Burgos fueron de los más duros que tuvo que atravesar.

Me sentía como un mueble añadido, una silla coja en un salón Luis XV, dice mi madre. Y si hubiera podido colocarme en una ratonera, lo habría hecho. Mira, así de sencillo, donde más tranquila estaba era en el baño.

A Montse le daba la sensación de estar de más, de desentonar, o ambas cosas a la vez. Y se sintió muy desgraciada. Transportada sin transición de la austeridad de los campesinos pobres a unas maneras burguesas que desconocía, creía hacer bien comprimiendo todo gesto espontáneo para no parecer vulgar, obligándose a comer poco pensando que era una muestra de distinción, ¿Una porción de pastel? Muy poquito **por favor**, esforzándose en hablar mediante perífrasis, movida por la ingenua creencia de que el buen gusto residía en no llamar gato a un gato, temiendo ser vulgar y torpe y desmañada en su modo de comer, de moverse, de reír y de hablar, cosas todas ellas que revelan la extracción de alguien con mucha más seguridad que cualquier currículum vitae, Montse ya no era Montse.

Pendiente en todo momento de las reacciones de los Burgos, que la trataban con una cortesía ceremoniosa que, por lo demás, no se esperaba, temía constantemente «causar molestia» a los miembros de aquella familia cuyos papeles parecían repartidos con precisión matemática, y meter la pata equivocándose con las atribuciones y lugares respectivos que ocupaban.

Por su parte, se esforzaba en mantenerse en el suyo (su lugar) o en el que creía ser el suyo, haciendo las modestas aportaciones que creía que se esperaban de ella, ocupándose modestamente de la casa (la revolución había eliminado la función oficial de chacha para sustituirla por la, supletoria, de esposa, mucho más ventajosa), barriendo modestamente el suelo, despejando modestamente la mesa, guardando modestamente los platos, angustiada ante la idea de no colocar los distintos utensilios en el lugar que tenían asignado, pues cualquier desplazamiento de uno podía alterar sus relaciones con los otros y perturbar el alma entera de la casa, habida cuenta de que el orden doméstico instaurado por doña Pura no era sino la fiel representación de su alma, y su coronación.

Todo el valor que Montse había reunido los meses anteriores cuando forjaba planes de fuga o proyectaba arrojarse al vacío, se vino debajo de repente.

Se quedó muy pronto sin fuerzas. **Un trapo**. **Una fregona**.

En diciembre del 36, Bernanos fue informado del hecho siguiente, que incluyó en *Los grandes cementerios bajo la luna*. El alcalde republicano de una pequeña población de Mallorca se había buscado un escondite en un pozo cercano a su casa en el que, por temor a las represalias, buscaba refugio al menor ruido de pasos. Un día, los depuradores, avisados por una denuncia, lo sacaron de allí, temblando de fiebre, lo condujeron al cementerio, y lo abatieron de un balazo en el vientre. Comoquiera que aquel pesado tardaba en morirse, sus verdugos, un poco borrachos, regresaron con una botella de aguardiente, le hundieron el gollete en la boca y luego le rompieron en la cabeza la botella vacía.

Tengo roto el corazón, confesó Bernanos algún tiempo después. Es todo cuanto pueden romperme.

¿Cómo aguantar? ¿Cómo vivir?, se preguntaba Montse en el frío caserón de los Burgos.

Y es que Montse, la verdad sea dicha, no estaba nada bien.

No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de su primer contacto con don Jaume (y su frasecita), del que lo menos se podía decir es que no era muy alentador.

En cuanto a este último, adoptaba con ella un tono de deferencia cortés, y tan sólo contestaba con reservas a las contadas palabras que ella le dirigía, interponiendo entre ambos la distancia que mantenía en todas sus relaciones, y la que mantenía consigo mismo. (Sólo más adelante comprendió Montse que únicamente la delicadeza inherente a su manera de ser impedía a don Jaume manifestar la simpatía que ella le inspiraba, pues se

prohibía a sí mismo expresar a sus allegados sus buenos sentimientos y sus virtudes amables.) Ante él, se sentía una tonta.

El hombre la impresionaba. Como impresionaba a todos los aldeanos.

A estos últimos les parecía excéntrico, peregrino y extravagante, pero esos rasgos, en el fondo, les gustaban. Acogían con indulgencia divertida lo que se les antojaban caprichos de aristócrata: sus atuendos de señor (pues no se plegaba a la moda de «trabajador», que hacía furor en la época), sus guantes de cuero, su sombrero de fieltro negro en cuya badana aparecían sus iniciales JBO, su amor incomprensible a los libros (¡se decía que poseía más de siete mil! Pero ¿dónde se metía todo eso en la cabeza?) y su desmesurado saber (¡se decía que hablaba tres idiomas, cuatro con el catalán!, que conocía el nombre de una decena de planetas y la palabra latina que designaba los garbanzos, *Cicer arietinum* para los ignorantes).

Bon vivant, desenfadado, exquisito, menos rico de lo que fingía ser, de una cortesía levemente ceremoniosa con todos, incluida su mujer, poco preocupado por los asuntos religiosos de los que era fanática su hermana doña Pura, de humor estable y más bien proclive a la jovialidad salvo en lo concerniente a su hijo, que le hacía pasar las mil y una (dice mi madre), se mostraba amable con todos los aldeanos, bromeaba con ellos llegado el caso, se informaba de su producción de olivas y de avellanas, tenía para cada uno una frase de aliento, y conocía los apellidos, nombres y edad de los hijos de todos los campesinos a su servicio, lo que hacía decir a éstos Don Jaume tiene educación pero no es nada creído, es sencillo.

Con su hermana doña Pura, había adoptado desde los comienzos de la guerra ese tono paciente que se utiliza con los adolescentes cuyas travesuras se intenta disculpar. Pero a veces, cuando tenía ganas de broma, le decía, guasón, Como te oigan los rojos, te van a patear el culo, a no ser que te violen. Ante lo cual doña Pura, abochornada, se daba media vuelta sin decir palabra, la espalda estremecida de indignación contenida, o bien se encogía de hombros con desprecio, amparada en la información que había leído la misma mañana en su periódico: un acorazado *Nuremberg* cuya bandera portaba la cruz gamada acaba de entrar en el puerto de Palma, una buena noticia, por fin, que le subía la moral.

En lo referente a la gestión de las tierras, don Jaume delegaba ciegamente

en su administrador Ricardo, a quien Diego llamaba el lacayo. El joven, de cara huesuda y temblorosas pupilas, a quien había contratado de adolescente y que le mostraba una devoción llena de reverencia (y un total servilismo, decía Diego), se ocupaba de los campos con el mismo amor y orgullo que si fuesen suyos, acatando sin fruncir el ceño cualquier petición de su amo, cuya consideración le halagaba secretamente. El joven, por lo demás, mostraba la misma abnegación con doña Pura, y, para comodidad de ésta, llevaba a la misa del domingo un pequeño banco de madera donde ella colocaba los pies, función humillante en el sentido etimológico de la palabra (quiero decir consistente en rebajarse hasta el mantillo, hasta el suelo) que le hacía merecedor del despiadado desprecio de Josep y de Joan, y del apodo de **El Perrito.**

Don Jaume era una lumbrera, me dice mi madre.

Se pasaba horas encerrado en su biblioteca, y para Montse, que nunca había visto a nadie a su alrededor que se entregase a la lectura por mero placer, aquella ocupación lo aureolaba con un prestigio que la dejaba de piedra.

Hablaba un castellano castizo, es decir, de perfecta pureza, aunque alguna que otra vez lo adornaba con un juramento de lo más musical. Y Montse veía en su modo de expresarse, brillante, ingenioso, el mismo lujo de los objetos de la casa que tanto le impresionaba, y una prueba irrefutable de la elevación de su mente. Entonces, para situarse si no a la misma altura al menos al nivel de una alumna estudiosa (con objeto de mear más alto, resumió mi madre, incapaz de desperdiciar tan hermosa ocasión de soltar una grosería), se dirigía a él con frases afiligranadas, tan afectadas como pretenciosas, y con el tono rebuscado de su institutriz sor María del Carmen, que decía excusado en vez de váter, subir al cielo en vez de diñarla, seguir los caminos del Señor en vez de cerrar el pico, y otros delicados y católicos eufemismos.

Montse se sentía cada vez más incómoda en presencia de doña Pura, quien esbozaba una sonrisa dolorida cada vez que a Montse se le pillaba en

falta su conocimiento de los buenos modales, es decir, constantemente. Mi madre recordó que un día, tras envolver un viejo par de zapatos en un ejemplar de *Acción Española* (mi madre: **un periódico para limpiarse el culo**), doña Pura, para la cual aquella revista era sagrada, comentó así la cosa a su hermano: ¡Pobre niña, desconoce el sentido de los valores! ¡Pero viniendo de donde viene!

Y por más que doña Pura le repitiera con suavidad muy cristiana y más violenta que todas las violencias: Está usted en su casa, hija, Montse se sentía tan poco en su casa que regularmente le entraban ganas de ir a ver si en otro sitio lo estaba más. Otro sitio ¿pero dónde? Aquí hacía frío. En otro sitio era inconcebible: estaba metida dans une trampe, me dice mi madre. ¿Dans une trampe?, digo. Dans une trampe, me dice mi madre.

Así y todo, doña Pura tenía su mérito: acogía en su propia casa a aquella pobre niña, zafia y sin una perra, ¡que comía pan untado con ajo!, ¡que lamía el cuchillo después de utilizarlo!, ¡que no sabía ni jugar al bridge!, ¡que no sabía más que cascar avellanas y ordeñar a las ovejas!, ¡y cuyo hermano invocaba a una especie de Anticristo moderno seguido por una tropa de zafios en camiseta, pobre España!

Incluso buscaba tiempo para charlar con ella a pesar de sus migrañas. Bobadas, naturalmente, porque la niña no tenía conversación. Pero doña Pura, en cuestiones de caridad, no miraba el gasto. Por amor de Cristo, estaba dispuesta a aceptar cualquier sacrificio. Pero la consolaba la idea de que el matrimonio civil que ligaba a aquella pobre campesina con su sobrino era pura filfa, y que sólo tendría que soportar su presencia hasta el día, inminente sin la menor duda, de su divorcio.

Hasta que, por no sé qué misterio digno de un alma novelesca, doña Pura se apasionó por el enlace contra natura de Diego con aquella pobretona, enlace en el que creyó reconocer las peripecias sentimentales de ***La guapa y el aventurero***, una novela en la que el amor se reía de las barreras sociales, una novela lo que se llama una novela, recreativa, ágil, instructiva por añadidura, que le arrancaba lágrimas por lo bien que sabía dar con los caminos insólitos de su corazón, y que leía por las noches antes de dormirse, alternándola con los Evangelios y *Acción Española*. Desde entonces, se asignó la misión de hacer una obra pía con esa buena chica de escasa cultura

y un tanto rústica: iniciándola en modales si no principescos, cuando menos correctos, al tiempo que le inculcaba los rudimentos de una buena educación: la suya, a fin de que se educase si no al nivel de su esposo, dos grados menos.

Pero tan noble misión, que acaparaba ya una parte de su mente, no anulaba ni mucho menos los innumerables dolores de su carne mortificada. Y cuando Montse le preguntaba por su afección del día con ese tono que se adopta con aquellos a quienes se debe consideración sin que inspiren auténtica simpatía, la doliente doña Pura, voz moribunda y llena de sobrentendidos, contestaba con espantosa dulzura Prefiero no decir nada, al tiempo que se aplicaba en la frente un pañuelo impregnado de vinagre para mitigar la migraña que le trituraba el cerebelo.

De ese modo daba a entender a la par la violencia de su mal y el atento cuidado que ponía en no incomodar a sus allegados. Pero a fin de que nadie olvidara que sufría en silencio, exhalaba a intervalos regulares un suspiro que parecía ascender de lo más hondo de su ser, mientras abría ostensiblemente un frasco de jarabe reconstituyente (poseía todo un muestrario) del que ingería una cucharada sopera con una mueca de asco.

Montse juzgaba entonces indicado adoptar el aire compasivo requerido, al tiempo que vociferaba para sus adentros Cierre el pico. ¡Cierre el pico o la muelo a palos!

¿Quieres hacerme el favor, me dice de repente mi madre, de hacer desaparecer el jarabe para la tos que está en la nevera? Me recuerda muy nefastamente a doña Pura.

En los comienzos de su vida con los Burgos, Montse halló algún alivio junto a doña Sol, feliz de encontrar en ella a una aliada que no se esperaba, y que comenzó muy pronto a quererla como si fuese la hija que había esperado.

Porque doña Sol había esperado con locura la llegada de un retoño salido de sus entrañas, como se decía antes. Había rezado a la Virgen. Había encendido decenas de cirios. Se había tomado ocho tipos de infusiones.

Había seguido un régimen a base de conejo. Se había colgado del cuello un collar de escapularios. Había consultado a los médicos de la ciudad y a una comadrona. Pero todo ello sin éxito. No puedes imaginarte, me dice mi madre, a lo que llegaba antiguamente la vergüenza y el dolor de las mujeres infecundas.

Doña Sol pensaba que la aparición de Diego la consolaría de aquella horrorosa tara que «arrebataba al lecho conyugal sus más deseados frutos». Pero la hizo, en cierto modo, aún más horrorosa.

Por eso, cuando Montse llegó a aquella casa, joven, guapa y lozana como una rosa, doña Sol, privada de amor maternal, creyó ver caída del cielo a la hija de su corazón y trasladó a ella la ternura de la que rebosaba.

Más exactamente, la inundó con ella.

No había día en que no le mostrara su afecto de uno u otro modo, haciéndole **mantecados**, sus pastas preferidas, preparándole para merendar una taza de chocolate tan espeso que se podía hincar en medio una cuchara, mendigando su compañía con ojos ávidos, abalanzándose en la cocina en cuanto la oía trajinar en ella, manteniéndola en el salón por el más insignificante asunto, atribuyéndole deseos que Montse no expresaba y apresurándose a satisfacerlos, mimándola inmoderadamente en aquellos tiempos de privaciones, regalándole zapatos con tacones último modelo, collares de brillantes y toda suerte de perendengues para uso femenino que Montse arrojaba al fondo de un armario de donde no volvían a salir, pendiente con celosa atención de sus menores emociones, buscando sus elogios, recriminándole su reserva, que se le antojaba una forma de rechazo... Doña Sol se abandonó a ese estallido de sentimientos maternales que se había visto obligada a reprimir dolorosamente durante más de veinte años y a los que de pronto daba rienda suelta.

Y Montse, que los había recibido con alegría al principio, acabó asfixiándose. Aquellas zalamerías, aquellas explosiones oblativas, todos aquellos presentes hechos con atormentada vehemencia y que eran otras tantas peticiones sedientas de amor, otras tantas imploraciones, no le proporcionaban el menor tipo de placer. Lo que es más, la angustiaban. Y cuando se obligaba, al recibir aquellos regalos no deseados, a esbozar una

sonrisa bien interpretada mientras decía Gracias muy amable, le costaba fingir la expresión de una alegría que no sentía.

No conseguía embelecarla, valga la palabra, me dice mi madre. Asegurarle que sus pastelitos eran los mejores del mundo, y hacerle esas declaraciones maravillosas que los hijos hacen a sus madres, cuando notan que están tristes y faltas de riego.

Montse intentaba extraer del fondo de sí misma un poco de conmiseración, un poco de indulgencia y dársela a aquella mujer a la que sentía frágil, desgarrada por las frustraciones, rota, desesperada sin la menor duda. Pero mi corazón, por aquel entonces, me dice mi madre, estaba tan seco **como el chocho de doña Pura**, perdona la gracia.

A veces, por hastío, hacía el paripé.

Otras veces, incapaz de aguantar, le contestaba mal.

Un día en que doña Sol, al verla triste, se lanzó a consolarla elogiando los indecibles e innumerables placeres de la maternidad que la esperaban, Montse contestó con tono gélido: las hienas también tienen hienitas y se quedan tan anchas. Al oírla, doña Sol prorrumpió en sollozos. Mi madre recordaba perfectamente que se sintió despiadada con aquella mujer que intentaba aprovecharse de su tristeza para recoger unas migajas de afecto, ¡**y eso no! ¡no! ¡y no!**

Negándose a dejarse enredar en una historia que no era la suya, incapaz de fingir una falsa ternura ante una mujer que le inspiraba un invencible desafecto, se mantenía aun así pendiente de no lastimarla, lo que exigía por su parte sabias dosificaciones de afabilidad y de distanciamientos calculados. Pero a veces, las contemporizaciones a que se sometía no tenían más salida que la mentira. Entonces, ponía cara de circunstancias y pretextaba razones dignas: una visita a Rosita de carácter urgente, o una obligación imperiosa con su madre indispuesta. Tras lo cual, salía a todo correr, caminando por el campo como si la persiguiera alguien, y en realidad la perseguían su culpabilidad, sus remordimientos, la sensación de haber construido con sus propias manos su propia jaula, y la voz que le decía **No es vida, no es vida, no es vida.**

Otras veces alegaba un supuesto dolor de cabeza que la sustraía, **lo siento muchísimo**, a la cháchara de la sobremesa que en principio rellenaba la

tarde, y se retiraba a la habitación conyugal, que se había convertido en una suerte de compartimiento estanco. Allí, tumbada en el gran lecho nupcial de caoba, pasaba horas perdida en sus pensamientos, si pueden llamarse pensamientos a esas ideas nebulosas que cruzan la mente como corrientes de aire, esas imágenes huidizas, esos jirones dispersos, esos retazos que no dejan huella alguna. Aburriéndose más allá de toda expresión, veía descender la luz violácea sobre los olivares, o seguía con los ojos el trayecto de una mosca perdida (como yo, dice mi madre).

En ocasiones se inventaba cosas tristes. Imaginaba la muerte de su madre al caer por las escaleras o la de su hermano atropellado por un coche, cosa harto probable, dado que por las calles del pueblo sólo circulaban dos automóviles: el Hispano Suiza de don Jaume y la camioneta destartalada del padre de Joan, luego se imaginaba a sí misma siguiendo entre sollozos sus carrozas fúnebres en medio de una multitud oscura y recogida. Otras veces hablaba sola como hacen los niños solitarios, hasta que, oyendo un ruido en el salón, se callaba bruscamente, dándose cuenta de pronto de que monologaba.

O bien se dedicaba a ocupaciones como las siguientes, citadas por orden de importancia creciente:

– confección de unos escarpines azul cielo con el punto llamado de malla para el niño que llegará,

– ensoñaciones fantasiosas relativas a una carrera de cantante, y elaboración de situaciones combinando una fuga lejos del pueblo y el encuentro con Juanito Valderrama, su **cantaor** preferido, encuentro que se topaba con numerosos obstáculos, ya que el **cantaor** al parecer se había alistado en el ejército republicano, – lectura del libro de Bakunin que su hermano le había regalado en junio y que ocultaba bajo una pila de sábanas en el armario de su habitación, lectura que poseía el poder de adormecerla en un dos por tres, – visitas a su madre, que le impartía repugnantes consejos sobre el modo de poner y quitar los pañales a un niño de pecho, **así y así**, operación acompañada del examen de sus cacas, color y consistencia, más lavado de su trasero, más secado, puesta de pomada, untado con crema, espolvoreo con talco y otras asquerosidades, – confidencias con Rosita respecto al Acto, considerado como una incomodidad añadida, ¿era

eso normal? ¿Existían estimulantes? ¿Debía fingir gemidos de placer? A lo cual Rosita contestaba Piensa en Jean Gabin (su ídolo desde que lo vieron en ***La bandera)***, o lo acabas con la mano, – visitas a la Maruca en su tienda de ultramarinos y comentarios consternados sobre el presidente de la República Manuel Azaña, que era un blandengue y un **achucharrado**, ¿qué espera para hacer apoquinar a los ricos y sacarles los impuestos que se merecen?

– especulaciones relativas a lo que abrumaba a su hermano aparte del enfado entre ellos. ¿A qué obedecía esa rebeldía? ¿Y esa desesperación? ¿Era una causa interna o externa?

– y ambiciosos interrogantes sobre los motivos de que su marido se hubiera vuelto hasta tal punto maniático, a sabiendas de que le faltaban elementos para desentrañar la génesis de tamaña patología, suponiendo que pudiera desentrañarla.

Un día en que mi madre y yo mirábamos en la televisión a Nadal jugar contra Federer y estirarse convulsivamente del pantalón, mi madre se puso a enumerar entre risas todas las rarezas de Diego, sus manías recalcitrantes, sus tics torturantes, sus extrañas chifladuras, en primer término de las cuales la limpieza, una chifladura en todo punto DESPÓTICA, que lo llevaba a desinfectarse las manos veinticinco veces al día, a deslizar obsesivamente el dedo bajo su escritorio para detectar la menor mota de polvo, a cambiarse de camisa todas las mañanas, lo que por entonces rozaba el trastorno mental, y a lavarse los pies cada noche que nos da Dios, pues las normas de aquel tiempo estipulaban un lavado semanal, incluso mensual, dado que la aversión a los elementos acuosos se consideraba una innegable señal de virilidad, **a un hombre de verdad le huelen los pies**.

Igualmente puntilloso tanto respecto al orden como a la limpieza, antes de acostarse colocaba con celo maniático el pantalón sobre una silla tras doblarlo impecablemente en dos e igualar impecablemente la longitud de ambas perneras (lo cual tenía el don de exasperar a Montse, que, por una suerte de muda protesta, arrojaba la ropa de cualquier manera). Y

controlaba sus emociones con el mismo rigor con el que ordenaba su ropa; manifestaba una capacidad de contención de lo más asombrosa, reprimiéndose por ejemplo para formular a Montse la pregunta que le ardía en los labios desde hacía meses, una pregunta que tenía siempre en la cabeza y que literalmente le minaba (se lo confesaría mucho después): ¿seguía queriendo al hombre que le había hecho un niño?

Y todas esas manías de Diego, su paranoia por el orden, sus furores higiénicos, su estreñimiento tanto psíquico como físico, y sus largas estaciones en el W.C., venían a reforzar la retención, la reserva, la reticencia (todas esas palabras me parecen un poco exageradas, me dice mi madre) que a ella le inspiraba, por más que no cesara de repetirse, para convencerse, que le debía el haberle salvado el honor (expresión de su madre) y, por consiguiente, un eterno agradecimiento.

Pero esa reticencia contra lo que luchaba cuanto podía se transparentaba pese a sus esfuerzos, más llamativa sin duda porque Diego, para su sorpresa, se mostraba tan tiernamente enamorado con ella como frío y reservado en público (porque a Diego, todo hay que decirlo, le hacía feliz la presencia de Montse, que le gustaba por encima de todo, y lo llenaba de orgullo la idea de que ella le hubiese confiado su vida).

Con frecuencia le cerraba el paso, la detenía cariñosamente, sujetándole las muñecas y, mostrándole la mejilla cubierta de barba rojiza, reclamaba **un besito, hay que pagar**, mientras Montse se escapaba de su abrazo pretextando cualquier urgencia doméstica.

Luego Montse se sentía culpable, culpable sin duda de no amar como deseaba a un marido que la había salvado del deshonor e incluso sin duda salvado a secas, culpable de su ineptitud para la función matrimonial tan alabada por su madre y su tía Pari, y culpable de estar demasiado cansada y ser demasiado mayor, pensaba, para querer a otro hombre por amor, cuando acababa apenas de cumplir dieciséis años.

Se decía para sí misma **No es vida, no es vida, no es vida**.

Para Bernanos, en Palma, aquello tampoco era vida, es lo que imagino y

permite imaginar la lectura de *Los grandes cementerios bajo la luna*.

En marzo de 1937, decidió abandonar Palma y se embarcó con su familia en un navío francés. Se habían cometido demasiadas abominaciones en el suelo de España y demasiados crímenes corrompían el aire.

Pensaba que había tocado el fondo del hedor.

Había visto al obispo-arzobispo de Palma extender con indecencia sus manos venerables por encima de las ametralladoras italianas: ¿lo he visto o no?, escribía. Había oído cien veces gritar VIVA LA MUERTE. Había visto «cómo las cañadas de la isla recibían regularmente su cosecha de descreídos: obreros, campesinos, pero también burgueses, farmacéuticos, notarios».

Había oído a Fulano, que creía que formaba parte del bando de los asesinos, confesarle con los ojos bañados en lágrimas: Esto es demasiado, no puedo más, mire lo que acaban de hacer, y describir un asesinato abominable.

Había leído cierta prensa, asquerosamente cobarde, que permanecía totalmente muda ante las tropelías franquistas. Hay algo, decía, mil veces peor que la ferocidad de los brutos, y es la ferocidad de los cobardes.

Había leído el poema de Claudel «con los ojos llenos de entusiasmo y de lágrimas», en el que cantaba su santa admiración por los depuradores, Claudel a quien Shakespeare habría llamado crudamente hijo de puta.

Había visto a gente de bien convertirse al odio, gente de bien a quienes se brindaba por fin la ocasión de sentirse superiores a otros, sus iguales en miseria. Había escrito esta frase que podría haberse escrito esta misma mañana, hasta tal punto puede aplicarse a nuestro presente, «Creo que el supremo servicio que puedo prestar a estos últimos (la gente de bien) sería precisamente prevenirlos contra los estúpidos o los canallas que explotan actualmente, con cinismo, su gran miedo».

Durante mucho tiempo, había intentado aguantar firme, no por desafío, ni siquiera esperando ser útil, sino antes bien por un sentimiento de solidaridad profunda con la población palmesana, cuya angustia y miedo literalmente pavoroso compartía.

Pero en marzo había alcanzado el umbral de lo que podía humanamente soportar.

Y así, Bernanos regresó a Francia, con un oscuro presentimiento en el

corazón: el horror del que había sido testigo impotente en Palma no era quizá, no era sin duda, sino la prefiguración de otros horrores venideros. Y escribió lo siguiente: «No me cansaré de repetir que un día u otro podremos llevar a cabo la depuración de los franceses según el modelo de la depuración española, bendecida por el episcopado... No se inquiete usted, me murmuran al oído Sus Señorías. Una vez embarcados, cerraremos los ojos. Pero si lo que no quiero es que cierren los ojos, Monseñores...»

Bernanos puso nombre al mal futuro, aun a riesgo de incurrir en los abucheos de los optimistas, que esperaban encontrar no sé qué escapatoria y gastar pólvora en salvas en vez de admitir los hechos, esos optimistas de quienes Bernanos decía que procuraban ver el mundo en color de rosa para evitar compadecerse de los hombres y de las desdichas que padecían.

Bernanos puso nombre al mal futuro, y lo pagó caro. Pero el futuro, como sabemos, le daría la razón, ya que tres años después castigaría a Europa con un horror que dejaría chiquitos todos los demás.

Entretanto, y por transmitir un mensaje libre a un mundo que no lo era, Franco puso precio a su cabeza (escapó por poco a dos intentos de atentado). Y en Francia, su última crónica sobre la guerra de España, publicada por la revista *Sept*, fue censurada por los dominicos, acusados de propagar la ideología comunista.

Conviene señalar que Gide, que se sumó de entrada a la causa de la República española, sería en el mismo momento acusado de traición por haber criticado en *Retour de l'URSS* (publicado en el 36) al régimen soviético. En definitiva todos los fanatismos se parecen, y todos son equiparables.

La misma acusación recibieron en España quienes se arriesgaban a criticar, incluso con la boca pequeña, los métodos comunistas. Luis Cernuda, León Felipe, Octavio Paz, por citar sólo a éstos, fueron vigilados, interrogados y metidos en vereda por los comisarios rusos con gafas circulares, en su afán de rectificar sus supuestos desvíos.

Malos tiempos para Bernanos.

Malos tiempos para quienes desconfiaban de las sujeciones cualesquiera que fueran y obedecían a su conciencia antes que a los doctrinarios de uno u otro bando.

Ligero claro en el cielo de Montse, que empezaba a descubrir algún color, algún encanto, algún bienestar en su nueva vida. Dos golondrinas habían construido su nido en el cobertizo abierto, y lo celebró como un buen presagio. Nunca había visto una primavera tan hermosa.

Una noche, Diego, que no bebía, ni fumaba ni comía en exceso, que incluso era de una sobriedad espartana, regresó con paso vacilante y aliento con tufillo a whisky. Nada más entrar en el dormitorio donde estaba Montse, le echó cariñosamente sus brazos rojizos al cuello y, clavando sus ojos en los suyos, le preguntó si se alegraba de que fuese su esposo.

Montse estuvo a punto de contestarle No lo sé. Pero al verlo tan serio y casi suplicante, mudó de opinión,

Estoy bien, estoy bien.

Él necesitaba oírselo repetir. ¿De verdad?

Estoy bien, estoy bien.

Entonces Diego, que no quería oír más,

Si tú estás bien, yo también lo estoy.

Y en el fondo de sí misma, Montse le agradeció que no intentara sondear unos sentimientos de los que no estaba segura.

Poco a poco fue mostrándose más indulgente con él, prometiéndose quererlo más, y más indulgente consigo misma. Y como no era proclive a perseverar en una pena lánguida, como no tenía ninguna disposición para la desdicha y menos aún para sus demostraciones, no tardó en recobrar toda su vitalidad, recobró la noción del tiempo, la noción del tiempo mesurada que había perdido desde el mes del Esplendor, quiero decir desde el mes encantado de agosto del 36, recobró el aire de bondad que don Jaume confundió sin duda, un año atrás, con ese aire modesto que no es sino su forma medrosa (confusión habitual, a fin de cuentas, en ese intento por parte de algunos de devaluar la bondad, virtud de los gilipollas, como dicen), recobró su aire de bondad, su aire de bondad informada como escribía Péguy a propósito de Lázaro, es decir, no esa bondad de los inocentes y de los simples, no la bondad de los ángeles ni de las mosquitas muertas, sino la

bondad despreocupada, la bondad clarividente, la bondad que sabe de la noche de los hombres y la supera, o al menos que intenta superarla.

Así pues, todo fue a pedir de boca durante aquella primavera del 37, a pesar de la guerra que no se acababa nunca, y a pesar de las peleas que estallaban regularmente entre Diego y su padre.

Porque debo dejar claro que, no obstante la admiración (mezclada de resentimiento) que Diego sentía por su padre y que ponía buen cuidado en ocultar, y el afecto silencioso que don Jaume profesaba desde siempre a su hijo, un muro separaba a los dos hombres.

Ambos se habían encerrado, durante años, en una patética imposibilidad de hablarse, sin intentar desde hacía tiempo romperla, sin intercambiar más de tres palabras al día, atrapados en una incomprensión recíproca que se había convertido en una costumbre tan firmemente establecida como la de saludarse o despedirse.

Pero desde el desencadenamiento de la guerra, esa incomprensión en definitiva moneda corriente entre padre e hijo se había cargado de violencia. Y, con ser don Jaume hombre apacible e indolente, la tensión entre ellos había crecido al máximo y las agarradas eran frecuentes. El enfrentamiento mudo que había sido el habitual durante años, explotaba ahora por cualquier menudencia; cualquier detalle podía originar violentas controversias. ¿Había que confiar, sí o no, en el administrador? ¿Era decoroso, sí o no, utilizar el palillo de dientes al final de una comida? ¿Había que celebrar, sí o no, el Día de la Raza española? Todo ello era motivo de contrariedades, de irritaciones o de conflictos entre los dos hombres, si bien ambos intuían que las causas reales de sus disentimientos poco tenían que ver con aquello.

Cuando las conversaciones, en la mesa, giraban en torno a la guerra y la política que había que llevar a cabo para ganarla (porque la guerra, me dice mi madre, era el tema principal de todas las discusiones), Diego, quien no concebía que pudiera optarse por otro extravío que el suyo, reprochaba a su padre que diese políticamente la espalda a su siglo y siguiera hundido en las

aguas fangosas de la vieja España. El mundo ha cambiado, le espetaba con brusquedad, ya no es el de su juventud. Sus campesinos no aceptan ya que se les trate como esclavos, y no tardarán en expulsarlo de sus tierras.

Don Jaume sacudía la cabeza, su madrastra y su tía ponían cara de espanto, y Diego disfrutaba secretamente provocándolos.

Oyendo a su hijo, don Jaume lentamente cobraba conciencia de que envejecía. No estaba ya nada seguro de la legitimidad de las ideas que preconizara a los veinte años cuando aún le interesaba la política. Joven burgués con un barniz de socialismo, había profesado, resumiendo, un humanismo elegante, que poseía la ventaja de no vulnerar sus privilegios, pues consistía en deplorar la opresión del pueblo y el poder irracional del dinero, sin renunciar por ello a este último, y dejando a los intelectuales y los poetas la labor de expresar en su lugar su muy profunda y sincera consternación por la miseria reinante.

Ahora, entre la indolencia de las posiciones progresistas que abrazara de estudiante, la pesada carga de una tradición familiar encarnada por su hermana doña Pura, y la rigidez doctrinal de un Stalin y las monstruosidades que engendraba, don Jaume se negaba a elegir. Su lucidez y su inteligencia chocaban con esas tres posturas (la libertaria ni la concebía), que le parecían acarrear engaños y cegueras. Peor aún, pensaba que estar afiliado a un dogma, a una causa, a un sistema, y no plantearse otra cosa que ese dogma, que esa causa, que ese sistema, era el mejor modo para un hombre de convertirse un día en un criminal. De ahí no pasaba. Y ello pese a que Diego le repetía una y otra vez que no tomar partido cuando la guerra exigía que todo el mundo se comprometiese no era sino un modo de escurrir el bulto típicamente reaccionario. Una cobardía de lujo. Una claudicación que él vestía con el nombre pretencioso de escepticismo.

Y así, a pesar de los virulentos reproches de su hijo (que le afectaban sin que se lo confesase), de las pérfidas insinuaciones de algunos (que no tenía más convicciones que las económicas) y de las presiones sesgadas de todos (para que se declarase claramente de uno u otro bando), don Jaume siguió siendo el único del pueblo en no pronunciarse por ningún bando, y el único en constatar, no sin que se le encogiera el corazón, la locura de los hombres y la locura de su siglo.

Esa posición de mantenerse al margen, que obedecía tanto a su situación como a su carácter, escandalizaba a Diego. Inspiraba a este último palabras duras. Y esas palabras hacían volar en pedazos el tranquilo despego de don Jaume.

Mi madre recordaba que un día padre e hijo habían estado a punto de llegar a las manos por el estúpido asunto de unos huevos fritos. Don Jaume pretendía que había que echar una gran cantidad de aceite en la sartén para que las claras quedaran bien crujientes; Diego afirmaba, indignado, que había que ahorrar materias grasas dado el incierto futuro que planteaba la guerra, pero (dirigiéndose a su padre) Eso a usted le importa un pimiento, claro, mientras siga recibiendo sus rentas. Don Jaume se había levantado bruscamente de la silla, Diego había hecho lo propio a los pocos segundos, y ambos se habían erguido frente a frente, midiéndose con los ojos. Dos gallos.

Don Jaume, tan apacible de ordinario, había dicho, rostro severo y sin la menor muestra de esa ironía sonriente con la que solía reaccionar ante lo que le desconcertaba, Te prohíbo que

Doña Sol,

Vamos, vamos.

Diego, volviéndose hacia Montse como para que fuese testigo de la actitud inadmisible de su padre,

Está claro que lo que más ofende es la verdad.

Y Montse no decía nada, no expresaba nada, pero para sus adentros no dudaba en dar la razón a don Jaume.

Porque cuanto más pasaban los días, más se daba cuenta Montse de que, cuando padre e hijo se enfrentaban, ella se inclinaba interiormente por don Jaume. Y es que entre ella y don Jaume comenzaba a nacer una suerte de simpatía discreta. Amparados en cierto modo por su vínculo de parentesco, se permitían poco a poco una libertad que Montse nunca habría creído posible unos meses atrás, convencida de que una persona de su condición tan sólo podía suscitar, a ojos de su suegro, indiferencia o desdén.

Un día en que tomaban juntos el café en el salón, don Jaume se volvió hacia Montse, posó suavemente la mano en su brazo, su mano blanca y femenina como son las manos de los ricos, y le pidió Montsita, ¿puedes encenderme el cigarrillo? Y ese Montsita sumado al suave contacto de su mano había obrado en Montse el efecto de un bálsamo (mi madre: ¡por qué será!), y a partir de ese día la llamó siempre con ese cariñoso diminutivo, cosa a la que ni su padre ni su hermano ni su esposo se habían atrevido nunca, por pudor o por temor a parecer blandos. Al hombre español (dice mi madre) le hacen sentirse ridículo las palabras afectuosas, que se les antojan terreno exclusivo de las mujeres. El hombre español, cariño, tiene una idea muy puntillosa de su virilidad, muy protuberante, por decirlo así, y se pasa parte de la vida repitiendo que tiene un par de y que le gusta, qué pesadez. Al hombre español, Lidia, cariño, hay que esquivarlo a toda costa. Te lo he dicho mil veces.

Las últimas reticencias de Montse con respecto a don Jaume se disiparon de golpe.

Y Montse descubrió que, tras el despego de que hacía gala, se ocultaba un afecto a los demás, una dulzura, una ternura que Diego había constantemente rechazado al tiempo que la deseaba y que ahora salía a la superficie, una ternura que los años habían degradado pero no hasta el punto de destruirla.

Sin llegar nunca a declarárselo, don Jaume y Montse se sintieron felices en presencia el uno del otro, experimentaron una afabilidad que nadie les había inspirado nunca, una complicidad inédita y gozosa, y un incremento de fuerzas morales que les resultó sumamente beneficioso.

Montse soportó mejor los discursos vehementes de doña Pura contra las hordas rojas de los proletarios que destruían las empresas, ¿y con qué fin?, ¡con el fin de rascarse la barriga!, ¡sí señor!, y los lancinantes gemidos que le ocasionaban sus sensibilísimos y católicos órganos.

Por su parte, don Jaume, que siempre había buscado muchas excusas para ausentarse de casa y pasar las veladas en una aldea cercana con su amigo Fabregat tomando vermuts con sifón, descubrió el placer de permanecer con «sus tres mujeres», y jugar, **como un tonto, como un niño**, a barcos o a la lotería con ayuda de garbanzos y habichuelas. En el fondo de

sí mismo se alegraba de que las peripecias de la guerra y la personalidad de su hijo le hubiesen traído de algún modo a su nuera Montse en bandeja.

Don Jaume, durante aquel periodo, se sintió secretamente rejuvenecer, y Montse secretamente «educarse», como habría dicho doña Pura.

Junto a don Jaume, Montse aprendió que las atenciones corteses atemperan los vínculos y no son forzosamente sinónimos de melindres de gachís (como afirmaba su padre), ni de mojigatería burguesa (como afirmaba Josep). La guerra, decía don Jaume, no debe convertirnos en salvajes. A lo cual su hijo replicaba al instante que salvajes eran los que explotaban a los campesinos pobres, y la atmósfera del salón se cargaba en el acto de nubarrones.

Aprendió, a ejemplo suyo, a vestirse con esmero (don Jaume era el único hombre del pueblo que vestía elegantemente ya que, desde los acontecimientos de julio, todos se esforzaban en vestir como pobres y en conservar la misma camisa mugrienta varios días seguidos con el fin de no resultar sospechosos de ser enemigos de clase. Los rojos se mostraban los más puntillosos al respecto). Aprendió palabras finas como congratularse, perecer o cometer un error, que nadie había utilizado nunca ante ella y que le parecían ampliar considerablemente su espacio mental.

Aprendió el gusto por las cosas hermosas, ramos de dalias dispuestos sobre las mesas, cubiertos ordenados con perfecta simetría, platos presentados con arte y gracia. Y conservó ese gusto toda la vida, y fue, en el periodo de su exilio francés, un modo de resistir (de resistir a la nostalgia, pero sobre todo de resistir a la pobreza a la que la condenó el magro salario de Diego, que encontró trabajo de obrero en la empresa Mir, en Toulouse).

Con frecuencia Montse y don Jaume rompían juntos a reír y muchas veces sin motivo, o mejor dicho por el único motivo de que les ponía alegres, siendo tan diferentes, el sentirse tan cercanos el uno del otro. Teníamos caracteres muy risueños, me dice mi madre, y cierta similitud filosófica, cool como dirías tú, pese a estar él arriba y yo abajo. Montse y don Jaume tenían en común el sentimiento de que su mundo se desmoronaba, él el mundo que había aprendido a considerar como estable, con sus tradiciones antiguas un poco desempolvadas por un socialismo de buena ley, ella el de sus sueños y quimeras que habían encantado sus quince años y que veía

disolverse a diario en los ojos de su hermano, pero uno y otro sin ninguna nostalgia ni ninguna conmiseración, decidiendo adoptar casi siempre un tono distendido, contrarrestando los dramas familiares que estaban a punto de estallar y desviándolos hacia zonas políticamente neutras (especialmente dietéticas: ¿quiere los garbanzos en ensalada? ¿o en **cocido**?) y burlándose amablemente de los rígidos dogmas de Diego con la esperanza de mitigarlos, y de los aún más rígidos de doña Sol, pero sin esperanza de que se mitigaran. Era como hablar a una pared.

Por primera vez en mucho tiempo, Montse y don Jaume sintieron un calor en el corazón, una confianza, un abandono, una afinidad profunda, y, a pesar de sus diferencias, la sensación de que, ¿cómo decirlo sin caer en la cursilería? Digamos que sintieron **amistad** (mi madre me dice que en español la palabra tiene más lustre, bueno).

Un día en que Diego estaba de guardia en el ayuntamiento, doña Sol retirada en su cuarto y doña Pura acostada (las dos oportunamente indispuestas), don Jaume y Montse se encontraron solos, después de cenar, en el salón.

Hacía tiempo que Montse deseaba ese mano a mano. En varias ocasiones había hecho acopio de fuerzas para hacerle una confesión, pero lo había impedido la llegada inopinada de uno u otro miembro de la familia.

Aquella noche, después de servir un coñac a don Jaume, que le había declarado con una sonrisa ¡Mi reino por un coñac! (¿por qué mi reino?, me dice mi madre, ¡qui lo sa!), se acomodó frente a él y, valientemente, le confesó, dicho sea sin faltar, que le había sentado fatal la frase que él había pronunciado el 18 de julio de 1936 a las diez de la mañana cuando ella se presentó al puesto de criada: Parece muy modesta, frase en la que había percibido un insoportable tono de desprecio, y que la había herido mucho más violentamente que los correazos de su padre, hasta el punto de hacerle desear ni más ni menos que la revolución.

Don Jaume se quedó confuso.

Luego, tras recobrar el aplomo, le pidió perdón por su torpeza.

Montse, enseguida, le pidió perdón por su susceptibilidad.

Y ambos rivalizaron en excusas, balbuceos, disculpas e infinito pesar, Hice

mal, que sí, que no, cómo pude, no se disculpe, que sí, que no, es que hubiera debido, que no, que sí, hasta que los dos rompieron a reír.

Tras lo cual permanecieron un rato silenciosos y apacibles en el salón, que se llenaba de sombras. Como el silencio se prolongaba, ¿En qué piensa usted?, preguntó don Jaume a Montse, cuyos ojos pensativos parecían mirar a lo lejos tras la ventana.

¿Fue el haberle hablado de aquel instante que inauguró tan desastrosamente sus relaciones y de la ira que ello le produjo, fue el haberse granjeado por fin su amistad y su confianza, tras tantos acercamientos tímidos e intentos fracasados o cualquier otra cosa? El caso es que Montse se arriesgó aquella noche a abordar lo que no habían evocado nunca más que de modo encubierto, en virtud de ese extraño principio por el que hablamos de todo salvo de lo que nos acucia: la infancia de Diego, que transcurrió tal como voy a contar.

A los veinte años, don Jaume se fue a estudiar a Barcelona. Por aquel entonces, leía a Voltaire y a Miguel de Unamuno, se reía de las beaterías de su madre, defendía ideas socialistas no sin frecuentar los salones burgueses, participaba por las mañanas en los torneos de golf, y acudía por las noches con algunos amigos acomodados a los bares del Barrio Chino.

Allí conoció a Paloma, que trabajaba de camarera en el Chiringuito, y de la que se enamoró perdidamente.

Se instalaron en un piso que tenía alquilado el padre de don Jaume para su hijo, y vivieron arrejuntados, como se decía entonces, ocultando su relación al mundo entero.

Al principio de su vida en común, don Jaume se creyó a pies juntillas todas las vejaciones, humillaciones y persecuciones de las que Paloma se quejaba largo y tendido. Creyó que la observaba en cuanto hiciera y dijera la vecina de al lado, una rubia de culo inquieto y, hablando en plata, una calientabraguetas. Creyó que ésta la vigilaba, con intenciones tan oscuras como amenazantes, y que arrojaba el descrédito sobre su persona contando en todo el inmueble que ella era de costumbres disolutas.

Creyó a Paloma contra toda razón, y sencillamente porque la amaba.

Incluso se propuso llamar a capítulo a la malvada vecina con el fin de poner término a sus manejos, y exigir severamente alguna explicación. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué la espiaba de ese modo? ¿Por qué propagaba tan odiosas calumnias?

Creyó a Paloma hasta el día en que se la encontró, inmóvil en la cocina, con cara de susto y sobre aviso.

La siento.

¿A quién?

A la vecina.

¿A través del tabique?

La siento.

Pero si eso es imposible.

¿No me crees? ¿Por qué? ¿Estás conchabado con ella? ¿Estáis liados, no?

Aquel día a don Jaume le desconcertó totalmente el comportamiento de Paloma. Le pareció singular. Y extraño. E inquietante. Y francamente patológico. Y tras mil cábalas y angustiados interrogantes, llegó a la conclusión de que deliraba. Desde hacía seis meses en efecto, Paloma, que creía poseer un sexto sentido, se pasaba la casi totalidad de los días espiando los ruidos procedentes de la casa de al lado, ruidos cifrados, decía estremeciéndose, llamadas cargadas de alusiones inquietantes, señales indescifrables que la vecina enviaba para entrar secretamente en contacto con don Jaume. Porque tenía ya perfectamente claro el asunto: su amante estaba colado por otra (la otra, así llamaba a la vecina, la otra, o la fulana, o la puta, o la zorra). Eso saltaba a la vista.

Ha dado tres golpes en la pared, espetaba a don Jaume con cara de loca y ojos de loca. ¿Qué esperas para ir a tirártela? ¡Te excita, a que sí!

Quítate esas ideas de la cabeza, le contestaba don Jaume, que intentaba hacerle ver su absurdidad utilizando razonamientos lógicos.

Pero ella no daba su brazo a torcer. ¡Anda, ve! ¡Vete con ella! ¡Vete! ¡Vete!

Y empezaba a gritar, desesperada, y a golpearle con los puños lanzándole insultos, mientras don Jaume se decía que iba a largarse de una vez por todas, pero para quedarse solo, solo, solo, solo, solo.

Un día, Paloma le anunció que estaba embarazada, y don Jaume esperó que la llegada de un niño pusiera término a sus divagaciones. Pero Diego vino al mundo el 12 de junio de 1917, y el delirio de Paloma no hizo sino empeorar.

Paloma y Diego vivieron durante dos años completamente atados el uno al otro, ligados, indistintos, a tal punto que don Jaume tenía la sensación de ser para ellos un importuno, un extraño que intentaba inmiscuirse con sus gruesos zapatos en su idílica burbuja. Y ambos subsistieron mal que bien merced al dinero que pasaba don Jaume, quien acabó instalándose en una habitación cercana y prosiguió sin entusiasmo sus estudios de derecho.

Pero el sentimiento delirante de que la vecina la hostigaba hizo cometer locuras a Paloma, lo que viene a confirmar que la mente humana es un escenario de tormentos mucho más crueles que los del infierno. Creyéndose víctima de un maleficio y en peligro de muerte, una noche irrumpió en casa de su vecina armada con un par de tijeras, con las que la amenazó con sacarle los ojos. Sonaron gritos. Ruidos de lucha. Carreras. Acudieron los vecinos. Acudió la policía, alertada. Llevaron a Paloma a la comisaría, con el pequeño Diego sollozando en sus brazos. Al final la internaron en un hospital psiquiátrico con el enigmático diagnóstico de *delirio sensitivo de Sérieux y Capgras*.

Don Jaume, desesperado, decidió colocar al pequeño Diego en una familia que le indicó una asistenta social, una familia de acogida, como se las designa ahora, pero que con el tiempo resultó ser muy poco acogedora.

Los Fuentes, así se llamaban, alimentaron al niño, lo asearon, lo acostaron y lo llevaron al colegio, irreprochablemente.

Le enseñaron a decir gracias, igualmente, usted primero, por favor, buenos días, adiós, a mantenerse erguido, a restregarse los pies, a comer con la boca cerrada, a no contestar a las personas mayores, y a no hacerles preguntas.

Y cuando el pequeño Diego, desafiando la prohibición, les hacía preguntas sobre asuntos acuciantes como los que preocupan a los niños, asuntos como el abandono y la muerte, le instaban a callarse, irreprochablemente, en su afán de inculcarle buenas maneras: ni preguntas, ni mentiras.

Y cuando les preguntaba si su madre seguiría enferma mucho tiempo,

¿cuánto?, ¿diez días?, ¿veinte días?, ¿cien días? (porque sabía contar hasta cien), le contestaban, irreprochablemente, que se pusiese a estudiar en vez de pensar en tonterías.

Durante las visitas bimensuales de don Jaume, los Fuentes se entregaban a largas disertaciones sobre la excelente comida que le daban al niño, la excelente ropa que le compraban, y los excelentes cuidados corporales que le prodigaban.

Pero el niño, aun irreprochablemente alimentado, vestido y aseado, sentía confusamente una carencia, una angustia cuya causa no podía precisar. Menudo melodrama, digo. Pues sí, me dice mi madre, y te prohíbo que te burles. Cuando estaba en la cama, solo, sin defensa, en la oscuridad, entre tinieblas, sin una palabra de afecto, sin un gesto de afecto, sin una sonrisa de afecto, le invadía la desesperación y se transformaba en cosas aterradoras. Entonces pedía socorro, sollozaba, no sabía de qué tenía miedo, pero se moría de miedo, y ese miedo inconmensurable centuplicaba sus visiones aterradoras. (Toda la vida conservaría esa sensación de inseguridad terrible que acabaría, en los últimos años, invadiéndolo todo, y conduciéndolo también al hospital psiquiátrico.) Entonces, la madre de familia acudía con paso mesurado a su habitación y le pedía, irreprochablemente, que llorase menos fuerte para no despertar a toda la casa. Si seguía sollozando, el padre le autorizaba, irreprochablemente, a dejar la lámpara encendida.

Y si seguía llorando, el padre volvía y le observaba, irreprochablemente, que los miedosos eran a su entender los más lamentables de los hombres.

Tanto es así que el niño acabó reprimiendo ante su tía y su tío, como los llamaba, todas sus emociones, una imposición que la mayoría de los hombres sólo se infligen ya mayores. Aprendió a apretar los dientes, a silenciar sus dolores, a curtirse contra sus punzadas. Y su rostro cobró una expresión de dureza harto sorprendente en un chico de esa edad, una expresión como se suele ver en los niños supervivientes de los desastres de las guerras, una expresión que desgarraba el corazón de su padre en cada una de sus visitas. Cuando don Jaume se quedaba a solas con Diego, le preguntaba, inquieto, ¿Estás bien, Dieguito? ¿Estás triste por algo? Si te pasa algo tienes que decírselo a tu papá. Tienes que decírselo todo a tu papá.

Y Diego negaba con la cabeza y decía muy serio que todo iba bien, por la sencilla razón de que no sabía lo que iba mal.

Pero llegado el momento de despedirse, el niño se agarraba a las piernas de su padre para impedirle que se fuera, no te vayas, no te vayas, no te vayas. Hasta tal punto que don Jaume, al borde de las lágrimas, tenía que desasirse de los pequeños puños de su hijo, que se aferraba a él con fuerza inaudita, obligado a ser brutal para deshacerse de su abrazo, en el momento mismo en que lo abandonaba para dos largas semanas de ausencia. Cien veces quiso don Jaume llevarlo con él. Pero cien veces renunció ante lo que se le antojaba una empresa imposible para un soltero como él. En cuanto se casó con doña Sol, acudió a buscarlo.

Diego tenía siete años.

Tras siete meses de guerra civil, Bernanos hizo un recuento de los muertos en la isla mallorquina: tres mil asesinatos, en siete meses que son doscientos días, unas quince ejecuciones diarias.

Con desesperada ironía, calculó entonces que como la isla podía atravesarse en dos horas, de punta a punta, un automovilista curioso podría, por lo tanto, ver destrozar quince cabezas descreídas en un solo día, una buena marca.

¿Cómo podían volver a florecer los hermosos almendros de Mallorca en aquel aire saturado de abyecciones?

El 28 de marzo de 1937, Montse alumbró a una niña.

Tantas cosas habían sucedido en el pueblo desde la declaración de guerra que a nadie sorprendió que Montse trajese al mundo a una niña

supuestamente prematura que pesaba 3,820 kilos y estaba más sana que una manzana.

La llamaron Lunita.

Lunita es mi hermana mayor. Ahora tiene setenta y seis años. Yo tengo diez años menos que ella. Y Diego, mi auténtico padre, es su falso padre.

La llegada de Lunita hizo felices a todos.

Doña Pura se concedió mil derogaciones respecto a su dignidad y se mostró afectuosa hasta el delirio. En cuanto la niña lloraba, la cogía en sus brazos huesudos, le murmuraba con una sonrisita lela Voy a hacerte pam pam en el culito, un culito que espolvoreaba amorosamente con talco como si fuera un pastel, y se comía arrobada a besos, hablando como una tonta **Qué mona, qué linda, qué hermosa eres, cariño mío, tesoro mío, amor mío***,* etcétera.

Doña Sol, embobada, se la sentaba en las rodillas para hacerla saltar acompasadamente a los sones de «**Arre borriquito, arre burro arre, arre borriquito que mañana es fiesta**», mientras Lunita se ahogaba de risa.

Diego, que no había podido ocultar su decepción el día del nacimiento porque deseaba un varón, y que miró su carita arrugada con una suerte de incredulidad descontenta, Diego le daba de beber amorosamente la leche, esperaba amorosamente su eructito, el eructito más encantador, más sutil, más lírico, más avispado y más musical del mundo, la felicitaba por su donaire artístico, y se deshacía en mimitos bobalicones y arrumacos enternecidos, ¿le haces una risita a papá?, ¿le haces una risita, cariño? Montse, por su parte, disfrutaba viendo crecer a su hija, que se mostraba tan despierta, tan tozuda, y tan resuelta con sus dulces aires que Montse no pudo por menos de pensar que la revolución del 36 había tenido un efecto inesperado: el de modificar el ADN familiar, pues en la cara de Lunita no subsistía huella alguna de ese aire de modestia transmitido de generación en generación, como un rasgo dominante del genoma y un llamamiento a la humillación.

¡Qué carácter!, decía don Jaume, maravillado, cuando pataleaba de rabia si no le daban el biberón.

Para Montse, lo que importaba era Lunita, el resto era secundario. Apenas escuchó a Diego cuando le anunció con rostro descompuesto que Guernica y

su población habían sido bombardeados sin tregua por la división Cóndor. Apenas pestañeó, pues estaba excitadísima porque le había parecido oír de labios de su hija adorada, de un mes de edad, la palabra pipí, lo cual auguraba, declaró muy seria, una inteligencia totalmente fuera de lo común.

Montse estaba loca con su hija, y con no haberle gustado nunca la rubicundez de su marido, la de su Lunita la maravillaba. Eres mi ardillita, le murmuraba, eres mi raposita, mi castorcito, mi gallinita rubia, mi pelirrojita querida, mi pequeña nutria, mi pelirrojita, mi **caramelo**. Y le cantaba:

Dice la gente que tiene
veinticuatro horas el día.
Si tuviera veintisiete
tres horas más te querría.

También Josep sucumbió al encanto de la niña, lo cual mitigó su congoja. Cuando Montse le pidió que fuese el padrino laico de Lunita, se dejó convencer y aceptó acudir a casa de los Burgos siempre que Diego se hallase ausente durante sus visitas. Se tomó muy en serio su papel, puso todo su empeño en acunar a la niña mientras le cantaba «La Internacional», le contó historias protagonizadas por Majnó y Lacenaire, y, entre dos besos arrebatados, le soltó discursos violentamente antifranquistas que Lunita escuchaba, fascinada y balbuceante, mientras doña Pura, horrorizada, huía corriendo a su habitación. La familia entera había caído en la chochez.

Apenas vinieron a enturbiarla las discusiones que surgieron respecto a la cuestión del bautismo.

Doña Sol y doña Pura pensaban que había que bautizar a la pequeña so pena de que después de su muerte pasara toda la eternidad vagando solitaria por el limbo, y se encargaban de reclutar a un cura, si es que quedaba alguno. Diego afirmó rotundamente que se oponía a aquella farsa.

Don Jaume dijo que se conformaría con la decisión que tomasen los padres.

Josep amenazó con cometer una desgracia si convertían a su sobrina adorada antes siquiera de que supiera hablar.

Y Montse, sin saber qué hacer, pidió un periodo de reflexión.

El 19 de marzo de 1937, o sea nueve días antes de que naciera Lunita, el papa Pío XI de santa memoria publicó su encíclica *Divini Redemptoris*, con el fin de romper el silencio sobre el peligro intrínsecamente perverso que amenazaba al mundo (cito).

Ese peligro amenazante, ese azote satánico (cito), era el comunismo bolchevique y ateo que pretendía trastocar el orden social y socavar los fundamentos de la familia cristiana.

Éste proclamaba, entre otras aberraciones, el principio de la emancipación de la mujer, proponiéndose apartar a ésta de la vida doméstica y del cuidado de los niños para arrojarla a la vía pública (cito) donde proliferaban bacterias emboscadas e influencias de toda suerte.

Pero el peligro más grave, con mucho, residía en el hecho de que una sociedad humana basada en los principios materialistas bolcheviques no podía, a todas luces, proponer más valores que los engendrados por el sistema económico. ¿Había caído inadvertidamente su santidad el papa Pío XI, demasiado absorbido por su amor a Dios, en una lamentable confusión entre la economía comunista y la economía capitalista? Probablemente.

Para hacerle justicia, precisemos que en febrero de 1939 acometió, con habilidad genuinamente vaticana, la redacción de una encíclica en la que denunciaba las persecuciones del nazismo y las manipulaciones operadas por los fascistas italianos sobre los discursos de la Iglesia. Pero falleció la noche anterior a su difusión.

El 3 de mayo de 1937, Josep se enteró por la radio de que, a instigación de los comunistas y como para dar la razón a su santidad el papa Pío XI, un grupo de asaltantes había irrumpido en el local de la ciudad, que estaba en manos de los libertarios y de los miembros del POUM, con el fin de eliminar a éstos de una vez por todas.

Tras varios días de combate, las milicias comunistas acabaron reteniendo, encarcelando y abatiendo a gran número de anarquistas y miembros del POUM acusados de ser renegados a sueldo de Hitler. (Ilyá Ehrenburg en su *No pasarán* se convirtió en uno de los heraldos de tal acusación. El libro, qué curioso, desaparecería posteriormente de su biografía oficial.) Hacía tiempo que los comunistas querían controlar el juego político y eliminar de la revolución su contenido libertario. Se afanaban hacía tiempo en desacreditar mediante la calumnia a quienes lo reivindicaban. Pero la calumnia es un método propio de mariquitas. Ahora se trataba de ser serios. ¿Cómo? Fusilando, claro. Y eso hicieron.

Josep estaba desesperado.

Más lo estaría un mes después, cuando se enteró de la exclusión del grupo anarquista del gobierno regional más la represión violenta de sus miembros, de la disolución del POUM y el arresto salvaje de sus militantes, y sobre todo de la tortura y asesinato de Andreu Nin (que había tenido la mala ocurrencia de denunciar públicamente los Procesos de Moscú) durante una operación denominada Nikolái ordenada por Stalin con la complicidad del gobierno legal («Stalin más sabio que todos los hombres juntos», escribió Neruda, el más servil de todos los poetas estalinianos, decía Josep, dice mi madre). Para coronarlo, cientos de colectividades serían disueltas *manu militari* en agosto del 37 por unidades bajo mando comunista.

De todo esto, la prensa europea no dijo ni pío.

Observemos que en cambio el *Pravda* del 17 de diciembre de 1936 había avisado: «La depuración de los elementos trotskistas y anarcosindicalistas ha comenzado, y esta operación se ejecutará con la misma energía con la que se ha realizado en la URSS.»

Josep se enteró de estos acontecimientos, los **Hechos de Mayo**, como se los designó, a través de la radio libertaria que oía todas las mañanas.

Ante esa noticia, se le subió la sangre a la cabeza, corrió al ayuntamiento, como loco, arrebatado por una ira demencial que lo impulsaba hacia delante, le movía las piernas. En el trayecto no vio a nadie, no vio nada, le palpitaba la sangre en las sienes, sus piernas volaban, la sangre de su furor las hacía volar. Irrumpió en el despacho de Diego, lívido, jadeante, el pelo alborotado, el corazón a cien, ahogándose de rabia, no vio a un grupo de

cuatro jóvenes que conversaban con Diego, no vio nada, no oyó nada, no reparó en nada, no le vino ningún pensamiento, sólo un deseo de matar.

Se plantó ante Diego, enfrente mismo, y gritó ¡No eres más que un cabrón traidor!

Y como Diego lo miraba fríamente, sin decir nada, gritó,

¡Atrévete a decir que tus amigos no tienen nada que ver con lo de ayer!

¿Podrías explicarte?, dijo Diego sin inmutarse, con voz tranquila, indiferente, uniforme, cuando había comprendido perfectamente de qué se trataba.

No eres más que un traidor asqueroso, gritó Josep, me das asco. Ándate con ojo, amenazó Diego, fría, calmosamente, sin levantar la voz. Podrías arrepentirte de tus palabras.

Los dos hombres se miraron de arriba abajo.

Si no fueras hermano de Montse, te

Diego no acabó la frase.

Dos de los jóvenes presentes en el despacho recordarían siete meses después, cuando el drama entre ambos había sido comentado de mil maneras, el tono amenazador con el que Diego profirió aquellas palabras y la advertencia premonitoria que contenían.

No se te ocurra volver a pronunciar delante de mí el nombre de mi hermana, gritó Josep.

Y salió a zancadas del despacho sin ver los rostros atónitos de los cuatro jóvenes ayudantes de Diego, bajó atropelladamente la calle del Sepulcro sin reparar en las reacciones de quienes se cruzaban con él, asustados por la expresión enloquecida, salvaje, desesperada de su rostro, subió a su casa sin ver la mirada aterrada de su madre, que lo esperaba preocupada en lo alto de las escaleras y a quien empujó con tal violencia que estuvo a punto de caerse hacia atrás.

Tras marcharse Josep, Diego, el rostro inexpresivo (tan sólo un temblor en la comisura de la boca), pidió a sus ayudantes que lo dejaran solo: quería meditar. Diego había acariciado vagamente, después de su boda, el proyecto de ganar a Josep a su causa. Creía que su rebeldía era una pequeña fiebre que se le podía curar. En realidad creía que todas las rebeldías son pequeñas fiebres que se pueden curar. Una infusión de tila, un besito en la llaga, o una

patada bien dada, ¡y vuelve a casa de tu madre! Pero no, no. Ahora comprendía que no. Comprendía que lo de Josep era algo muy distinto. Comprendía que aquello era un compromiso, ¿cómo decirlo? Un compromiso que tenía que ver con su voluntad, con su determinación, un compromiso irreprimible, tan peligroso y exigente como el del amor, una implicación de toda su sangre y de todo... ¿cómo decirlo?

Y una cosa tenía por segura, la ruptura entre él y Josep era ya irrevocable. Pero en cierto modo, y aunque le costase confesárselo, esa ruptura lo liberaba. Pensaba que lo eximiría por fin de la mirada tan constantemente desaprobadora de Josep, de su espíritu burlón, de la incredulidad que manifestaba ante los dogmas más indiscutibles, sobre todo de su infernal, de su inquebrantable, de su irremediable pureza.

Y tal vez lo liberase también de su vieja envidia de la infancia que seguía pesando en su corazón. Porque, curiosamente, desde que se había casado con Montse, su vieja envidia, que había logrado disimular más o menos maquillándola de argumentos políticos, no había dejado de aumentar. No podía deshacerse de la sensación de que Josep era más amable que él, más seductor, más magnético, más español, de que poseía ese algo tan misterioso y femenino que se llama encanto, y de que su esposa Montse no podía hacer la comparación, suponiendo que la hiciese, más que en detrimento suyo.

Algunos sostuvieron que esa envidia, esa desazón de Diego ante el donaire de Josep del que se veía privado, fue en parte el origen del drama que no tardaría en sobrevenir y que constituiría el epílogo fúnebre de esta historia.

Te quiero, me dice mi madre cogiéndome la mano.

En julio del 37, apareció la carta colectiva del episcopado español.

Firmaban la carta todos los obispos y arzobispos que manifestaban su

aprobación plebiscitaria a la dictadura de Franco y su voluntad de empeñar las fuerzas de Dios para luchar contra las fuerzas del mal por todos los medios posibles.

Los firmantes eran:

† ISIDRO, card. GOMÁ Y TOMÁS, arzobispo de Toledo;

† EUSTAQUIO, card. ILUNDÁIN Y ESTEBAN, arzobispo de Sevilla; † PRUDENCIO, arzobispo de Valencia;

† MANUEL, arzobispo de Burgos;

† RIGOBERTO, arzobispo de Zaragoza;

† TOMÁS, arzobispo de Santiago;

† AGUSTÍN, arzobispo de Granada, administrador apostólico de Almería, de Guadix y de Jaén; † JOSÉ, obispo-arzobispo de Mallorca;

† ADOLFO, obispo de Córdoba, administrador apostólico del obispado-priorato de Ciudad Real; † ANTONIO, obispo de Astorga;

† LEOPOLDO, obispo de Madrid y de Alcalá;

† MANUEL, obispo de Palencia;

† ENRIQUE, obispo de Salamanca;

† VALENTÍN, obispo de Solsona;

† JUSTINO, obispo de Urgel;

† MIGUEL DE LOS SANTOS, obispo de Cartagena;

† FIDEL, obispo de Calahorra;

† FLORENCIO, obispo de Orense;

† RAFAEL, obispo de Lugo;

† FÉLIX, obispo de Tortosa;

† ALBINO, obispo de Tenerife;

† JUAN, obispo de Jaca;

† JUAN, obispo de Vich;

† NICANOR, obispo de Tarazona, administrador apostólico de Tudela;

† JOSÉ, obispo de Santander;

† FELICIANO, obispo de Plasencia;

† ANTONIO, obispo de Quersoneso de Creta, administrador apostólico de Ibiza;

† LUCIANO, obispo de Segovia;

† MANUEL, obispo de Curio, administrador apostólico de Ciudad Rodrigo;

† MANUEL, obispo de Zamora;
† LINO, obispo de Huesca;
† ANTONIO, obispo de Tuy;
† JOSÉ MARÍA, obispo de Badajoz;
† JOSÉ, obispo de Gerona;
† JUSTO, obispo de Oviedo;
† FRANCISCO, obispo de Coria;
† BENJAMÍN, obispo de Mondoñedo;
† TOMÁS, obispo de Osma;
† ANSELMO, obispo de Teruel-Albarracín;
† SANTOS, obispo de Ávila;
† BALBINO, obispo de Málaga;
† MARCELINO, obispo de Pamplona;
† ANTONIO, obispo de las Canarias;
Hilario Yaben, vicario capitular de Sigüenza;
Eugenio Domaica, vicario capitular de Cádiz;
Emilio F. García, vicario capitular de Ceuta;
Fernando Álvarez, vicario capitular de León;
José Zurita, vicario capitular de Valladolid.

Todos los sacerdotes españoles, en su mayoría modestos, en su mayoría alejados del poder y en su mayoría próximos al pueblo, se sometieron de grado o por fuerza a los principios promovidos por aquella carta de apoyo incondicional al general Franco y hubieron de doblegar su sotana a su conciencia. Muchos de ellos lo pagaron con la muerte.

En un periódico francés del 27 de agosto de 1937, Paul Claudel apoyó entusiásticamente esa carta colectiva. Ya antes había expresado con el mismo fervor su apoyo a Franco y a su sublime cruzada. El que Franco, ese triste personaje, se ganara la adhesión de mentes tan notables resultaba para Bernanos inconcebible. «Probablemente», escribía, «no habría hablado del general Franco, si no hubierais convertido a un Gallifet de pesadilla en una suerte de héroe cristiano al uso francés... ¿Por qué demonios se me va a exigir que admire a una suerte de general que se forja de su legitimidad personal una idea tanto más feroz cuanto que ha traicionado dos veces a sus superiores?»

Claudel, decíamos, aprobó la carta colectiva del episcopado español con la misma pasión que ponía en odiar a los judíos y en sostener que los males franceses venían mucho más de los obreros protestatarios que de Hitler o de Mussolini.

Algunos se dejaron engañar por ese argumento. Bernanos, no. «Según los biempensantes», escribió, «el obrero francés, colmado, revienta de felicidad», y recuerda las espantosas condiciones de vida de estos últimos.

Bernanos había comprendido que voceando contra los obreros franceses, Claudel y algunos más no hacían sino ahogar el ruido producido por los dos tiranos con sus botas y sus delirios. Y rechazó sin vacilar toda complicidad con la infecta empresa de hacer a los obreros franceses únicos responsables del fracaso de un régimen.

¿Ha muerto la revolución nada más nacer?, se preguntaba Josep, viendo dar vueltas a su mulo negro en torno a la noria. ¿Debo decir adiós a la vida con la que tanto soñé en Lérida? ¿A eso se le llama madurar? ¿A esta derrota?

Por boca de Diego, los discursos comunistas que repetían machaconamente, según la táctica bien experimentada de la propaganda, que los libertarios eran los aliados implícitos de Franco, parecían haber prendido bien entre los aldeanos. Tanto es así que Josep decayó progresivamente en su estima, hasta ser objeto de reprobación pública. Una manzana podrida.

Los pequeños propietarios lo criticaban en nombre de los bienes raíces (que había querido eliminar), los jornaleros en nombre de la organización del trabajo (de la que había discrepado), las devotas en nombre de la religión (de la que había blasfemado pintando de rojo la corona de la Virgen), los delicados y delicadas en nombre de la delicadeza (a la que ofendían sus juramentos virulentos y su completo repertorio de imprecaciones), y Diego en nombre de una vieja rivalidad de infancia convertida en odio político.

La primera reacción de Josep, tan lógica como paradójica, fue encerrarse

tanto más firmemente en su utopía libertaria, violentamente criticada.

Sostenía que nada, nunca, podría doblegarla. Que era una luz temblorosa en el fondo de un pozo de esperanza. Un hálito generoso en un mundo hipócrita. Decía que el haberla acogido, siquiera un momento, le había convertido para siempre en otro. Decía que España era la única tierra donde podía crecer. Y los días de gran inspiración, decía que era esa flor cuyas semillas enterradas durante milenios conservan intacto su poder de florecer. ¡Que los chuchos obedezcan a Diego, yo obedezco a mi quimera!, espetaba a su madre, que lo miraba estupefacta y profundamente inquieta.

Luego su fe fue tambaleándose poco a poco. Se desencantó. O más exactamente atravesó un periodo en el que ni pudo creer del todo en su sueño, ni renunciar del todo a él. Comenzó a decir, en sustancia, que los hombres son como son, o sea imperfectos, o sea muy imperfectos, o sea muy muy imperfectos, y la sociedad que forman se ve sometida al juego oscilante de sus deseos y de sus fantasmas, lo que defendía ahora era la idea de una utopía no inocente, una utopía roja como la sangre y negra como el alma, una utopía sagaz, clarividente, limpia de sus fumígenas ilusiones, en una palabra, imposible, en una palabra, inalcanzable, pero a la que había que aspirar sin tregua y hasta el más alto nivel accesible de emancipación. El discurso era ése.

Pero se había abierto una grieta en su interior que ese discurso no podía rellenar. Y la pena que experimentó en el café de las Ramblas ante el odio de los asesinos de su bando, esa pena que había sabido mantener a raya durante algún tiempo, le invadió. Y comenzó a asomar una suerte de amargura. Todo eso sólo podía acabar mal, decía, estaba cantado. Me he quemado en balde, decía, eso me enseñará. A tomar viento las esperanzas, esa mierda, decía.

Ese soñador definitivo que había perdido definitivamente su sueño se hundió en una pena que era la pena por su rebeldía, la pena por su infancia y la pena por su inocencia, y acusó a Diego de ser el único culpable. Diego se convirtió en su idea fija.

Su enemigo ideal.

Tras los **Hechos de Mayo**, se le hizo odioso, aún más odioso, aún más imperdonable que antes.

Le dedicó todo su desprecio.

Repitió cien veces al día que ese perro había traicionado a la revolución porque hablaba de la revolución como si fuese una amante, que es lo que era para él, creo. Que ese perro la había envilecido. Que ese perro la había pervertido. Que ese perro la había suicidado. Que ese perro la había enmerdado so capa de servirla, porque no había entendido que antes de invocarla había que hacerla dentro de un mismo. Se lo demostraba a su madre, que suspiraba Ya le ha dado otra vez, con resignación consternada, se lo demostraba a la Maruca la tendera, que le escuchaba con la paciencia con la que los adultos escuchan las historias de niños, y se lo demostraba por enésima vez a Joan, que, para distraerlo, se lo llevaba al bar de Bendición.

Un vermut, pedía Josep.

Dos, decía Joan.

En el café, las conversaciones giraban sobre la cantidad de aceitunas que producirían los olivos aquel año.

Sólo les interesa eso, decía Josep

Las aceitunas y la jodienda, decía Joan.

Y la Santa Virgen, decía Josep.

Las dos cosas van juntas, decía Joan.

Tras lo cual, los dos se sumergían en un tétrico silencio.

¿Y Rosita?, peguntaba de pronto Josep.

¿Rosita, qué?, decía Joan.

¿Sigue en la cantina?, decía Josep.

No, decía Joan, disfrutando en París, y soltaba una risa taciturna.

Y los dos se hundían de nuevo en el silencio.

¡Mira a esos gilipollas!, exclamaba de pronto Josep. Era su momento metafísico. Los hombres, decía, la frente atravesada por un doble surco, los hombres cada vez tienden más a engañarse y a mentirse, es un progreso, pero a contrapelo; se dejan embaucar encantados por el primero que levanta la voz y les dice Seguid al guía; son miedosos, rastreros, siempre dispuestos a someterse, y su miedo servil les hace las veces de moral; se consuelan de la muerte de su mujer antes que de la pérdida de un bien, lo tengo mil veces comprobado; se queda uno corto llamándolos cobardes

porque lo que llaman **mala suerte** no es más que el nombre que le dan a su cobardía; débiles luego vengativos, son . . . . . ; y la letanía de maldades y bajezas humanas que enumeraba sombríamente podía prolongarse horas ante un Joan igual de sombrío que pedía, Otro vermut, **por favor**.

Pues necesitaba urgentemente algo que le remontara la moral.

Una nueva fase dio comienzo en la vida de Josep cuando le dio por autoacusarse con tal violencia que asustó a su propia madre.

Se maldijo. Su fustigó. Se odió.

Vomitó lo que había adorado.

Se divorció de sí mismo.

Por una criminal estupidez, decía, le había parecido entrar en el paraíso, pero era un paraíso para caniches. ¿Cómo pudo ser tan ridículamente pueril? En cuanto a la Pureza, la Infancia infinita, la leche y la miel, los prados fraternales, las aspiraciones sublimes del aaalma: ¡Necedades!

¡Engañagilipollas! Miserables consuelos inventados por pringados como él a quienes el mundo agraviaba y que se protegían con vagas quimeras.

Había que purgarse de todo eso. Por la vía rápida. Y sin lágrimas.

Destruir esos castillos. Escupir a esa insipidez.

Desde entonces, comenzó a sumirse en pensamientos tenebrosos, a verter en todas las cosas la ceniza de los afligidos, a decir España va a la tumba, es irreversible, a decir Todo está **jodido**, no espero ya nada, a decir Los asuntos del pueblo me importan un pepino, un pimiento, me la sopla ya todo.

Y él que había afirmado antes, no sin jactancia, que más valía ser un león muerto que un perro vivo, empezó a mascullar que vivía como un perro. ¿Vivo? Se lo preguntaba.

Se le agrió el carácter.

Un pliegue amargo le surcó la boca.

Se volvió irascible. Se complació en torturar a su madre. La trató con brusquedad. Le dijo palabras duras. Le habló con un constante tono de exasperación.

Les pateó la barriga a los perros.

Cayó en ataques de ira inexplicables.

Daba la impresión de que buscaba confusamente un no sé qué irreparable y definitivo.

En el pueblo decían ¡Qué pesado! Dale que te pego. ¡Siempre con lo mismo!

Su aislamiento preocupaba. Su mala uva producía rechazo. La gente comenzó a huir de él.

No pararon de denigrarlo.

Lo acusaron de mal perdedor.

Enumeraron sus flaquezas.

Apenas si le devolvieron el saludo.

Dijeron Si ya lo decía yo.

Dijeron Es que a eso conducen esas ideas grandiosas. Lo han vuelto majareta.

Proliferaron los rumores extravagantes que habían circulado sobre él a principios del verano.

Se puso de moda criticarlo. Todos se apuntaron. Hasta los más indiferentes. Para no parecer más tontos que los demás.

Se regodearon con su caída.

Y más que ninguno Diego, que lo miraba caer como quienes miran los accidentes de coche o las ejecuciones.

A comienzos de diciembre de 1937, corrió el rumor en el pueblo (un empleado de don Jaume lo había comentado imprudentemente) de que un grupito de falangistas, abanderados por el administrador El Perrito, se disponía a asaltar el ayuntamiento.

Lo primero que hizo Diego fue informar a las autoridades regionales, que le prometieron mandar dos vehículos de guardias de asalto para aplastar el posible ataque. En cuando el asunto llegó a los oídos de Josep y de Joan, éstos vieron la ocasión de salir de su horroroso marasmo, de salir de su atontamiento mortal, de salir de la apatía profunda a la que comenzaban a habituarse y en la que progresivamente empezaban a complacerse. Porque, desde hacía meses, languidecían, impotentes y amargados, desagradables para distraerse, ensayando risitas sardónicas (muy ajenas a su naturaleza), negándose a codearse con los jóvenes de su edad, que vivían y pensaban como cerdos, según ellos, la desesperación no está al alcance de todos.

La idea de llegar a las manos les procuraba por fin un inesperado alivio. Iban a pegarse. Iba a armarse la gorda. Se iban a enterar ésos. Su afán de heroísmo se inflamaba de nuevo. A no ser que fuera su desesperación.

Informaron a Diego de que se sumaban a su acción y le prestarían auxilio el día previsto. Había que dejar de lado las discordias y mostrarse a la altura de las circunstancias.

Diego no pudo sino aceptar.

Entonces, sin que hubiera concierto alguno entre unos y otros, se lanzaron con los ojos cerrados a una bravuconada que el sentido común hubiera debido desaprobar severamente.

Nadie supo decir con exactitud cómo se desarrollaron las cosas. Todo cuanto se contó después fue confuso, fragmentario y muy contradictorio.

Pero pudo reconstituirse más o menos lo que sigue. El 16 de diciembre, los falangistas conducidos por El Perrito instalaron detrás de la casa del Peque unas piezas de artillería que se habían procurado nadie sabía cómo. Componían el grupo cinco jornaleros al servicio de don Jaume, todos ellos muy adictos a éste, a quien respetaban como a un gran señor de la Edad Media, y que se habían dejado convencer por el administrador de la legitimidad de un ataque que arrancaría el poder al Hijo renegado, era puro Shakespeare. El administrador, eso sí, había concebido su plan con total ignorancia de don Jaume, contrariamente a lo que algunas mentes malintencionadas insinuarían después.

Josep y Joan se apostaron arriba, a la altura del campo de los Murcia, y montaron guardia, tumbados en la hierba tras un murete de piedras, armados con sendas escopetas de caza y esperando, febrilmente, la llegada de los guardias de asalto.

Diego y los cuatro jóvenes comunistas que le escoltaban habitualmente se habían ocultado tras la casa de los Aznar, armados todos ellos con fusiles y granadas al cinto, dispuestos a rodear la casa del Peque, tras la que se hallaban emboscados los falangistas.

El ataque se produjo cuando los vehículos de los guardias de asalto llegaron a la altura de los falangistas, y a los que se unieron Josep y Joan y el pequeño grupo al mando de Diego.

Se sabe que hubo gritos, chillidos, jaleo, todo un desbarajuste. Se sabe que estallaron obuses, que volaron balas al buen tuntún, que se dieron órdenes y contraórdenes, que un espeso humo impidió ver quién disparaba sobre quién. Se sabe que se produjo, en resumidas cuentas, una inmensa confusión.

Seis hombres fueron abatidos.

El administrador y dos de sus hombres fueron apresados.

Joan, Diego y tres de sus ayudantes salvaron la vida.

Los guardias de asalto regresaron indemnes.

Josep recibió en pleno pecho un disparo cuyo origen nunca pudo establecerse. Arrojado violentamente al suelo, se palpó la llaga indolora que le abría el pecho, se miró los dedos empapados en sangre, murmuró con ira desesperada ¿Qué me han hecho?, intentó mover las piernas, que

permanecieron inertes, quiso llamar a Joan sin verse con fuerzas y llamó en su auxilio a imágenes amadas que no acudieron. Oyó detonaciones, cortas ráfagas, gritos de dolor, juramentos, ladridos lejanos. Luego fueron apagándose los disparos poco a poco, todos los ruidos se apagaron poco a poco, y sintió que se deslizaba lentamente en algo tibio, insulso e invasor. Solo frente al cielo inmenso. Sin una mano amiga. Sin una mirada de amor. **Solito como la una** (aquí mi madre se enjuga una lágrima).

Cuando cesó el ruido de las armas, Diego llamó a Josep, varias veces, lo buscó con una angustia atroz, y descubrió su cuerpo tendido, inmóvil, en el suelo helado.

Se inclinó sobre él. Rodeó suavemente su cabeza con el brazo. La alzó. Y la posó, impotente.

Antes de regresar a casa, se planteó por un instante ocultar la muerte de Josep a Montse.

Abrió la puerta.

Estaba lívido.

Montse notó enseguida en la cara de su esposo que algo terrible había sucedido.

¿Qué ha pasado?

Diego no contestó.

Montse repitió la pregunta, tremendamente inquieta.

Al ver que se prolongaba el silencio de Diego, dijo con voz vacía Mi hermano...

Diego, sin mirarla, dijo Sí.

Montse se apoyó en la pared para no caerse.

Tres días después, enterraron a Diego, y todos los aldeanos siguieron el cortejo. La muerte de aquel a quien la antevíspera calificaban aún de descerebrado, estrafalario, fantaseador y desequilibrado, suscitó sus

lamentos unánimes y gran variedad de gimoteos. Josep, en el pueblo, pasó a ser el añorado Josep.

Montse se sumió en una pena inmensa, una pena que la volvió espantosamente ausente y espantosamente insensible, tan espantosamente insensible que no reaccionó a las noticias de la guerra, que distaban de ser buenas, y no contestó a las sonrisas de Lunita ni a los gestos afectuosos que le prodigaban los suyos.

Dejó de visitar a su madre, que no dejaba de gemir ¡Ay si estuviera aquí mi Josep para comer higos! ¡Ay si estuviera aquí para esto! ¡Ay si estuviera aquí para lo otro! y de hipar sus penas en cualquier ocasión, para mayor deleite de sus vecinas.

Dejó de cantar las canciones de Carlos Gardel y de Juanito Valderrama, se pasó los días postrada en su habitación, dejó de hacer preguntas a su marido, y ponía una cara indescifrable cada vez que alguien sacaba a colación ante ella el «suceso».

Su pena era inconmensurable. Se mudó en locura cuando Rosita le contó que en el pueblo corría el rumor de que Diego había matado a su hermano.

Porque los aldeanos estaban mucho mejor informados de la enemistad entre ambos hombres de lo que cabía suponer. Por no se sabía qué oscuros caminos, los aldeanos acababan siempre descubriendo las cosas más ocultas, más íntimas, y urdían a partir de esos descubrimientos ficciones novelescas en las que acababan creyendo.

El ataque de diciembre desató sus ficciones. Y como éstas se conjugaban con su deseo inveterado de buscar culpables a todo, acabaron designando a Diego, unánimemente y sin prueba alguna, como el asesino de Josep.

Esa calumnia que volvió a Montse loca de dolor y que sumió a Diego en una desesperación tanto más profunda cuanto que él mismo ahora se acusaba, cuando al principio se negaba a hacerlo, de haber conducido por su imprevisión a unos jóvenes a la muerte.

Se emborrachó puntualmente.

Todas las noches, antes de acostarse, tomó la costumbre de trasegar aguardiente en tales cantidades que caía desplomado en la cama, y se dormía bruscamente soltando gruñidos de cerdo. Pero a veces, antes de sumergirse en el sueño, le entraban deseos de hacer el amor con su mujer,

le suplicaba, ella se negaba, le inmovilizaba los brazos con una fuerza terrible, ella le decía Déjame, **por favor**, la aplastaba con todo su peso, ella forcejeaba agitando la cabeza en todos los sentidos, él intentaba separarle con las rodillas los muslos, que ella mantenía cerrados, le decía No me toques, no me toques o grito, él resoplaba ruidosamente en su rostro su aliento aguardentoso, ella forcejeaba como un animal salvaje, él le murmuraba **Te quiero nena**, con voz cansina, patética, de borracho, ella lo rechazaba con asco, pataleando para deshacerse de su abrazo, y empezaba a gritar muy fuerte con riesgo de despertar a toda la casa ¡Para! ¡Para! ¡Para! y acababa escapándose, refugiándose en la habitación de al lado, donde se encerraba con dos vueltas de llave.

Diego caía de golpe en un sueño de bruto, se despertaba bañado en sudor, se volvía hacia Montse, la buscaba a tientas, pero su sitio estaba vacío. Se levantaba. Le pesaba la cabeza. El suelo del cuarto vacilaba. Él se tambaleaba. Apenas se ponía en pie se avivaba su dolor, intacto, y le asaltaban los remordimientos con la misma virulencia que la víspera. Entonces, para combatirlos, recapitulaba interminablemente sus justificaciones. Si había ansiado alguna vez que Josep se fuera lo más lejos posible, si había vivido su presencia como una continua provocación, si su rostro se le había aparecido con frecuencia como un reproche, si había observado su caída con oscura, con indecible satisfacción, nunca nunca nunca había deseado su pérdida, se repetía.

Un día en que se dirigía al ayuntamiento sin el menor entusiasmo, decidió dar un rodeo por el bar de Bendición.

Cuando entró, se hizo el silencio.

Le entraron ganas de irse en el acto, pero disimuló.

Pidió un anís, lo apuró de un trago, saludó con la barbilla al grupo de ancianos que jugaban al dominó, y atravesó el local, que había enmudecido hostilmente ante su presencia.

Regresó a casa extremadamente alterado al comprobar que algo se había roto de modo irrevocable entre él y la gente del pueblo. Uno de sus jóvenes asistentes se lo confirmó: la gente decía, con sonrisas de complicidad, que en el ayuntamiento olía a chamusquina.

Desde entonces, se le vio cambiar.

Él, tan puntilloso con su apariencia y siempre tan impecable, se abandonó totalmente, no se cerraba la chaqueta, cuyos bolsillos sobresalían entreabiertos, y llevaba la camisa fuera del pantalón, pareces un mendigo, le decía doña Pura.

Paralelamente, comenzaba a tambalearse la seguridad en sus antiguas convicciones.

El cuerpo muerto de Josep yacía en su mente y le hacía ver todo de otra manera. Cada vez con más frecuencia, se decía que tal vez Josep no andaba descaminado cuando denunciaba la línea del Partido que él, por su parte, había respaldado con una intransigencia sin fisuras. En cuanto a las ideas libertarias, que cataba como un fruto prohibido, instilaban en él el lento veneno de la duda, y esa duda no cesaba de crecer. Pero ¿a qué agarrarse, pensaba, cuando todo se tambalea? ¿De quién fiarse, qué modelos seguir, qué sistemas? ¿Y cómo continuar luchando?

El cargo de responsable del pueblo que con tanto orgullo había ocupado ahora le pesaba, y acudía al ayuntamiento con desgana, pues los asuntos políticos le inspiraban una suerte de tedio. Incluso se planteó abandonar sus funciones y comenzó a desear el fin de la guerra, tanto si se perdía como si se ganaba, que lo liberaría de sus responsabilidades.

Envejeció de golpe.

Tenía veinte años. Aparentaba treinta.

Por aquella época se insinuaron en su alma inquieta los primeros miedos paranoicos. Sintiéndose, si no abiertamente acusado, sí criticado por su propia familia, dio en imaginar que su propio padre lo despreciaba y que Montse lo miraba con aversión. Y cruzó por su mente la idea, para evidenciar su inocencia, de hacerse saltar la tapa de los sesos.

Siempre tan receloso con todo y con todos, pues podía decirse que el recelo había sido uno de los rasgos más sobresalientes de su carácter, se figuró que todo el pueblo estaba en contra de él, hasta el punto de creerse objeto de una maquinación. Comenzó a pensar que la gente lo miraba con malos ojos, que se tramaba algo a sus espaldas y buscaban de mil maneras perjudicarle.

A partir de entonces, vivió con una tensión extrema, encerrándose en su despacho con triple vuelta de llave, sobresaltándose al menor ruido, y a la

menor alerta llevándose la mano a la pistola que llevaba permanentemente colgada del cinturón.

Durante unos años, se adaptó más o menos bien a aquellas teorías conspiradoras que la guerra venía a justificar. Sólo más adelante, tras emigrar a Francia, lo asaltaría una auténtica manía persecutoria que lo condujo en dos ocasiones al hospital psiquiátrico.

También don Jaume cambiaba.

El comportamiento de los nacionales en las ciudades conquistadas le había repugnado. Le pesaba la familia. Le preocupaba su hijo. Y la tristeza de Montse le resultaba insoportable.

Sólo se encontraba a gusto en compañía de los campesinos del terruño, quienes no dejaban de mirarlo de forma interesada, esperando beneficiarse llegado el día de su generosidad. Él, en cambio, descuidaba sus tierras, dejándolas totalmente a cargo de un joven que respondía al nombre de Fermín, y pasaba casi todas las tardes en el bar de Bendición jugando al dominó con otros hombres de su edad, lo que tal vez explica la barriga que se echó bruscamente.

Durante los meses siguientes, todo el potencial de violencia del pueblo, que se había manifestado hasta entonces a través de imputaciones calumniosas en última instancia triviales, se reactivó de pronto con una fuerza terrible y no causada tan sólo por la luna llena.

Todos andaban a la defensiva.

Todos miraban al otro como un enemigo en potencia.

Nadie se aventuraba a salir a la calle sin escrutar los alrededores, no fuera que un tirador oculto comenzase a disparar.

No se excluía que se cometieran actos desesperados o que algún fanático tendiera una emboscada.

Se temía sobre todo que se repitieran ataques tan trágicos como el anterior.

Todo el mundo tenía miedo de todo el mundo.

La acritud y el recelo anidaron en todos los corazones. Y en algunos el odio.

Aquel final del año 37 fue, dice mi madre, uno de los más negros, de los más tristes que recordaba. La tristeza de Montse coincidió con el

presentimiento compartido de que la guerra, en el bando republicano, se encaminaba hacia la derrota.

III

En cuanto regresó a Francia, Bernanos se puso a trabajar con empeño en la redacción final de *Los grandes cementerios bajo la luna*. Instalado en Toulon, el viejo león de ojos claros acudió a diario en moto al Café de la Rade, a costa de pasar por borracho. Allí terminó su texto más sombrío.

El 16 de abril de 1938, *Le Figaro* publicó unos extractos. El 22 de abril el libro salió a la venta. La prensa de izquierda aplaudió. La de derecha puso cara larga, cuando no se mostró violentamente hostil. Desde Madrid, el episcopado español reclamó que Roma condenara al Índice aquella obra inspirada por Satán. Simone Weil, joven catedrática de filosofía, envió a Bernanos una carta de admiración que éste conservó en su cartera hasta sus últimos días.

Sin poder despegar sus pensamientos de España, Bernanos concibió muy pronto el proyecto de marcharse lejos, lejos, muy lejos de su país, que, a su entender, había renegado de sus convicciones, y lejos de Europa, que, según decía, se había vuelto totalitaria. Seguir viviendo allí era superior a sus fuerzas.

Tras pasar con su esposa una última velada francesa en compañía de José Bergamín, Bernanos y su familia embarcaron en Marsella el 20 de julio. Escala en Dakar. Rumbo a Brasil. Luego a Paraguay.

Tras aquel lúgubre invierno del 37, Montse recobró poco a poco el placer de vivir. A fuerza de pensar en su hermano, acabó diciéndose que su muerte era tal vez una muerte deseada, el adiós orgulloso a un mundo que desde hacía tiempo no era el suyo, un mundo que él había rechazado con rabia para, en el fondo, no parecérsele, para no, como ella, tomar de la vida tanto lo malo como lo bueno, el mal como el bien y, como ella, avenirse a él para luego alegrarse de hacerlo. Y la muerte de Josep le pareció un poco menos absurda. Igualmente inaceptable, igualmente vana, pero un poco menos absurda.

Mi madre ha olvidado el año 1938 y todos los que le sucedieron. Únicamente sabré de ellos lo que dicen los libros.

Ha olvidado los pequeños acontecimientos (pequeños para la Historia y perdidos para siempre) y los grandes (que sí pude encontrar).

Ha olvidado que en el 38 las malas noticias ensombrecieron el cielo de España, y que el ejército republicano iba perdiendo terreno día tras día.

Ha olvidado que en marzo del mismo año la brigada Botwin, formada por voluntarios judíos llegados de todos los países, fue totalmente diezmada en Lérida.

Ha olvidado que la gran ciudad donde vivió el más hermoso verano de su vida, y sin duda el único, ha olvidado que esa gran ciudad cayó hecha trizas, sus gloriosas banderolas hechas trizas, sus carteles rojos hechos trizas, sus calles desiertas hechas trizas, al igual que la moral de sus habitantes.

Ha olvidado que en septiembre se firmaron los acuerdos de Múnich, y que Daladier fue aclamado por haberlos firmado (Cocteau gritó: ¡Viva la Paz vergonzosa!; Bernanos, declaró desesperado: La paz vergonzosa no es ninguna paz; Nos estamos tragando la vergüenza a boca de jarro, así como así; Una vergüenza irreparable; Cargaremos con toda la responsabilidad ante la Historia).

Ha olvidado que el 30 de abril, el primer ministro Negrín formó un gobierno de unión nacional con la idea de que no se trataba ya de vencer sino de entrar en negociaciones con el general Franco, quien, por supuesto, se negó.

En agosto del 38, la guerra se acercó peligrosamente a la región donde vivía Montse. Fue el comienzo de la batalla del Ebro. Y en su pueblo se inició una lucha a muerte entre ambos bandos.

Ante el anuncio en febrero del 39 de la victoria franquista por parte de El Peque, el peón caminero que se erigió en **pregonero**, el odio se inflamó y pasó a ser una auténtica locura.

Los cambios de chaqueta fueron brutales. Las represalias terribles.

Joan fue ejecutado y los dos ayudantes de Diego, que no tenían ni dieciocho años, torturados y fusilados. Rosita y Carmen, la secretaria del ayuntamiento, tras acuchillarles las rodillas, fueron obligadas a fregar a cuatro patas el suelo de la iglesia, desierto durante tres años, ante las risotadas, los escupitajos y los insultos de aquellos que, convertidos la víspera, gritaban ahora Arriba Franco y Arriba España, con el brazo orgullosamente tendido.

Manuel fue encerrado sin juicio en la cárcel de R. con anarquistas andaluces que le enseñaron a cantar esas **carceleras** cuya melodía encoge el corazón.

Bendición y su marido colgaron en su bar un letrero que rezaba: **NOSOTROS NO VENDEMOS NUESTRA PATRIA AL EXTRANJERO.**

Diego tuvo tiempo de huir y unirse a la 11.ª división del teniente coronel Líster, que se retiraba con sus tropas hacia la frontera francesa.

Mi madre, por consejo de su marido, abandonó el pueblo justo antes mismo de que se iniciaran las venganzas.

Partió la mañana del 20 de enero de 1939, a pie, con Lunita en un cochecito de niño, y una maletita negra donde había metido dos sábanas y ropa para su hija.

La acompañaban una docena de mujeres y niños. El grupito se unió a la larga cohorte de los que huían de España, flanqueados por la 11.ª división del ejército republicano. Fue lo que púdicamente se denominó la ***Retirada***. Una interminable columna de mujeres, niños y ancianos, que dejaban tras ellos un rastro de maletas reventadas, mulas muertas tumbadas de lado, míseros enseres yaciendo en el lodo, objetos heteróclitos cargados aprisa y corriendo por aquellos desdichados como preciados fragmentos de sus casas y abandonados en el camino cuando la idea misma de casa había desaparecido por completo de las mentes, cuando, por lo demás, todo pensamiento había desaparecido de las mentes. Durante semanas, mi madre caminó de la mañana a la noche, conservó el mismo vestido y la

misma chaqueta tiesos de barro, se lavó en el agua de los arroyos, se secó en la hierba de las cunetas, comió lo que encontraba en los caminos o el puñado de arroz repartido por los soldados de Líster, sin pensar más que poner un pie delante del otro y ocuparse de su hijita a quien imponía ese calvario.

No tardó en abandonar el cochecito demasiado engorroso y confeccionó, con una toalla anudada en torno a los hombros, una cunita para la niña, que pasó a ser como una parte de sí misma. Y así siguió haciendo camino, más fuerte y más libre con su hijita pegada al cuerpo.

Pasó hambre, pasó sed, le dolieron las piernas y todo el cuerpo, durmió sin dormir, con todos los sentidos despiertos, la chaqueta plegada a modo de almohada, durmió en el suelo, en un lecho de ramas, en granjas abandonadas, en escuelas desiertas y gélidas, mujeres y niños tan amontonados que resultaba imposible mover un brazo sin toparse con otros, durmió envuelta en una delgada manta marrón que dejaba pasar la humedad del suelo (mi madre: esa manta la conoces, es la manta de la plancha), su niña apretada contra el pecho, las dos unidas como un solo cuerpo y como una sola alma, de no ser por Lunita no sé si hubiera podido seguir adelante.

Sufrió, no obstante su juventud, fatigas sin nombre, pero siguió cada día poniendo un pie tras otro, ¡**ADELANTE**!, sin más cuidado que hallar el modo de sobrevivir, arrojándose al suelo o a una cuneta en cuanto aparecían los aviones fascistas, la cara aplastada contra el suelo y su hija pegada a ella, muerta de miedo y sofocada de tanto llorar, su hija a quien murmuraba **No llores cariño**, no llores nenita mía, no llores tesoro, preguntándose al incorporarse cubierta de tierra si había hecho bien haciendo sufrir ese apocalipsis a su hijita.

Pero mi madre tenía diecisiete años y ganas de vivir. Así que caminó días y días con su niña a la espalda hacia un horizonte que se le antojaba mejor al otro lado de la montaña. Caminó días y días en medio de un paisaje de escombros y alcanzó la frontera de Le Perthus el 9 de febrero de 1939. Permaneció quince días en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer en las condiciones que sabemos, y la dirigieron hacia el campo de internamiento de Mauzac, donde se reunió con Diego, mi padre.

Tras numerosas peripecias, acabó yendo a parar a un pueblo del Languedoc, donde se vio obligada a aprender una nueva lengua (a la que sometió a cierto número de vejaciones) y nuevos hábitos de vida y de comportamiento, no llorar Allí sigue viviendo actualmente.

El 24 de abril de 1939, el Eminentísimo papa Pío XII, apenas elegido, declaró: CON INMENSO GOZO NOS DIRIGIMOS A VOSOTROS, HIJOS QUERIDÍSIMOS DE LA CATÓLICA ESPAÑA, PARA EXPRESAROS NUESTRA CONGRATULACIÓN PERSONAL POR EL DON DE LA PAZ Y DE LA VICTORIA CON QUE DIOS SE HA DIGNADO CORONAR EL HEROÍSMO DE VUESTRA FE Y CARIDAD.

8 de febrero de 2011. Mi madre descansa en su butacón verde, junto a la ventana que da al patio de escuela. Narrar su año de esplendor la ha fatigado. La alegría que le ha producido decirlo la ha fatigado.

De todos sus recuerdos, mi madre habrá conservado el más hermoso, vivo como una herida. Todos los demás (con algunas excepciones entre las que se cuenta mi nacimiento), borrados. Toda la pesada carga de los recuerdos, borrada. Setenta años de un invierno interminable en un pueblo del Languedoc, borrados y para siempre mudos por razones que me cuesta elucidar, médicas quizá, o bien (y esa hipótesis sigue resultándome de lo más desasosegante) porque no han contado en absoluto.

No persiste en su memoria más que aquel verano del 36, en que la vida y el amor la atornillaron, aquel verano en el que tuvo la sensación de vivir plenamente y acorde con el mundo, aquel verano de juventud total, como habría dicho Pasolini y a cuya sombra vivió quizá el resto de sus días, aquel verano que, imagino, embelleció retrospectivamente, cuya leyenda, imagino, recreó para combatir mejor sus pesares, a menos que no fuera para complacerme más, aquel verano radiante que he preservado en estas líneas, que para eso están, también, los libros.

El verano radiante de mi madre, el año lúgubre de Bernanos, cuyo recuerdo quedó hincado en su memoria como una navaja que le abría los

ojos: dos escenas de una misma historia, dos experiencias, dos visiones que desde hace unos meses han penetrado en mis noches y mis días, donde, lentamente, reposan como una infusión.

En el patio de recreo, que mi madre observaba tras la ventana con un placer tan puro, acaban de desaparecer los niños.

De pronto reina una gran calma.

Mi madre se vuelve hacia mí.

¿Por qué no sirves un anís, cariño? Nos remontaría la moral. ¿Se dice le o la en francés?

Se dice le. Le moral.

Un anís, querida Lidia. En los tiempos que corren, es una precaución que no está, digamos, de más.

Todo mi agradecimiento a Sonia Doña Pérez y a Annie Morvan.

1. En el original, la autora mezcla con el francés el castellano en el habla de algunos personajes y en explicaciones sobre la época. Se ha usado la seminegrita para señalar este particular. *(N. del E.)*